BIANCA™

HARLEQUIN™

ELLAS SON MILLONARIAS



KATE HEWITT

CERCA DE SU ENEMIGO

Portadilla

BIANCA™

KATE HEWITT

CERCA DE SU ENEMIGO



Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2026 Kate Hewitt
© 2026 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Cerca de su enemigo, n.º 3218 - marzo 2026
Título original: Keeping His Enemy Close
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA).
HarperCollins Ibérica S.A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 9791370172442

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Epílogo
Si te ha gustado este libro…

Capítulo 1

Lo siento mucho, Ashley.

Ashley Woodward sintió un nudo en el estómago mientras respiraba hondo, intentando contener la oleada de pánico que la invadía.

–No culpo al mensajero, Ruth –logró decir con una sonrisa temblorosa.

Ruth Boxall había estado con ella desde el principio, cuando Ashley estaba decidida a tomar los restos del negocio de su padre y convertirlos en algo sólido y respetable. Su amiga había creído en ella, y juntas habían levantado una empresa que había ido creciendo poco a poco.

–Aunque no lo entiendo –añadió mientras abría su portátil y empezaba a revisar correos, repasando una vez más esas líneas que ya conocía de memoria, palabras grabadas en su mente y en su corazón, porque estaba a punto de perder todo por lo que había luchado.

Galletti Finance ha comprado acciones de la empresa por el doble de su valor.

¿Cómo podía ser?

Ashley sintió el sabor ácido de la bilis en la lengua. Apenas había dormido ni comido en treinta y seis horas, desde que Galletti Finance –una empresa de la que jamás había oído hablar– irrumpió de la nada y comenzó a comprar acciones de Infinite Innovations, la compañía que ella misma había creado, justo después de su salida a bolsa. Lo que debía ser la culminación de todos sus esfuerzos se

había transformado en una pesadilla surrealista, donde la empresa en la que había dejado su vida era devorada por un magnate sin rostro.

¿De verdad había mantenido la cabeza alta durante años de escándalo y vergüenza, había recibido golpes una y otra vez, solo para rendirse ante un desconocido que parecía atacarla sin razón? Era intolerable y, según Ruth, no había nada que pudiera hacer.

–Puede que no sea tan malo como piensas –dijo su mano derecha con ese tono tranquilo que había calmado a Ashley tantas veces.

Capaz y resolutiva, Ruth Boxall, antigua ama de casa convertida en directora financiera, había sido el apoyo que Ashley necesitaba al comenzar ese camino. Había intentado levantar su propia empresa con solo veintisiete años, con poca experiencia y demasiado peso ligado al apellido Woodward. Sin Ruth, Ashley jamás habría encontrado el valor para tomar ese maldito apellido y volverlo a poner en alto, esta vez para defender algo que realmente importaba, algo en lo que creía con toda el alma, aunque ahora pareciera no servir de nada.

Porque, justo cuando debía estar celebrándolo, se encontraba ante la derrota más amarga. Galletti Finance estaba a punto de hacerse con el control de Infinite Innovations. Los últimos tres días habían sido una montaña rusa de informes sobre la opa hostil, reuniones frenéticas con abogados para intentar frenarla, hasta llegar a ese momento: el punto más bajo. Galletti Finance estaba a instantes de cruzar las puertas del edificio y reclamarlo como suyo.

Al menos, Nico Galletti, el director general, lo haría. Había solicitado una reunión a las nueve de la mañana. Eran las ocho y media y Ashley no estaba en su mejor momento. No se había duchado en casi veinticuatro horas, no había dormido y se sentía exhausta y desesperada. No era el mejor estado para enfrentarse a un probable despido.

–¿Cómo no va a serlo? –preguntó Ashley mientras cerraba el portátil y se levantaba, paseando por su pequeño despacho. Nada que ver con las dieciséis plantas de oficinas de Woodward Investments. Todo aquello había sido liquidado hacía mucho, junto con prácticamente todos los activos que su padre había poseído.

Cuando su padre terminó con la empresa, no quedaba nada salvo su nombre y la hija que había dejado atrás para recoger los pedazos.

–Bueno, las adquisiciones hostiles no significan que la empresa adquirente despida a todo el mundo –explicó Ruth mientras se sentaba con una pequeña sonrisa alentadora–. A veces solo quieren mantenerla funcionando tan bien como hasta ahora. No tiene por qué cambiar nada.

–¿De verdad lo crees? –preguntó Ashley. Era un delgado hilo de esperanza al que estaba desesperada por aferrarse, pero no podía. Quizá porque le había sucedido lo peor tantas veces que había aprendido a estar preparada. O quizá por la manera en que Galletti Finance había atacado a su empresa de una forma tan implacable. Había algo que le parecía… deliberadamente malévolo. Pero ¿por qué?

Esa pregunta no dejaba de martillear en su cerebro: ¿por qué atacar a Infinite? Seguía siendo modesta, funcionaba discretamente y obtenía beneficios insignificantes. Había sido nombrada en un artículo en una revista de negocios, pero nada en portada. ¿Era eso suficiente para atraer a los tiburones?

O al menos a un tiburón: Nico Galletti.

Ashley lo había buscado hacía tres días. Había pocas fotos de él en Internet, teniendo en cuenta lo rico y exitoso que era; casi todas eran tomas borrosas de *paparazzi* captadas desde lejos.

Nico Galletti era famoso por su discreción. También parecía haber surgido de la nada hacía seis años, jugando en el mercado de valores con un éxito arrollador. Con su amplia cartera de intereses financieros e inmobiliarios, era conocido por sus operaciones de riesgo, por mantener la calma incluso cuando la bolsa se desplomaba… y por ser despiadado.

Infinite Innovations no era la primera empresa que había adquirido y, aunque Ashley se había consolado con que había mantenido empleados en otras instituciones, eso no le daba esperanzas. No había habido ninguna comunicación por parte de Galletti Finance hasta aquella mañana: ni garantías de que se mantendrían los puestos, de que los empleados no debían preocuparse. El silencio se había sentido ominoso.

Aun así, se dijo, podía afrontar su caída con la cabeza alta. No se acobardaría ni se humillaría, no se inclinaría ni se arrastraría. Nunca más, jamás, por nadie. Ni siquiera por Nico Galletti.

–Creo que necesito lavarme los dientes –anunció–. Y probablemente ponerme desodorante.

–Bueno, esa es una forma de ofender a Nico Galletti –respondió Ruth con ironía, y Ashley puso los ojos en blanco.

–Creo que preferiría ofenderlo diciéndole que es un matón despiadado. Pero no creo que sea una buena táctica de negociación.

–A estas alturas, no estoy segura de cuál lo sería. –Ruth vaciló–. No alcanzo a comprender qué interés podría tener en una empresa tan pequeña. ¿Crees que podría estar interesado en nuestras invenciones?

–¿Un científico secreto? –especuló Ashley con esperanza–. Quizá la quiera como proyecto personal. ¿Crees que mantendría a los empleados?

–Sí… –La respuesta vacilante de Ruth hizo que Ashley comprendiera al instante.

–Déjame adivinar. ¿Pero no a la directora general?

–La directora general suele ser una víctima necesaria en estas adquisiciones –admitió Ruth–. Lo siento, Ashley.

–Está bien. –Ashley se enderezó–. Puedo soportarlo –afirmó, aunque no estaba segura de poder hacerlo. Infinite Innovations había sido toda su vida durante cuatro años. ¿Podría pasar página?

Parecía que tendría que hacerlo.

–Siempre y cuando todos los demás puedan quedarse –concluyó, y Ruth sonrió con tristeza.

–Como dije, quizá no sea tan malo.

–Y quizá Nico Galletti llegue montado en un unicornio –bromeó Ashley. Había aprendido a no esperar finales felices. Lo único que podía hacer era encajar los golpes y mantenerse en pie. Y si conseguía convencer a Nico Galletti de que mantuviera a todos los demás menos a ella… lo consideraría una victoria.

Ruth miró su reloj.

–Diez minutos. ¿Te dejo para que te asees?

–Gracias –respondió Ashley–. Y, Ruth, pase lo que pase…, gracias por todo.

Ruth negó con la cabeza mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

–No me hagas llorar.

Ashley soltó una risita que terminó en una nota temblorosa.

–Tú me vas a hacer llorar –advirtió, y las dos mujeres se abrazaron brevemente antes de que Ruth regresara a su oficina.

A solas, Ashley se quedó mirando por la ventana el paisaje de hormigón del centro de Manhattan. No tenía ni idea de lo que quería Nico Galletti ni de cómo debía abordarlo. ¿De manera educada y profesional? ¿Con ganas de pelear? Lo que no haría, decidió, era suplicar o doblegarse, y mucho menos por un hombre. Ya lo había hecho durante demasiado tiempo, y esos años habían sido increíblemente dañinos.

Fundar Infinite Innovations la había ayudado a recuperar su vida, su identidad, y eso era algo que nunca permitiría que nadie le quitara. Ni siquiera Nico Galletti.

Nico observó el edificio de ladrillo poco atractivo en las afueras del centro desde su limusina, frunciendo los labios con desdén. O Ashley Woodward había caído en desgracia o estaba en el lugar equivocado. La última vez que había estado en un edificio Woodward, todo eran techos altísimos, mármol y lujo, en pleno centro. Aquel lugar parecía necesitar una reforma importante.

–¿Señor Galletti? –preguntó su chófer cuando Nico no se movió–. ¿Es el lugar correcto?

–Creo que sí. –Nico volvió a mirar el edificio–. No tardaré mucho. Quince minutos como máximo.

Tenía la intención de dar la noticia y marcharse rápidamente. No era un hombre cruel. No necesitaba presenciar la caída total de Ashley Woodward. Darle la noticia sería satisfacción suficiente. Era una lástima que el propio Woodward no estuviera allí para escuchar cómo la empresa estaba a punto de ser desmantelada, pero Nico se conformaría con decírselo a la hija a la cara.

Por un segundo, se permitió imaginar a Ashley Woodward tal como la recordaba: con dieciocho años y una frialdad insoportable, los ojos verde jade entrecerrados con desdén, el cabello rubio recogido en un moño elegante. Tan fría e insensible como si estuviera hecha de mármol.

Oh, sí, recordaba a la hija de Woodward. Recordaba cómo se había alejado cuando su padre montó el melodrama de su arresto, como si le aburriera el hecho de que el joven con el que había coqueteado momentos antes estuviera a punto de ser arrestado. La rabia aún le quemaba como un ácido.

Era una injusticia que llevaba dieciséis años intentando enmendar, y ahora había llegado a su desenlace. Lo que quedaba de Woodward Investments estaba a punto de ser arrasado también. La venganza era un plato que se servía frío, y este estaba helado, pero igual de dulce. Nico aguardaría con deleite la sorpresa consternada y el horror creciente de Ashley Woodward, tanto como el de su irresponsable padre, quizá incluso más.

Chase Woodward ya había recibido su merecido y cumplía veinte años en prisión federal por fraude fiscal y malversación. Ashley podría haber salido ilesa de ese escándalo, pero, al final del día, no le quedaría más que los recuerdos de su querido papá. Nico se aseguraría de ello.

Con ese pensamiento provocándole una sonrisa fría, salió de la limusina y se dirigió con paso firme hacia el edificio. Infinite Innovations estaba en la duodécima planta, aunque en otros tiempos Woodward Investments había tenido su propio edificio de treinta plantas en una de las zonas más cotizadas de Manhattan. Nico aún recordaba el estrecho cubículo que le habían asignado cuando solo tenía veinte años, desesperado por abrirse camino.

Woodward le había prometido mucho.

–Trabaja duro y serás ascendido –le había dicho con esa sonrisa brillante que parecía tan digna de confianza–. Recompenso el trabajo duro, y me gusta lo que veo en ti, Nico. –Le había dado una palmada en el hombro, un gesto de hombre a hombre que Nico había apreciado especialmente–. Llegarás lejos. Confía en mí.

«Confía en mí». Esas palabras resonaban en su cabeza mientras atravesaba el vestíbulo y entraba en el ascensor. Chase Woodward había arruinado su vida a propósito, engatusándolo con promesas vacías: fingiendo un interés paternal, siempre amable y alentador, aprobando sus ideas hasta hacerle creer, por primera vez, que realmente podía cambiar algo.

Cada aspecto de aquella farsa lo atormentaba, burlándose de su ingenuidad por confiar en un hombre que solo había querido utilizarlo como títere. Para coquetear con su hija, y no solo coquetear, sino suplicar.

Bueno, había jurado no volver a ser tan ingenuo. No volver a ser tan confiado, y desde luego no con un Woodward, ningún Woodward.

Las puertas del ascensor se abrieron y Nico salió a un vestíbulo modesto, sin rastro del *glamour* que recordaba de Woodward Investments, donde cada detalle era una declaración de riqueza. Lo que tenía delante era de calidad correcta: un par de sillas de cuero negro, un cuadro en la pared –una fotografía del espacio salpicada de estrellas– y, debajo, una declaración de visión enmarcada que Nico no se molestó en leer. No le interesaban los nobles objetivos de Infinite Innovations. Estaba a punto de convertirse en nada más que un archivo cerrado.

No confiaba en los objetivos de Infinite Innovations. Chase Woodward había vendido su empresa como «inversiones de vanguardia para el oportunista innovador», pero al final el único oportunista había sido él, un estafador de principio a fin. Muchas de las inversiones que promocionaba solo existían sobre el papel. Que la empresa de Ashley también proclamara impulsar innovaciones infinitas no hacía más que volver a Nico aún más cínico.

De tal palo, tal astilla.

Cuando entró en el vestíbulo, la recepcionista, que solo parecía tener unos veinte años, se levantó torpemente, aterrorizada.

–Usted… debe de ser el señor Galletti…

–Así es. –Mantuvo un tono seco. Iba a despedir a todas las personas de aquella planta, y no había necesidad de darles falsas

esperanzas–. Si pudiera avisar a la señorita Woodward de que estoy aquí… o, mejor aún, muéstreme el camino a su oficina.

Había suficiente firmeza en su voz como para que la recepcionista balbuceara que la oficina de Ashley era la última a la derecha. Asintió antes de avanzar por el pasillo. Estaba deseando sorprender a la señorita Woodward; ya la tenía contra las cuerdas, pero lo que quería era verla tirada en el suelo. Acorralada por completo, sin recurso alguno, suplicando su piedad de rodillas, que él rechazaría fríamente… Tal como ella lo había rechazado con tanta frialdad.

Sí, era una idea muy agradable.

Llamó una vez antes de abrir de inmediato y quedarse en el umbral. Había imaginado aquel momento con claridad: Ashley Woodward, igual que la princesa altiva que recordaba, elegante y distante, erguida detrás de su escritorio en una oficina enorme, y su gélida superioridad deshaciéndose en un miedo atónito al comprender lo que estaba ocurriendo.

Nada de lo que vio se parecía en absoluto a esa escena. ¿Quién era aquella mujer desaliñada, con el pelo revuelto, la blusa desabrochada y un desodorante en la mano? Por un instante, no logró procesarlo: aquella mujer vestida con una blusa y una falda sencillas –correctas, pero baratas–; el borde de un sujetador de encaje asomando bajo los botones abiertos, ajustándose a unos pechos firmes; la oficina estrecha y anodina frente a él. Ni siquiera había una ventana.

¿Se había equivocado de despacho? Miró alrededor mientras la mujer soltaba un chillido indignado.

–¿No sueles esperar a que te digan que puedes pasar? –preguntó mientras lanzaba el desodorante sobre el escritorio y se ajustaba la blusa–. Déjame adivinar. Eres Nico Galletti.

Esa voz. Era tan diferente, sin las sílabas alargadas y el acento frío de la Ashley Woodward que había conocido, pero aún poseía ese tono de clase alta que una vez le había hecho luchar por suavizar su propio acento de Brooklyn. Era Ashley Woodward, con un aspecto muy diferente, pero esencialmente la misma.

–Teniendo en cuenta que solo va a ser tu oficina durante unos tres minutos más, he decidido prescindir de las cortesías –respondió con

tono frío antes de señalar su blusa–. Pero te sugiero que te la abroches.

–Y yo te sugiero que te des la vuelta –espetó Ashley–. Si eres un caballero.

Nico soltó una carcajada.

–Oh, pero yo no soy un caballero.

–¿Por qué no me sorprende? –murmuró Ashley mientras levantaba la barbilla desafiante de una forma que él no recordaba, sin apartar la mirada. Empezó a abrocharse la blusa para ocultar aquel intrigante trozo de encaje y el destello de piel cremosa.

De manera perversa y molesta, Nico sintió la pérdida. Durante unos tensos segundos, se dejó hipnotizar por la visión de sus dedos deslizándose dentro y fuera de los ojales, mientras un rubor sonrosaba sus mejillas. La forma en que Ashley lo miró fijamente todo el tiempo era extrañamente erótica, teniendo en cuenta que estaba seguro de que ella no trataba de excitarlo, aunque tal vez no debería descartar una estratagema tan patética. Dieciséis años atrás, ella había coqueteado con él por orden de su padre. ¿Estaba tan engañada como para pensar que la misma artimaña funcionaría dos veces?

Nunca. Aunque, Nico tenía que reconocerlo, Ashley parecía más furiosa que coqueta, con el color intensificándose en sus mejillas, los ojos entrecerrados y el cabello cayendo en ondas doradas. Sintió que algo se agitaba en su interior en respuesta y decidió que ya había tenido suficiente con el estriptis accidental, o no tan accidental. Ashley Woodward lo había seducido una vez. No permitiría que lo volviera a hacer.

–Creo que ya sabías que no era un caballero –comentó con frialdad, y Ashley frunció el ceño, negando con la cabeza, de modo que unos mechones más enmarcaron su rostro. Por muy guapa que fuera, tenía un aspecto desastroso: la falda arrugada, el pelo suelto, una carrera en las medias. Se dio cuenta de que ni siquiera llevaba zapatos. ¿Todo aquello era también una artimaña? ¿Creía que eso la hacía más accesible? ¿Esperaba que él sintiera lástima?

Ni hablar.

–¿Por qué iba a saberlo? –preguntó ella, con tono curioso y exasperado. Se agachó para buscar sus zapatos, ofreciendo a Nico una vista de su trasero, con la falda tensada sobre la firme carne–. No sé nada de ti. Excepto que apareciste de repente y te hiciste con el control de mi empresa sin ninguna razón que yo pueda entender. Es como si fuera una venganza, cuando nunca te había visto en mi vida.

Sacudió la cabeza con disgusto mientras se enderezaba y terminaba de meterse la blusa antes de volver a mirarlo a los ojos, con sus ojos jade brillando, pero también desconcertantemente claros y vacíos de malicia.

Por un segundo, Nico solo pudo quedarse mirándola. Muy bien, aquello no se lo esperaba. Había imaginado a Ashley furiosa, desdeñosa… o dolida, afligida, llorando. Habría aceptado cualquiera de esas reacciones con naturalidad. Pero Ashley actuaba como si no lo recordara.

¿Era posible? ¿Podía ser que aquella escena en el salón de baile de los Woodward, cuando lo habían arrastrado esposado, le hubiera parecido tan irrelevante que hubiera borrado de su memoria el papel que jugó en enviar a un hombre inocente a la cárcel? Un hombre con el que había coqueteado e incluso besado, solo para atraparlo. ¿Había conseguido olvidar eso? ¿O el juicio, cuando se sentó impasible en la segunda fila, sin mirarlo a los ojos ni una vez? Durante dos semanas había acudido todos los días. ¿Había olvidado eso?

Nico no había olvidado nada. A los veinte años, entrar en el salón de baile de los Woodward le había parecido adentrarse en un cuento de hadas. Era la primera vez que se ponía un esmoquin –Chase Woodward se lo había prestado– y la primera vez que probaba el champán. La primera vez que sentía que su vida podía ir a algún sitio. Y Ashley, con su risa cristalina y su sonrisa tímida, había formado parte de eso, aunque solo por un instante.

Por supuesto, no tardó en darse cuenta de que ella solo lo había estado entreteniendo por orden de su padre. Más tarde, durante el juicio, el fiscal argumentó que Nico no solo se había apropiado del dinero de Chase Woodward, sino también de su hija. Pintó la imagen

de un hombre acosado por la codicia, lo que formaba parte del plan de Woodward.

Y Ashley había sido parte de todo aquello… Nico nunca olvidaría la mirada fría de su rostro cuando lo esposaron justo delante de ella. Momentos antes, habían compartido un beso dulce y prolongado. Y luego, cuando él le rogó que lo ayudara, ella se dio la vuelta sin decir palabra.

Tenía que recordarlo. Se trataba de una elaborada estratagema, patética y absurda, para que él sintiera lástima. ¿O era un intento de hacerle sentir descolocado, como si él fuera tan insignificante que ella ni siquiera recordara su detención y su juicio? La vieja arrogancia de los Woodward manifestándose una vez más…

Fuera cual fuera la razón, Nico no se lo creía.

–Para alguien que supuestamente es la directora general de su propia empresa, tu capacidad de memoria es lamentable –le dijo con frialdad, pero lo único que obtuvo a cambio fue una mirada perdida.

–¿Mi capacidad de memoria? –repitió ella–. ¿De qué?

La irritación le invadió profundamente.

–Puede que te resulte divertido ese jueguecito, Woodward, o quizá sea tu última oportunidad, pero no va a funcionar.

Ella negó lentamente con la cabeza, con los brazos cruzados.

–No tengo ni idea de lo que estás hablando.

Nico la miró fijamente durante un largo rato y ella le devolvió la mirada, con una expresión clara pero también temerosa, aunque él se dio cuenta de que intentaba ocultarlo. Por primera vez, Nico se planteó la veracidad de su afirmación. ¿Era posible que lo hubiera olvidado? Cierto que habían pasado dieciséis años y que, desde entonces, ella había pasado por otro juicio mucho más largo, el de su propio padre. Y, en realidad, lo que había destruido la vida de él apenas había afectado a la tranquila perfección de la glamurosa vida social de ella, asistiendo a una fiesta tras otra.

Pero él había dado por hecho que ella lo recordaría. Que pudiera no hacerlo era humillante, y la humillación era un lujo que ya no se permitía. Así que, si la princesa de hielo no lo reconocía… aprovecharía esa ventaja. Haría que la caída de Ashley Woodward fuera aún más satisfactoria, porque ni siquiera sabría por qué estaba

ocurriendo. Que se lo preguntara. Que se tambaleara, igual que él en su momento, sin entender por qué su mundo se venía abajo.

Él sería quien lo desencadenara, pero jamás le revelaría el motivo. Eso, decidió Nico, lo haría una venganza todavía más dulce.

Capítulo 2

Ashley sostuvo la mirada de Nico Galletti, aunque todo en ella le gritaba que apartara los ojos. Había trabajado tanto para no esconderse ni disculparse por nada. Pero aquel hombre ponía a prueba la fortaleza que tanto le había costado conseguir. ¿Por qué la miraba como si la odiara?

No ayudaba que la hubiera pillado desprevenida, con la blusa desabrochada. El recuerdo hizo que las mejillas le ardieran. Cualquier persona normal habría tenido la decencia de disculparse y retirarse. Pero Nico Galletti, no. Se quedó ahí plantado, mirándola con furia mientras ella ardía por dentro, negándose a apartar la vista mientras se abrochaba la blusa e intentaba ignorar el calor que florecía bajo aquella mirada entrecerrada. Había sido una lucha de poder mezquina, pero ella no iba a ceder. El episodio le había dado una visión desafortunada de la crueldad de su adversario. Ya tenía la medida del hombre, y temía que fuera un mal presagio para ella y su empresa.

Ashley esperaba a que él hablara mientras ladeaba la cabeza, su mirada de acero recorriendo lentamente su cuerpo de un modo que hizo que volviera a sentir un calor inesperado y no deseado. Su blusa estaba abrochada, pero sentía como si la estuviera desnudando, aunque no creía que hubiera nada sexual en su mirada; era meramente evaluadora. Ashley estaba segura de que el calor que sentía era humillantemente unilateral.

Era increíblemente guapo. No podía negar un hecho tan abrumador, sobre todo cuando nunca se cruzaba con hombres como él. Sus empleados eran mujeres o frikis de la ciencia, al igual que los

inversores e inventores con los que trataba. Nadie como Nico Galletti había cruzado su puerta antes.

Medía bastante más de metro ochenta, con un cuerpo esbelto pero poderoso dentro de un traje de seda gris, el pelo oscuro cortado al ras y algunas canas en las sienes que, de algún modo, solo intensificaban su atractivo feroz. Y su rostro… Pómulos marcados, una nariz afilada como un cuchillo, aunque la dureza de esos rasgos se suavizaba con unas pestañas oscuras y densas y una boca expresiva que, para irritación de Ashley, atraía su mirada sin remedio. En lo más hondo de sí misma, una parte íntima y traicionera lo imaginó inclinándose, separando esos labios, besándola…

Creía saber exactamente cómo serían: cálidos y secos, suaves pero firmes, y sorprendentemente dulces…

Dios mío. ¿Qué le pasaba, imaginando la boca de ese hombre en un momento así? No tenía ningún motivo para pensar en él más que como su enemigo. Él claramente la veía así, lo cual no entendía. ¿Por qué parecía tan personal? Galletti no parecía interesado en aclararle nada, y Ashley no tenía intención de suplicar información. El hombre ya la tenía en desventaja.

Necesitando ocultar su confusión –tanto por la hostilidad de Galletti como por su propia respuesta inconveniente hacia él–, decidió contraatacar. Tras décadas de derrotismo, ser ella quien diera la estocada le sentaría bien.

Armándose de valor, lo sometió al mismo repaso pausado que él acababa de hacerle, dejando que su boca se torciera con sarcasmo mientras su mirada vagaba por su cuerpo, incapaz de evitar notar los músculos definidos bajo la camisa blanca de algodón que se le pegaba. Los anchos hombros, las piernas largas, ese rostro…

Vio la sorpresa centellear en sus ojos, irritación mezclada con diversión, y no supo si sentirse satisfecha o intimidada.

Cruzó los brazos e inclinó la cabeza hacia arriba para mirarlo.

–Cuando te sientas listo –dijo ella con sorna–, puedes hablar, ¿sabes?

–No pareces especialmente interesada en ganarte mi favor –comentó Galletti con sequedad.

–Oh, ¿y eso te molesta? –Las palabras se le escaparon antes de poder evitarlo. Claramente esa no era la manera de convencer a Galletti de que conservara a sus empleados, pero sentía que ser combativa era su única defensa. Nico Galletti podría querer que le suplicara clemencia, pero no iba a hacerlo. Se había prometido que nunca volvería a suplicar.

«¿Ni siquiera para salvar tu empresa?».

Las palabras, susurradas en su mente, la hicieron detenerse. Creía que haría cualquier cosa por Infinite Innovations. Y, en efecto, había hecho casi cualquier cosa: vivir al día para invertir hasta el último dólar en las ideas que tanto significaban para ella; trabajar todas las horas posibles, renunciando a una vida social; mantener la cabeza en alto incluso cuando el mundo la condenaba por los pecados de su padre, hasta que por fin empezó a demostrarles que estaban equivocados.

¿Era demasiado pedir un poco de cortesía, incluso un atisbo de sumisión, hacia un hombre al que ya tenía motivos de sobra para despreciar?

Respiró hondo.

–Te pido disculpas –comenzó ella–. En mi sorpresa ante esta situación, me he comportado de forma grosera, y nunca hay excusa para eso.

Las cejas de Nico Galletti apenas se alzaron. Parecía divertido, lo cual resultaba irritante.

–¿Eso es lo mejor que puedes hacer? –preguntó, cruzando los brazos de modo que la seda de su traje se tensó sobre sus bíceps. Su voz era suave como una serpiente.

Ashley sentía las corrientes ocultas de algo oscuro y peligroso arremolinándose a su alrededor. Intuía que había aspectos de aquella opa que no entendía. Y, hasta que los supiera, no suplicaría nada.

–¿Qué es lo que quieres de mí? –preguntó, haciendo lo posible por no encogerse al encontrar su mirada acerada. ¿Por qué aquel desconocido actuaba como si la aborreciera?

–Ah, eso es lo interesante –dijo Galletti con una voz suave y oscura, cargada de diversión y amenaza. Avanzó un paso,

obligándola a mantener su posición, lo cual logró… por poco.

Ashley inhaló su colonia: algo limpio y especiado que resultaba tan peligroso como todo lo demás en él. No era miedo, no exactamente, pero la recorrió una alerta punzante… y una excitación traicionera que, al menos para sí misma, no podía negar.

Había algo intensamente magnético en aquel hombre; una fuerza innata que la hacía querer acercarse y salir corriendo al mismo tiempo. Seguía mirando sus labios e imaginando cómo se sentirían sobre los suyos: suaves, firmes y…

Basta.

Un suspiro tembloroso se le escapó y apartó la mirada de la boca del hombre. Se quedó quieta, intentando no balancearse bajo la fuerza de su dura mirada, obligándose a actuar como su igual, aunque él claramente no la viera como tal.

–¿Qué quiero de ti? –reflexionó Galletti, dando otro paso más cerca para que pudiera sentir su cálido aliento abanicando su rostro, el calor de su cuerpo desprendiéndose en oleadas embriagadoras–. La respuesta a eso, Woodward, es… absolutamente nada.

Por un segundo, Ashley solo pudo mirarlo fijamente. La comprensión la golpeó y, de inmediato, se convirtió en esperanza. Por un instante absurdo, creyó que quería decir que no deseaba su empresa. Que toda aquella opa hostil era una pesadilla. Que todo iba a salir bien…

Pero ¿cuándo había salido algo bien en su vida? Nunca. Todo lo bueno había tenido que forjarlo sola, a base de trabajo duro, sangre, sudor y demasiadas lágrimas.

Esto no sería distinto, comprendió con una certeza pesada cuando Nico Galletti se apartó de ella.

–Puedes recoger tus cosas –le dijo por encima del hombro antes de comprobar el Rolex que brillaba en su muñeca–. Quiero que salgas de este edificio en cinco minutos.

Nico mantuvo la espalda hacia Ashley Woodward mientras luchaba por recuperar la calma. Quizá en su día se había sentido atraído por aquella princesa de hielo, pero estaba convencido de haber dejado

atrás esos arrebatos juveniles. La Ashley Woodward de treinta y cuatro años había pasado por tiempos duros, a juzgar por la modestia de su ropa y lo reducido de su oficina; no se parecía en nada a la niña rica que recordaba. Pero aún conservaba esa misma arrogancia… y su escrutinio lo había divertido e irritado a la vez, despertando una reacción inquietante que no pensaba permitir.

La quería fuera.

Ella todavía no se había movido.

–Tus cinco minutos empezaron… –hizo una pausa para revisar su reloj– hace treinta y siete segundos.

–Espera. –La voz de Ashley apenas se oyó.

Ahora la tenía justo donde quería: pidiéndole algo. Igual que él había pedido una vez. Sacudió de inmediato ese recuerdo vergonzoso de sus pensamientos.

–Sé que tienes todas las ventajas en esta situación –prosiguió ella–, pero ¿podrías al menos decirme qué planeas hacer con mi empresa?

Despacio, dueño absoluto de la escena, Nico se dio la vuelta.

–Acabo de hacerlo.

–Sí, pero… –Se humedeció los labios carnosos y Nico apartó la mirada con fastidio–. No me has dicho qué piensas hacer con la empresa. Los empleados… Son veintidós…

–¿Veintidós? –se burló con desdén, aunque conocía el número.

Había investigado. Infinite Innovations había empezado cuatro años atrás como una pequeña empresa privada que invertía en inventos disparatados: ideas propias de la ciencia ficción que rozaban lo absurdo. La única razón por la que había logrado salir a bolsa era un invento que había tenido un éxito moderado: un cepillo de dientes robótico.

Todo el asunto tenía un aire casi ridículo, especialmente que Ashley Woodward fuera la directora ejecutiva detrás de conceptos tan extravagantes. Tras aquella breve interacción en el baile, él había asumido que era superficial y vacía, además de fríamente indiferente. Tenía que serlo, para haber hecho lo que hizo entonces.

Cuando investigó Infinite Innovations, supuso que era solo una fachada para algo más turbio, aunque aún no había encontrado

pruebas. Ashley no tenía la reputación ni los recursos para respaldar ideas tan revolucionarias. Estaba poniendo fin a la agonía inevitable de aquella empresa.

–No somos una empresa grande –respondió Ashley con voz temblorosa de dignidad–. Por eso la opa fue una sorpresa. La mayoría de la gente no ha oído hablar de nosotros…

–Obviamente –la interrumpió Nico–, yo sí.

–Sí, pero ¿por qué? ¿Por qué hacer esto? –Su voz se alzó, luego vaciló y se quebró. Nico la observó con frío desinterés mientras ella aspiraba aire, pasándose las manos por el pelo–. Simplemente no lo entiendo –murmuró–. ¿Por qué tomarías el control de una pequeña empresa tecnológica solo para despedirme?

Alzó la mirada atormentada hacia él, sus ojos abriéndose con repentina comprensión.

–Espera… ¿esto es por mi padre? –Sonaba incrédula.

–¿Tu padre? –repitió él sin expresión–. ¿Por qué sería por tu padre?

–¿Por quién, entonces? –exigió, su voz alzándose de nuevo, cargándose de ira–. ¿Y por qué no me lo dices sin más? Todo este rollo misterioso es muy infantil, ¿sabes?

Nico frunció el ceño, sintiéndose descolocado.

–Basta de hacerte el interesante, ¿sí? –soltó Ashley con impaciencia–. Dime qué ocurre para poder enfrentarlo.

Él estuvo a punto de reír, sin saber muy bien por qué. Nada relacionado con los Woodward le resultaba ni de lejos gracioso.

–Lo que ocurre –respondió él– es que estás despedida. Tus cinco minutos ya pasaron, así que, si no te vas, llamaré a seguridad.

Sacó el teléfono del bolsillo.

–Y lo que también va a pasar –añadió Nico con tono burlón– es que despediré a tus veintidós empleados, avisaré a tus inversores y a tus inventores de que Infinite Innovations cierra sus puertas y liquidaré los activos para que pasen a Galletti Finance. Al final de la jornada, Infinite Innovations dejará de existir.

Durante unos segundos tensos, Ashley simplemente lo miró. El color desapareció de su rostro, sus ojos se nublaron y los labios se le entreabrieron sin que saliera palabra alguna. Luego se giró despacio

y caminó hacia el escritorio, dándole la espalda, apoyando una mano en la silla como si necesitara sostenerse mientras agachaba la cabeza.

Nico sintió un leve destello de compasión y lo aplastó al instante. Se lo había ganado, cada parte. No iba a lamentar destruir su empresa ni sus sueños. Ashley Woodward lo había desconcertado más de una vez, sí, pero eso no significaba que hubiera cambiado. Tampoco que no mereciera lo que se le avecinaba.

Era la hija de Chase Woodward. Lo había visto ser arrestado. Había conspirado para retenerlo en ese maldito baile y se había apartado cuando le pidió ayuda. Y, además, en su completa superficialidad egoísta, incluso podría haberlo olvidado.

Su plan seguiría adelante.

–¿Y bien? –preguntó él, con el teléfono aún en la mano–. ¿Necesito llamar a seguridad?

–Por favor… –Se dio la vuelta lentamente, extendiendo una mano en un gesto de súplica.

Nico aguardó, intrigado por ver qué maniobra intentaría, preguntándose incluso si llegaría a suplicar, cuando de pronto el rostro de Ashley palideció hasta quedar del color del papel. Sus ojos se oscurecieron al dilatarse sus pupilas, vaciló, tropezó… y luego se desplomó en el suelo, desmayada.

Capítulo 3

Durante un segundo, Nico creyó que fingía. Luego, cuando su rostro siguió pálido y no se movió, comprendió que estaba inconsciente.

Murmurando una maldición, cruzó el despacho para agacharse junto a ella. Al inclinarse, percibió su aroma almendrado, distinto al que recordaba de años atrás, cuando olía a rosas caras. Todo en ella era diferente. ¿Había cambiado tanto Ashley Woodward, o su memoria le fallaba?

–Ashley…

Era la primera vez que pronunciaba su nombre desde que volvió a verla, y sonaba extraño en sus labios, familiar y prohibido.

–No te reconozco –le había dicho ella sonriendo cuando lo encontró medio oculto tras una columna, armándose de valor para saludar a gente que lo miraba con desdén: el inmigrante italiano de Brooklyn cuyo esmoquin le quedaba demasiado ajustado.

–Trabajo para tu padre –había respondido él, impresionado por su belleza. Estaba impresionante, vestida con un elegante traje blanco cubierto de cristales Swarovski, un ángel engalanado con diamantes.

–¿Eres nuevo? –le había preguntado ella inclinándose, y en ese instante él había percibido su perfume a rosas.

–Me contrataron hace seis meses. ¿Siempre vienes a estas cosas?

–Oh, sí –había respondido con un suspiro. Durante un segundo había parecido triste, la mirada verde distante–. ¿Te aburres en estos eventos? ¿O te sientes intimidado? –había preguntado señalando hacia la multitud con expresión pensativa.

Ashley parecía hecha para aquella hermosa sala, mientras él era el chico pobre al que habían dado un empleo de bajo rango. Chase

Woodward podría estar intentando ayudarlo, pero todos lo miraban con desprecio. Incluso Woodward estaría menos que entusiasmado de verlo hablar con su hija, pero ella había sido tan amable al buscarlo… o eso había creído.

–Nunca había estado en algo así. Y desde luego no me aburro hablando contigo.

Ella se había sonrojado.

–Suelo aburrirme en estos eventos. Y me intimidan.

–No puedo creer que te sientas intimidada.

–Oh, créelo. Preferiría estar leyendo un libro. ¿Y tú?

–La verdad es que preferiría estar en Bensonhurst comiendo *pizza* y bebiendo cerveza –había admitido, y ella se había reído–. Entonces, ¿por qué vienes a estas cosas?

Ella había bajado la mirada.

–Tengo que hacerlo.

Esa resignación le había llegado al alma. «Tengo que hacerlo» era la misma razón por la que él había dejado la escuela a los dieciséis para trabajar en dos empleos. «Tengo que hacerlo» era lo que lo llevaba a entregar cada sueldo en casa, sabiendo que no alcanzaría para el alquiler ni para la comida, y mucho menos para los gastos médicos de su hermano pequeño.

Había sido una vida dura, por eso había estado tan agradecido a Chase Woodward.

Nico tocó la mejilla de Ashley, preocupado por lo fría que estaba. ¿Por qué no despertaba?

Un golpe en la puerta lo hizo girarse. Una mujer de mediana edad la abrió con expresión de sorpresa.

–Señor Galletti… ¿Qué le ha hecho?

Durante un segundo, Nico fue catapultado de vuelta a aquel salón de baile:

–¿Qué has hecho? –le había preguntado Woodward fingiendo confusión.

Pero ya no era aquel chico ingenuo…

–No le he hecho nada –respondió a la mujer de inmediato–. Se desmayó y estoy esperando a que recupere el conocimiento.

–Probablemente porque no ha dormido ni comido en casi dos días, desde que empezó todo esto.

–Llamaré a un médico –anunció Nico, sacando el teléfono.

La mujer lo observó mientras él hablaba al aparato.

–Nadie aquí entiende por qué se hizo cargo de Infinite Innovations de manera tan agresiva –le dijo en cuanto terminó la llamada–. No podemos evitar preguntarnos si tiene alguna intención oculta.

–Ningún secreto –respondió él mientras colocaba a Ashley en el sofá–. Un técnico de emergencias estará aquí en minutos.

La mujer lo miraba evaluándolo, hasta que sus ojos se iluminaron con reconocimiento.

–Espere, lo reconozco. Rossi… Usted es Nico Rossi. ¿Verdad?

Nico le dirigió una mirada breve y fría. Había cambiado su apellido por el de soltera de su madre hacía nueve años.

–Yo estuve en aquel baile… –aseguró la mujer.

Todo su cuerpo se tensó antes de mirarla con desdén.

–¿Disfrutó del espectáculo?

Ella enderezó los hombros.

–Soy Ruth Boxall. Mi marido, Phillip Boxall, era el director financiero de Woodward Investments.

Su supervisor inmediato. Una ráfaga de ira lo atravesó.

–El hombre que se quedó al margen y no dijo nada.

–Hace cinco años fue a la cárcel con el padre de Ashley.

Él arqueó una ceja y preguntó:

–¿Espera que sienta pena?

–No. Por supuesto que no.

–Bien, porque no la siento.

–Pero si esto es algún tipo de venganza, debe saber que Ashley no tuvo nada que ver…

–Yo seré quien juzgue su implicación.

Ella abrió mucho los ojos, alarmada.

–Entonces no sabíamos que era inocente. Yo no lo sabía, y Ashley tampoco…

–Guárdeselo para alguien a quien le importe. –Que le recordara aquella injusticia lo llenó de rabia–. ¿El empleado de veinte años logró malversar millones, aunque nunca apareció nada en su cuenta,

su estilo de vida no cambió y solo llevaba seis meses en la empresa? Sí, claro, muy lógico.

–Chase lo explicó en el juicio. Dijo que había enviado el dinero a unos parientes en Italia. Había transacciones bancarias…

–Transacciones que él hizo a mi nombre, a personas que ni siquiera conocía. –Nico sacudió la cabeza mientras la vieja ira corría como fuego por sus venas–. Desmantelar Infinite Innovations no es una compensación justa por todo lo que sufrí, pero es un comienzo.

En el sofá, Ashley se movió y Nico se agachó.

–Ya viene una ambulancia.

–¿Ella le ha reconocido? Aunque no lo creo porque…

–No. –No le interesaba saber por qué Ashley no lo reconocía–. Ya me di cuenta de lo poco importante que fui para ella.

–¿Y va a explicarle…?

–No voy a perder el tiempo. En quince minutos, todos estarán desempleados y esta empresa dejará de existir.

Ruth negó con la cabeza.

–Es usted tan despiadado.

Nico la miró directamente.

–Cinco años en prisión te hacen eso.

Ashley abrió los ojos. Lo miró aturdida mientras el color volvía a sus mejillas. Nico la observó impasible. Su conversación con Ruth había reabierto todas las viejas heridas: la conmoción de su arresto, su explicación tartamuda, su súplica desesperada…

Todo había sido una trampa: su contratación, la responsabilidad que Chase le confió, su invitación al baile, su arresto. Todo orquestado por el padre de la mujer que yacía a sus pies.

Y ella había estado allí, lo había visto y no había hecho nada. Había desempeñado su propio papel, conscientemente o no, y por eso merecía todo lo que le pasaba.

A regañadientes, con la boca apretada, se agachó y le tendió una mano.

Ashley parpadeó, todavía aturdida, mientras extendía la mano para tomar la suya… y luego la retiró bruscamente.

¿Por qué estaba tumbada? A Ashley le daba vueltas la cabeza cuando casi agarró la mano de Nico antes de recordar que estaba a

punto de despedirla. La retiró bruscamente.

Aquel hombre era un monstruo.

–Ashley… –dijo Ruth. Ella se volvió y vio a su amiga mirándola con preocupación–. Has estado inconsciente un rato.

Ashley se incorporó lentamente con la cabeza entre las manos, el cuerpo temblando. No podía creer que aquello estuviera pasando. En sus peores pesadillas nunca había contemplado que Nico Galletti destruyera su empresa simplemente por el gusto de hacerlo.

Podría absorberla, tomarla como suya, pero pensaba que algunos empleados conservarían sus puestos. Que algunos inventores seguirían teniendo un lugar donde vivir sus sueños.

Pero aquello era una destrucción deliberada, y no podía entender por qué… Hasta que recordó lo que había dicho sobre su padre. Ashley sabía que su padre había hecho daño a mucha gente: a los inversores que confiaron en él, a los empleados que creyeron en él, como Phillip, que había ido a la cárcel con su padre.

¿Nico Galletti había sido perjudicado por su padre? Pero debía saber que ella no había tenido nada que ver con el fraude. La modestia de su vida actual era prueba suficiente de que no se había beneficiado de los millones desviados.

Ashley levantó la cabeza.

–¿Mi padre te hizo algo?

Nico soltó una carcajada áspera.

–Se podría decir que sí.

–Ashley… –murmuró Ruth, y Ashley se giró, sintiendo un mareo.

–¿Tú lo sabes?

Ruth miró a Nico antes de asentir con rigidez.

–¿Alguien puede decirme qué está pasando?

Antes de que pudieran responder, llamaron a la puerta. Nico invitó a entrar.

–Es un técnico de emergencias médicas. Te examinará.

–¿Qué…?

–Te has desmayado. No voy a permitir que me acusen de crueldad o negligencia.

Ashley no pudo evitar reír.

–¿No te parece cruel destruir toda mi empresa sin motivo?

Los ojos de él brillaron, rayos plateados que le recordaron a un relámpago. Ashley se echó hacia atrás como si la hubieran golpeado.

–Sí que lo hay –dijo Nico con voz tranquila y letal, y luego salió de la habitación.

–Ruth… –comenzó Ashley.

–Hablaremos después de que te examinen –la interrumpió su amiga.

Ruth parecía derrotada, pero había algo más que la hacía sentir incómoda. Tenía que averiguar qué estaba pasando, por qué Nico había puesto en el punto de mira su empresa… y decidir qué hacer al respecto.

Quince minutos más tarde, después del examen y una bebida energética, Ashley salió decidida a llegar al fondo del misterio, averiguar cómo su padre había perjudicado a Nico y convencer al hombre de que destruir su empresa no era la forma de vengarse. Sencillo. Aunque, cuando recordó la mirada feroz de Nico, pensó que quizá no lo sería tanto…

Al salir a la oficina, sintió como si hubiera llegado a un funeral. Todos estaban encorvados en sus escritorios en *shock*. Un par lloraban en silencio.

–Déjame adivinar. Nico Galletti…

–Nos acaba de despedir a todos –informó Tom con voz desanimada–. Tenemos diez minutos para vaciar nuestros escritorios.

–A mí solo me dio cinco… –respondió Ashley intentando sonar irónica–. ¿Dónde está?

Tom se encogió de hombros.

–Se ha ido.

¿Se había ido? ¿Había lanzado una granada a su vida y se había alejado de los escombros? Típico.

–Hace solo unos minutos –añadió Denise–. Dijo que su personal se aseguraría de que nos fuéramos.

Ashley sacudió la cabeza. Esa gente necesitaba sus trabajos o algún tipo de indemnización.

Impulsada por la indignación, se dirigió hacia el vestíbulo.

–¿Adónde vas? –gritó Tom.

–A por él –respondió Ashley por encima del hombro con determinación. Nico Galletti iba a conocer toda la fuerza de su ira.

Sabiendo que el ascensor sería lento, se dirigió a las escaleras y bajó doce tramos a toda prisa. En el vestíbulo, corrió hacia la puerta justo a tiempo para ver a Nico subirse a una limusina.

–¡Alto! –La palabra salió como un rugido. Ashley corrió hacia las puertas, las abrió de un empujón y se precipitó a través de ellas, tropezando con sus zapatos de tacón, lo que le provocó un dolor agudo en el tobillo. Luego, medio corriendo medio cojeando, se dirigió a la puerta del coche que estaba a punto de cerrarse.

–¡No puedes hacer esto! –gritó mientras abría la puerta de un tirón y, justo entonces, con el tobillo fallándole en otra punzada de dolor, se inclinó hacia delante con un jadeo de sorpresa… y fue a caer directamente sobre Nico Galletti.

Capítulo 4

Durante varios segundos, Ashley fue incapaz de pensar. Su tobillo ardía, y su mente se reducía a la sensación del cuerpo largo y esbelto que quedaba bajo el suyo, con sus muslos encajados contra los de él. Su pecho presionaba contra un torso firme y musculoso. Sentía el calor de Nico en cada punto de contacto, de una forma exquisita e increíblemente inquietante.

Ashley levantó la mirada, atónita, y se encontró con los ojos de Nico Galletti.

Se preparó para ver desconcierto, burla o furia. Lo que no esperaba encontrar fue deseo, ensanchándole las pupilas y encendiendo sus iris. Desde lejos parecían grises, pero desde tan cerca distinguió un borde dorado, como pequeñas llamas.

El aire entre los dos se cargó de una tensión casi explosiva.

Sin decir una palabra, sin romper el contacto visual, Nico se incorporó a medias y la deslizó hacia arriba por su cuerpo. Las piernas de ella rozaron las suyas, sus caderas encajaron con las de él. Luego, con una mano, Nico cerró la puerta de la limusina, dio un toque a la ventanilla tintada y el vehículo se alejó de la acera.

La sujetó por las caderas y la acomodó de nuevo, quedando encajada entre sus muslos de un modo aún más íntimo. Su boca quedó a centímetros de su garganta. Todo en ella se volvió lento, nublado y, al mismo tiempo, dolorosamente sensible. Incluso el dolor del tobillo parecía disminuir, ahogado por sensaciones mucho más intensas.

Era consciente de cada parte de él: el calor de su piel bajo la suya, el algodón suave de su camisa. Sentía los latidos de su corazón contra su mano, acelerándose mientras el instante se prolongaba.

Las manos de Nico seguían en sus caderas, y Ashley no era tan inocente como para no sentir la evidencia de su deseo bajo sus muslos. Eso envió otro latido de anhelo a través de ella, como fuego líquido. ¿Cómo había sucedido tan rápido?

Y debía pararlo, tenía gente que dependía de ella, una empresa que salvar y…

Nico levantó una mano hasta su nuca, enredando los dedos en su cabello mientras le alzaba la cabeza, obligándola a mirarlo. Sus ojos ardían. Por un segundo, Ashley pensó que iba a decir algo. Sus labios se separaron y su mirada se volvió feroz, casi desesperada.

Y entonces ocurrió… Con una mano en su cuello y otra en su cadera, la atrajo hacia sí hasta que sus labios chocaron con los de ella en un beso que nació hambriento, un asalto sin piedad desde el primer segundo.

Aquel beso no pedía: exigía. Era crudo, feroz y completamente hipnótico. Ashley había sido besada muy pocas veces, y jamás así. La estaba devorando, consumiendo, y aun así sabía que lo habría entregado todo de buena gana, porque lo único que deseaba era más de él.

Su mano bajó de su cuello a su pecho, recorriéndolo como si tuviera derecho a hacerlo. Su pulgar rozó su pezón, y Ashley dejó escapar un gemido ahogado sin poder contenerse. La otra mano de Nico se deslizó bajo su falda, rozando la piel cálida de su muslo.

Por puro instinto, ella se aferró a él, presionándose más, y esta vez fue Nico quien soltó un gruñido áspero contra sus labios mientras la acercaba aún más.

Y entonces una voz irrumpió, fría como un cubo de agua helada.

–¿Señor Galletti? Hemos llegado.

Ashley se sobresaltó. La interrupción rompió el hechizo. Era consciente de varias cosas a la vez: el rostro sonrojado de Nico demasiado cerca del suyo, su mano acariciando su pecho, la otra bajo su falda. Momentos antes le había parecido emocionante, pero ahora, viéndose desde fuera, todo le parecía sórdido. ¿Cómo había podido responderle así?

Hizo todo lo posible por apartarse, pero su tobillo, que había permanecido adormecido durante aquellos minutos de locura,

protestó con una punzada que la devolvió bruscamente a la realidad. Dejó escapar un quejido de agonía, agachándose para agarrarse el pie.

–¿Te has hecho daño? –preguntó Nico, frustrantemente tranquilo.

–Me torcí el tobillo –admitió Ashley apretando los dientes. El dolor no era tan insoportable como la humillación que sentía. Había ido con una misión y había fracasado.

–¿Por eso te caíste encima de mí? –comentó Nico con sequedad–. Pensé que tal vez me estabas suplicando que salvara a tus empleados. No es lo más original, pero podría funcionar con algunos hombres.

–Actuaste como si pudiera funcionar contigo –espetó Ashley llena de rabia–. Pero tropecé. Desde luego, no estaba suplicando. Y nunca lo haría así.

–¿Ah, no? ¿Besarías a un hombre para firmar su sentencia de muerte, pero no para salvar a otra persona?

Por un segundo, Ashley solo pudo observarlo con la boca entreabierta. Un rubor marcaba los pómulos afilados de Nico, y sus ojos chispeaban de furia.

–No tengo ni idea de lo que estás hablando. En absoluto. Así que, si te dignas a aclarármelo…

–No me digno –respondió Nico con brusquedad–. Puedes salir de mi limusina y volver cojeando al lugar de donde viniste. Pero no a Infinite Innovations –le informó con dulzura letal–. El edificio ha sido tomado por mi personal. Tus cosas estarán en el vestíbulo, por si te interesa recuperarlas.

Nico pensó con sarcasmo que ella hacía muy bien el papel de princesa herida. Sus grandes ojos verdes estaban vidriosos por las lágrimas, su rostro pálido, el labio inferior temblando.

–Por favor…, ¿podemos hablar de esto? –susurró ella.

–¿Para que puedas lanzarte sobre mí otra vez? Por muy tentadora que sea la idea… –Hizo un gesto burlón de mirar su reloj–. Soy un hombre ocupado, princesa.

–¡No me llames así! –estalló, con una voz baja y feroz que sorprendió a ambos.

Nico bajó lentamente el brazo.

–¿Que no te llame princesa?

–No. –Se abrazó a sí misma, inclinándose para que su cabello cayera en ondas, ocultando su rostro–. No lo hagas.

Nico la miró fijamente, curioso por saber por qué había reaccionado de esa forma ante una simple palabra.

–No te llamaré nada, porque estás a punto de salir de mi coche. –Se inclinó y abrió la puerta, tratando de no reaccionar ante su aroma a vainilla y almendra.

Ashley ignoró la puerta abierta.

–Lo que sea que mi padre te haya hecho… –comenzó titubeante–. La empresa no tiene nada que ver con él. Yo no tengo nada que ver con él. No lo he visto desde que fue a la cárcel.

–Qué hija tan leal. No me sorprende. La mayoría corta por lo sano con un estafador, según mi experiencia. –La amargura se apoderó de su voz.

Había perdido a toda su familia cuando fue a la cárcel. Su madre lo había culpado: «Deberías haberlo sabido, Nico. Por el bien de tu hermano, nunca deberías haber apuntado tan alto».

Otros prefirieron fingir que nunca lo habían conocido, incluso después de que se demostrara su inocencia. Seguía estando mancillado, por eso había cambiado su apellido.

Ashley levantó lentamente la cabeza. Tenía el rostro manchado por la angustia.

–Si esto es venganza, estás apuntando a la persona equivocada –insistió con voz temblorosa–. Si quieres que te suplique, está bien, lo haré. –Entrelazó los dedos temblorosos y extendió las manos juntas–. Por favor, no hagas esto. Estás haciendo daño a personas inocentes. Mi personal…

–Pueden conseguir otros trabajos. –Nico se obligó a sonar desdeñoso, aunque ella había tocado su única debilidad. No quería que personas inocentes sufrieran… Pero Ashley Woodward no era inocente.

–¿Invertiste en su empresa? ¿Perdiste dinero?

Nico se inclinó hacia delante.

–He perdido mi vida –gruñó–. Y todo y todos los que me importaban. Y tú formabas parte de eso, así que basta ya de tu

actuación. No me lo creo y nunca lo haré. –La empujó decididamente hacia la puerta, con la mano en su hombro.

Ashley lo miró fijamente, con los ojos muy abiertos.

–¿Yo formaba parte?

Nico ya había tenido suficiente.

–Vete.

Finalmente, Ashley pareció aceptar la derrota. Levantó la barbilla, de una forma que provocó en Nico un inesperado destello de admiración, y salió del coche con calma. Cerró la puerta educadamente y lo dejó solo con su venganza.

Nico exhaló con lentitud, esforzándose por sentir la dulce satisfacción, pero no sintió nada. Estaba vacío por dentro. Por fin había logrado lo que se propuso: la última conexión con Woodward Investments estaba a punto de ser destruida. Chase estaba en la cárcel y su hija no tenía nada. ¿Por qué no sentía lo que pensaba que sentiría?

Irritado, bajó la ventanilla para comprobar que Ashley se había ido, solo para verla a metros de distancia, cojeando lastimosamente. Se había lesionado el tobillo de verdad. Maldiciendo, abrió la puerta y salió, dirigiéndose a grandes zancadas hacia ella.

–No estás en condiciones de ir a ningún sitio. ¿Por qué no llamas a un taxi?

–No tengo ni la cartera ni el teléfono –respondió Ashley con dignidad temblorosa–. Pero no te molestes por mí.

Una vez más, Nico sintió ese destello de admiración por su valentía… y rápidamente lo reprimió.

–Es obvio que necesitas que te curen ese tobillo. Puedes venir a mi oficina y te atenderán. Luego te conseguiré un coche.

Ella se volvió para mirarlo con incredulidad.

–¿Por qué ibas a ayudarme ahora? Ya me lo has quitado todo. –Sus labios se torcieron con amargura–. No hace falta que me des la puntilla cuando estoy en el suelo.

–Te estoy ayudando –respondió Nico apretando los dientes. Sus palabras lo atravesaron de una manera que no esperaba. Ashley Woodward había sido cómplice de su arresto. Que ella recordara su participación o no era irrelevante, aunque casi prefería que estuviera

fingiendo ignorancia a que de verdad no lo recordara–. Ahora deja de discutir y ven conmigo.

La tomó del codo con intención de ayudarla, pero al ver cómo cojeaba se dio cuenta de que no podía apoyar el tobillo, así que, maldiciendo de nuevo, la levantó en brazos y se dirigió a zancadas hacia las puertas de la oficina.

Capítulo 5

Ashley sabía que era inútil protestar mientras Nico la llevaba hacia el elegante rascacielos de Wall Street que albergaba Galletti Finance. Le dolía demasiado el tobillo y Nico era, claramente, un hombre que no aceptaba un no por respuesta.

Y estaba demasiado agotada. Había luchado y perdido demasiadas veces ese día y, tras treinta y seis horas con poca comida y sueño, simplemente no le quedaban fuerzas para protestar por orgullo. Quizá realmente era débil, como su padre siempre había dicho. Tan débil que apoyó la cabeza contra el pecho de Nico mientras la llevaba, porque estaba exhausta.

No iba a pensar en ese beso, sobre todo por lo que había venido después… ¿Qué demonios había querido decir con que ella había formado parte de la pérdida de su vida? Nunca lo había visto antes. No tenía nada que ver con los negocios de su padre. Nico Galletti simplemente no podía tener razones para culparla.

Resultaba extrañamente reconfortante que alguien la llevara en volandas. En sus brazos fuertes se sentía pequeña y protegida, una sensación que, en secreto, le agradaba. Durante los últimos cuatro años se había obligado a ser autosuficiente y firme. No había tenido alternativa. Pero en ese instante, aunque fuera fugaz, era un alivio dejar que otro tomara el control. Incluso si ese hombre estaba destruyendo su vida.

Oyó el zumbido de las puertas automáticas cuando Nico entró en el vestíbulo, y luego los jadeos de asombro.

–¿Señor Galletti?

Ashley abrió los ojos durante unos segundos –vislumbró un vestíbulo inmenso de mármol negro y una hilera reluciente de

ascensores– y volvió a cerrarlos, haciendo lo posible por ignorar los murmullos especulativos. Había algo de cuento de hadas en toda aquella escena que, perversamente, disfrutaba.

Nico entró en un ascensor que subió a velocidad vertiginosa, haciéndola aferrarse más a él. Se dio cuenta de que él lo notó por la forma en que sus brazos se tensaron. Aspiró el aroma de su colonia: limpia y amaderada con un toque de cuero.

La puerta del ascensor se abrió y Nico salió. Caminó rápidamente, empujó una puerta con el pie y la depositó sobre lo que parecía una cama muy suave.

Abrió los ojos de golpe y observó su entorno: un dormitorio decorado en tonos grises, con un ventanal de suelo a techo con vistas a Wall Street.

–¿Dónde estamos?

La boca de Nico se torció mientras se quitaba la chaqueta.

–Estamos en mi dormitorio para terminar lo que empezamos en la limusina.

–¿Qué…?

–Relájate, no voy a despojarte de tu dudosa virtud. Estás en un dormitorio de invitados de mi oficina. Voy a mandar a alguien para que te revise el tobillo.

–No hace falta.

–Estás herida. Y, pienses lo que pienses de mí, no soy un monstruo.

Eso era exactamente lo que había pensado de él. Ahora no sabía qué pensar. Estaba siendo amable y era evidente que tenía razones para actuar como lo había hecho, aunque ella no tuviera ni idea de cuáles eran.

Ashley reclinó la cabeza contra las almohadas y cerró los ojos. La vida era mucho más fácil así. Después de unos segundos, oyó cómo la puerta se cerraba tras Nico y supo que estaba sola. Su respiración salió en un suspiro. Estaba tan cansada, y había demasiado en qué pensar, con Nico Galletti a la cabeza de esa lista.

En algún momento se quedó dormida, solo para despertarse sobresaltada cuando una mujer de aspecto competente abrió la puerta.

–Hola, debes de ser Ashley. ¿Te he despertado? Lo siento, soy Pam, enfermera. El señor Galletti me pidió que viniera a verte.

La enfermera examinó su tobillo, palpándolo con cuidado y arrancándole una mueca de dolor.

–Parece hinchado y probablemente tengas un esguince, pero no creo que sea necesaria una radiografía, aunque el señor Galletti se ofreció a llevarte al hospital si yo lo consideraba necesario.

–No, gracias. –Tenía que salir de allí, pensó Ashley. Durante un rato se había dejado llevar por la complacencia.

Pero Nico Galletti no estaba cuidando de sus empleados, y ella tenía que volver con ellos, y con Ruth. Ruth había parecido saber algo sobre Nico, y Ashley necesitaba averiguar qué era.

–Bueno, yo no caminaría sobre él durante unos días. El señor Galletti ha pedido que te traigan comida. Te aconsejo que descanses unas horas y mantengas el tobillo elevado. –Sonriendo, alcanzó una almohada y la puso bajo el pie lesionado de Ashley.

–Necesito irme –dijo Ashley–. ¿Podrías prestarme tu teléfono?

Pam frunció el ceño.

–Lo siento, no tengo el teléfono conmigo. Pero estoy segura de que el señor Galletti atenderá todas tus necesidades.

Y, tras eso, se levantó y dejó a Ashley sola, prácticamente como una prisionera.

A los pocos minutos, otra mujer entró con una bandeja. Ashley cojeó hasta ella, ignorando las advertencias de la enfermera. Fruta fresca, pan, queso, una ensalada de lentejas con cuscús y una quiche de verduras. Todo pintaba delicioso y tenía hambre, pero le parecía una traición aceptar comida de Nico mientras él despedía a todos sus empleados.

–Tenemos un problema.

Nico apartó la mirada de las vistas de Manhattan. Había estado imaginando a Ashley tumbada sobre él, con las pupilas dilatadas y los labios carnosos entreabiertos…

¿Por qué no podía sacarse esa imagen de la cabeza? El solo recuerdo bastaba para consumirlo con un deseo dolorosamente

insatisfecho por su enemiga. Nico siempre había controlado sus emociones, sus impulsos, todo. Había aprendido a hacerlo durante cinco años en prisión. No tenía sentido sentir ese deseo abrumador por una mujer a la que despreciaba. Ese era su problema, pero no el que Tony, su jefe de Relaciones Públicas, estaba mencionando.

Se volvió para enfrentarlo, metiendo las manos en los bolsillos.

–¿Qué tipo de problema?

Tony negó con la cabeza, con aspecto sombrío mientras cerraba la puerta.

–Es sobre la opa de esa empresa tecnológica. Uno de los empleados publicó algo en las redes sociales y en dos horas ya se ha vuelto viral.

Nico frunció el ceño mientras extendía la mano.

–Muéstramelo.

Tony le pasó el teléfono. Nico miró con indiferencia el vídeo de una mujer llorosa sentada en un cubículo de oficina, detallando cómo había perdido su trabajo y había tenido que vaciar su escritorio en diez minutos. Era madre soltera con un hijo discapacitado, lloraba, y no tenía idea de cómo iba a sobrevivir.

Se lo devolvió a Tony sin ver el vídeo completo.

–¿Y? Es solo una publicación. La gente pierde su trabajo constantemente.

–Sí, pero esta publicación ha acumulado seiscientas mil visualizaciones en solo dos horas. Algún famoso la compartió. Ya me han contactado cuatro medios. Y tus intereses públicos ya están sufriendo. El Hotel Galletti de Los Ángeles ya ha tenido una oleada de cancelaciones.

–¿Todo por esto? ¿Por qué a la gente le importa tanto una simple adquisición?

Tony apretó los labios.

–Supongo que la gente quiere saber por qué un magnate multimillonario ha atacado sin piedad una empresa relativamente pequeña que ayuda a personas en riesgo… y por qué sintió la necesidad de despedir a todos los que trabajaban allí.

–Espera, ¿qué quieres decir con «personas en riesgo»?

–Infinite Innovations. Todos sus inventos son para ayudar a personas con discapacidad y otras personas vulnerables. Destruirla sin razón aparente no queda bien.

–Entiendo. –Nico se volvió hacia la ventana, pasándose la mano por el pelo. De alguna manera, al investigar Infinite Innovations, había pasado por alto ese detalle crucial. Su obsesión con la venganza lo había cegado. Lo único que le había importado era que la dirigía una Woodward.

Exhaló un suspiro, con la mente puesta en Ashley: aquella inclinación obstinada de su barbilla; el verde intenso de sus ojos; el temblor de sus labios mientras intentaba mantener la compostura…

Y entonces pensó en su hermano, con las palabras de su madre resonando en su mente: «Esto es culpa tuya, Nico. Si hubieras estado aquí, Roberto no habría…».

Reprimió ese pensamiento y se volvió hacia Tony.

–¿Qué me aconsejas?

–Control de daños, inmediatamente. Aparece en público con la directora ejecutiva. Haz una declaración sobre tu compromiso con la conservación de puestos de trabajo. Dona a causas importantes. Y entonces, tal vez, puedas limitar el daño.

–¿De verdad crees que es tan grave?

–Más de cien mil visualizaciones en los últimos quince minutos. Sí, es tan grave.

Media hora después, Nico estaba de vuelta junto a la ventana, mirando sin ver la ciudad. Había pasado el tiempo navegando por su teléfono para descubrir más sobre Infinite Innovations, y solo unos minutos habían bastado para que su estómago se revolviera de culpa.

Había leído sobre el cepillo de dientes robótico para personas con parálisis o demencia; el dispositivo de comunicación para personas con dificultades del habla; la pulsera que monitorizaba ondas cerebrales y podía avisar de convulsiones; la silla de ruedas todoterreno imposible de volcar y la prótesis de brazo que podía restaurar el sentido del tacto.

Había leído una entrevista con Ashley en la que explicaba lo difícil que era conseguir inversores, porque las personas con discapacidad solían estar al final de la lista, pero que se trataba de inventos que realmente cambiarían el mundo.

Leer todo aquello le había hecho darse cuenta del enorme error que había cometido. Había destruido una empresa que era quizá la iniciativa empresarial más noble de la que había oído hablar jamás. Una empresa que, en cualquier otra circunstancia, habría defendido con uñas y dientes. Y había sido una idea original de Ashley Woodward.

¿Qué decía eso de la mujer a la que había descartado por considerarla superficial y traicionera? ¿Qué decía de él, especialmente considerando su propia historia?

Pero, por muy noble que pudiera parecer, seguía sin poder confiar en ella. Había aprendido por las malas lo mucho que podía doler confiar en alguien. No se dejaría engañar dos veces.

Aun así, Nico reconoció con una mueca de disgusto que necesitaba hablar con Ashley… y encontrar una salida a aquel lío.

Capítulo 6

Ashley acababa de terminar de comer –la quiche le había parecido especialmente deliciosa– cuando se abrió la puerta y apareció un miembro del personal trajeado y de expresión impasible.

–El señor Galletti la recibirá ahora.

–¿Ah, sí? –respondió Ashley antes de poder contenerse.

La expresión del hombre no cambió cuando simplemente mantuvo la puerta abierta. Decidiendo que tendría que enfrentarse a Nico en algún momento –y tenía varias cosas que decirle–, Ashley atravesó la puerta cojeando. El tobillo le dolía un poco menos, pero aún caminaba con dificultad mientras seguía al hombre por un opulento pasillo con gruesa moqueta. Los nervios le revoloteaban en el estómago al acercarse a las puertas dobles de nogal negro al final del corredor.

El hombre llamó una vez y, tras una orden seca que le dio permiso para entrar, abrió la puerta y le indicó que pasara.

Era un despacho enorme, con ventanales del suelo al techo que la hacían sentir como si flotara sobre la ciudad. Un inmenso escritorio de caoba ocupaba un extremo; un sofá y butacas de cuero, el otro. Y Nico Galletti estaba justo en el centro, con aspecto tan sombrío e intimidante como siempre y, Ashley tuvo que admitir, *sexy* como el demonio.

Sostener su mirada fue una de las cosas más difíciles que había hecho nunca, porque, en cuanto lo hizo, el calor le inundó el rostro y los recuerdos se agolparon: los labios de él en su cuello, sus manos en su pelo…

Necesitaba borrar de su mente ese episodio, porque incluso en ese momento, cuando él no le dedicaba más que una mirada neutra,

el calor le recorría la piel.

–¿Cómo está tu tobillo?

Ashley alzó la barbilla.

–Está bien.

–¿Por qué no te sientas? –sugirió él, señalando el sofá.

–¿Por qué estás siendo tan educado?

–Creo que debemos aclarar unas cuantas cosas.

Nico se acercó y le tomó el codo para ayudarla a sentarse. Ashley hizo todo lo posible por no reaccionar al calor de su mano, al aroma especiado de su colonia, a la visión de él sin la chaqueta del traje.

Después de acomodarse, Nico se sentó frente a ella, cruzando una pierna sobre la otra y extendiendo los brazos sobre el respaldo. Parecía un magnate poderoso, totalmente relajado, mientras que Ashley se sentía vencida. Todavía no se había duchado ese día, llevaba el pelo hecho un desastre y le dolía el tobillo. Y luego estaba su negocio, o la falta de él.

–Mira, sea lo que sea lo que mi padre te hiciera, y supongo que tuvo algo que ver con dinero, porque le robó dinero a mucha gente, yo no tuve nada que ver. Nunca tuve nada que ver con los negocios de mi padre. Quería un hijo, ¿sabes?, y creo que fui una gran decepción para él.

Él arqueó las cejas, y Ashley se apresuró a continuar:

–Sé que Infinite Innovations puede parecer una especie de reinvención de Woodward Investments, pero no lo es. Todo fue confiscado o vendido, hasta el último bolígrafo. Destruir mi empresa no le afectará en absoluto. Está en una prisión de mínima seguridad en Florida. Él no tuvo absolutamente nada que ver.

Nico ladeó la cabeza, observándola pensativo.

–Phillip Boxall era el hombre de confianza de tu padre.

–Sí… Es mi padrino. Fue a prisión porque no pudo convencer al tribunal de que no sabía nada de los negocios de mi padre, pero yo le creí, y Ruth también. Estuvo a mi lado después de que las cosas se derrumbaran.

–Igual que su marido lo estuvo con tu padre.

–Trabajaba para él. Créeme, Phillip no…

–¿Creerte? –la interrumpió Nico, y ahora su voz era dura como el acero–. Nunca volveré a confiar en un Woodward.

Ella lo miró con incertidumbre, asimilando el color que le teñía los pómulos y el fuego de furia en su mirada.

–¿Qué te hizo mi padre?

–¿De verdad no lo recuerdas?

–¿Qué? No, ¿por qué habría de recordarlo?

–Estabas allí.

Ashley no comprendía nada.

–¿Dónde?

–En un baile benéfico en tu casa. Al parecer, lo celebrabais cada año.

–La recaudación de fondos para el cáncer de mama. Mi madre lo organizaba. –Desde los dieciséis años, Ashley se había visto obligada a actuar como anfitriona de su padre–. Pero ¿qué tiene que ver ese baile con esto?

Nico vaciló, y luego, en un movimiento brusco, se levantó y caminó hacia la ventana con las manos metidas en los bolsillos. Pasó un minuto entero sin que ninguno dijera nada.

¿Había coincidido con Nico en alguno de esos bailes? Ashley sabía que aquellos años eran un recuerdo difuso que había tratado de enterrar. Pensar en la ira glacial de su padre, siempre oculta tras un encanto engañoso que la hacía esforzarse por complacerlo mientras él la rebajaba una y otra vez, seguía siendo demasiado doloroso.

Pero no tenía ningún recuerdo de Nico, y sin duda era un hombre al que no habría podido olvidar.

–No hay necesidad de remover el pasado de este modo –comentó finalmente Nico, todavía de espaldas. Ahora sonaba diferente, vacilante. Se volvió de forma lenta, con el rostro inexpresivo–. Lo que importa es el futuro.

–El futuro. ¿Qué futuro? Desde esta mañana, Infinite Innovations no tiene futuro.

Algo en su postura, en su silencio, hizo que la esperanza se tambaleara en el pecho de Ashley.

–Espera… ¿Significa eso que has cambiado de opinión?

–Un buen empresario siempre está dispuesto a cambiar de opinión cuando aparece nueva información.

–¿Qué nueva información?

–¿Por qué no me cuentas cuál fue el impulso para crear Infinite Innovations?

Ashley lo miró fijamente. ¿Era algún tipo de trampa? No le gustaba hablar de su pasado porque dolía demasiado.

–Vi… un nicho en el mercado.

–No, no lo hiciste. Todo en Infinite Innovations grita proyecto pasional. Me sorprende que hayas ganado dinero con ello.

–¿Por qué quieres saber por qué lo creé, si solo lo adquiriste para destruirlo?

–¿Por qué no estás dispuesta a luchar por ello ahora? Te hice una pregunta sencilla, y no te molestas en decirme la verdad. ¿Por qué?

–¡Porque es privado! Porque cualquier cosa que te diga probablemente se usará en mi contra. Porque te conocí esta mañana y sin embargo parece que me odias desde hace años. –Sacudió la cabeza, odiando que las lágrimas empezaran a asomarse–. ¿Por qué habría de contarte nada?

Nico se balanceó sobre los talones mientras la observaba esforzándose por no llorar. O bien Ashley Woodward no era en absoluto quien había pensado…, o era una actriz increíblemente buena. Pero si era tan sensible como parecía, ¿por qué ni siquiera lo recordaba?

Era humillante saber que una mujer que había ocupado un lugar destacado en su mente ni siquiera recordaba que él existiera. Pero, más allá de eso, era extraño. Seguramente recordaría haber visto a alguien con quien había hablado, incluso besado, a quien había visto esposado y luego de pie en el banquillo durante dos semanas.

Lo cual llevaba a Nico a una conclusión: que estaba mintiendo… sobre algo.

–Si me dices por qué lo creaste, consideraré mantener a todos tus empleados.

Los ojos de ella se abrieron de par en par.

–¿Lo… harás?

–Lo haré. ¿Y bien?

Ella respiró hondo.

–Si usas esta información en mi contra…

–¿Por qué usaría esa información en tu contra? Solo te pregunto qué te inspiró.

Ella resopló con incredulidad.

–¿Por qué no lo harías? Desde que irrumpiste en mi oficina esta mañana, no has hecho más que usar todo en mi contra. No has ocultado tu deseo de destruir no solo mi empresa, sino también a mí.

Se secó las mejillas con los dedos. Decir eso la había hecho sentirse vulnerable, y Nico se sintió inusualmente avergonzado.

–Te prometo que no usaré nada de lo que me digas en tu contra. Solo intento comprender.

Ella lo miró fijamente, con todo el cuerpo tenso.

–Está bien. Cuando tenía dieciséis años, mi madre sufrió un derrame cerebral. Se quedó paralizada del lado derecho del cuerpo y tuvo problemas motores y de memoria graves. Se quedó postrada en la cama, reducida a una sombra de lo que había sido… –La voz se le quebró–. Se esforzaba por seguir adelante, y yo no podía hacer nada para aliviarla. Mi padre sentía vergüenza de ella y se comportaba como si ya no existiera.

Se sorbió la nariz.

–Esta empresa fue una forma de ayudar a mi madre y a gente como ella. De asegurarme de que fueran vistos y escuchados, porque mi madre no lo fue.

Nico sintió que había aún más que no estaba diciendo.

–Lo siento. Eso suena muy difícil.

–Lo fue. No me gusta hablar de ello porque mi madre es muy reservada. Nunca quiso ser la imagen de mi empresa y odiaría que fuera usada de algún modo. Pero ella es la razón de todo, si de verdad quieres saberlo.

–¿Dónde está ahora?

Ashley vaciló.

–Está en una residencia a las afueras de la ciudad. Sus necesidades son demasiado complejas como para poder cuidarla en casa, pero la visito tan a menudo como puedo.

Él percibió la culpa en su voz y la comprendió. Se sentía muy culpable por haber defraudado a su madre, a su hermano… Ni siquiera podía pensar en su hermano sin que la culpa lo invadiera.

Ashley tenía dieciséis años cuando su madre sufrió el derrame. La había conocido cuando ella tenía dieciocho. No podía reconciliar a la Ashley que había conocido entonces con la mujer que tenía delante en ese momento.

–Ya te lo he contado. ¿Vas a mantener a todos mis empleados?

–Dije que lo consideraría.

–Necesitan sus trabajos. Adelante, despídeme. Ya me las arreglaré. Pero esas personas dependen de sus trabajos.

–Soy consciente.

–Y los inventos. Lo que hacemos es importante. Si quieres absorber Infinite Innovations en tu gigantesco imperio empresarial, adelante. Pero mantenlo funcionando.

–Tu empresa apenas alcanzaba el punto de equilibrio. Si la mantuviera funcionando, no sería más que un proyecto benéfico.

–Hay inventos que podrían tener éxito. Cerrar todo porque estás molesto con mi padre…

–No estoy molesto. –Su paciencia tenía un límite–. Esto va mucho más allá de una simple irritación.

–Entonces dímelo.

No estaba preparado para revelar esa información. Pero necesitaba controlar los daños.

–Tenemos más cosas que discutir. Mañana por la noche tengo que asistir a una gala benéfica. Me gustaría que vinieras conmigo.

A Ashley se le cayó la mandíbula por la sorpresa.

–¿Como tu acompañante?

Nico le dedicó una sonrisa fría.

–No, como mi posible socia. Si quieres salvar Infinite Innovations, vendrás conmigo y haremos un buen papel mostrando lo felices que estamos de trabajar juntos.

Ashley frunció las cejas.

–¿Estamos trabajando juntos?

Nico mostró los dientes en una sonrisa.

–¿Cómo llamarías a esto?

Capítulo 7

Ashley abrió la puerta de su apartamento con un suspiro, la cerró de una patada y se arrastró hasta el sofá, donde se desplomó como un saco de patatas. Aquel día le había parecido el más largo de su vida, y apenas eran las cinco de la tarde. Su mundo se había hecho añicos, reconstruido apenas y vuelto a romperse en cuestión de unas horas.

Aún no sabía qué pensar de todo aquello. ¿Qué quería Nico Galletti de ella? Esa mañana parecía decidido a destruirla, y por la tarde había dado marcha atrás… Aunque Ashley seguía sin saber si solo estaba jugando con ella.

Las preguntas bullían en su cabeza. Y eso sin contar con el beso ardiente que habían compartido, que había intentado apartar de su mente.

Aun así, tumbada en el sofá, se permitió recordarlo: sus brazos rodeándola con firmeza, la mano deslizándose por su muslo, los dedos recorriéndole la piel… Y sus labios, suaves pero decididos, reclamando los suyos.

El calor floreció en su interior con solo pensarlo. Solo la habían besado unas pocas veces en su vida, todas ellas insignificantes, lo que confirmaba su sospecha de que el romance no era más que una distracción y, peor aún, una debilidad a la que no tenía intención de ceder como había hecho su madre. Ella había estado esclavizada por un hombre que prácticamente la había desechado cuando dejó de serle útil.

Ashley sospechaba que Nico sería igual. Si acaso, solo había querido dejar claro el control que tenía sobre ella. Decidió que no volvería a permitirle besarla.

Aunque había aceptado acompañarlo al baile del día siguiente. Con el futuro de su empresa en sus manos, ¿qué opción tenía?

El ruido del telefonillo la obligó a levantarse del sofá. No solía recibir visitas, pero aquel día no dejaba de sorprenderla.

–Entrega para la señorita Ashley Woodward.

–¿Puede dejarlo en la sala de correo?

–Me temo que las instrucciones del señor Galletti eran entregarlo directamente en su apartamento.

Ashley cerró los ojos durante un segundo.

–Está bien, puede subir.

Suponía que debía estar agradecida; Nico le había proporcionado un coche para llevarla a casa.

–Si hay que ir de etiqueta, no tengo nada que ponerme –le había advertido después de que él le dijera que se vistiera «adecuadamente»–. Hace años que regalé toda mi ropa formal.

Él había fruncido el ceño.

–¿Por qué hiciste algo así?

–Porque no la necesitaba y no quería recordatorios –había respondido sin más. No estaba dispuesta a explicar lo mucho que había odiado cada vestido que su padre la había obligado a llevar. Deshacerse de todos ellos la había hecho sentir libre.

Cuando Ashley abrió la puerta de su apartamento, ahogó una exclamación. No había un solo repartidor, sino tres, y llevaban un perchero portátil con al menos una docena de perchas envueltas en plástico.

–No los necesito. Pueden llevárselos de vuelta.

El hombre negó con la cabeza.

–El señor Galletti dijo que usted diría algo así. Insistió en que se quedaran.

Ashley asintió con resignación y firmó el recibo. No iba a descargar su ira con un repartidor inocente.

Tras cerrar la puerta, se volvió hacia la docena de prendas colgadas del perchero. Un escalofrío visceral la recorrió. Los días de atuendos de diseño y bailes deslumbrantes habían quedado atrás, pero la simple visión le provocaba una reacción que no podía reprimir.

«Estarás preciosa esta noche, princesa, porque eso es lo único para lo que sirves».

Haciendo todo lo posible por alejar esa voz, Ashley dio la espalda a la ropa y se dirigió al baño.

Una hora más tarde, envuelta en un grueso albornoz de felpa, con el pelo húmedo cayéndole en rizos, Ashley bebía con gratitud de una taza enorme de chocolate caliente. Ya había respondido a más de una docena de correos de empleados que preguntaban por los rumores sobre la posibilidad de conservar sus puestos. Había intentado llamar a Ruth, pero su teléfono seguía saltando al buzón de voz.

También tenía seis mensajes de voz de varios medios que le pedían comentarios sobre un vídeo viral. No le costó mucho averiguar de qué hablaban: con un par de clics, Ashley vio a Denise explicar entre lágrimas lo mucho que necesitaba su trabajo.

Soltó un suspiro y una risa cansada. Así que por eso Nico se lo había pensado mejor. No tenía nada que ver con un cambio de parecer, sino que era simplemente para controlar los daños.

Ashley silenció su teléfono y lo dejó a un lado. Decidió que no hablaría con ningún medio y que haría todo lo posible por no pensar en Nico Galletti hasta la mañana siguiente.

Nico se sorprendió cuando su limusina se detuvo frente al edificio ruinoso de Fort Washington Avenue. No era donde esperaba que viviera Ashley Woodward. La última vez que la había visto antes de ese día había sido en el salón de baile de su mansión de Park Avenue.

–Marco, no hace falta que esperes. Volveré en Uber.

Al salir a la agradable tarde primaveral, Nico recorrió con la mirada la calle. Los cerezos en flor enmarcaban una acera llena de basura. Una vez más, ella lo había sorprendido y desconcertado, y él estaba decidido a llegar al fondo del misterio esa misma noche.

Subió los escalones y pulsó el botón del apartamento 6B.

–¿Sí? –La voz de Ashley en el interfono sonaba cautelosa, además de agotada.

–Soy Nico.

–¿Qué haces aquí?

Era una muy buena pregunta. No había ninguna razón real para visitar a Ashley en su casa. Le había enviado los vestidos; eso había sido suficiente. Y, sin embargo, algo en su reacción le había molestado.

–¿Y bien?

–Déjame subir.

Tras unos tensos segundos, le abrió la puerta.

El suelo del vestíbulo estaba lleno de folletos y, aunque el edificio tenía seis plantas, no había ascensor. Nico empezó a subir las escaleras mugrientas, sacudiendo la cabeza. ¿Estaba ella tratando de demostrar algo?

Cuando llegó al último piso, encontró a Ashley de pie en la puerta, envuelta en un albornoz blanco de felpa. Tenía el rostro sonrojado y el cabello húmedo y ondulado cayéndole sobre los hombros.

Por un segundo, Nico sintió el golpe de un deseo inoportuno. Quería deslizar ese suave albornoz de sus hombros y vislumbrar la piel perlada que había debajo.

Detuvo esos pensamientos en seco.

–¿Qué llevas puesto?

–Un albornoz. Porque acabo de ducharme y no esperaba visitas. –Sacudió la cabeza con irritación–. ¿Qué haces aquí?

Nico pasó junto a ella y entró en el apartamento.

–Asegurarme de que hagas lo que se te dice.

–Oh, qué encantador.

El apartamento era diminuto: solo una habitación, con una cocina en una esquina, una cama doble en la otra y un cuarto de baño al lado. Sin embargo, era acogedor: plantas en todos los alféizares, libros de cocina gastados, un sofá de dos plazas con un portátil abierto mostrando una imagen en primer plano de una iguana verde chillón.

–¿Qué estás viendo?

Ashley cojeó hacia su portátil y cerró la tapa de golpe.

–No importa.

–No, en serio, ¿qué?

Ella soltó un suspiro, mezcla de exasperación y una vergüenza casi tierna.

–Es un programa donde tienes que decidir si algo está hecho de pastel o es real. En este caso, una iguana. ¿Acaso importa? –Resopló–. ¿Por qué estás aquí?

–Para asegurarme de que te pongas uno de los vestidos que te compré.

La mirada de ella brilló mientras alzaba la barbilla.

–Eso es increíblemente autoritario, pero, en cualquier caso, el evento es mañana por la noche.

–Sí, pero mañana tengo un día muy ocupado y no me gustan las sorpresas.

–¿Por qué te importa lo que lleve puesto?

–Porque no puedes venir a estos eventos con un traje que compraste en Walmart. Tú, más que nadie, deberías saber estas cosas, Ashley.

Ella lo miró fijamente.

–¿Por qué debería saberlo?

–Porque no importa cómo sea tu vida ahora, una vez fuiste la hija de uno de los hombres más ricos del país y poseías un armario lleno de ropa como esa. –Señaló el perchero–. Y quizá ahora te guste parecer humilde, pero no voy a ir a un evento de primera categoría contigo del brazo con aspecto de que te he echado a patadas a la calle.

La comprensión y la ira brillaron en su expresión.

–Ah, ya veo. Todo esto es por las apariencias. Por cierto, vi ese vídeo de Denise.

–No me importa el vídeo. Pero no voy a permitir que difundas una historia falsa con ese aspecto tan desaliñado.

–¡Oh, vaya! –exclamó ella, dándose la vuelta y apartándose.

Nico exhaló lentamente. De acuerdo, no había sido su intención sonar tan insensible. Pero Ashley Woodward lo ponía nervioso. Los recuerdos que seguían aflorando chocaban con la realidad actual.

–Esto no tiene por qué ser una batalla. Solo quiero que te pongas algo apropiado. A la mayoría de las mujeres les gusta tener la

oportunidad de arreglarse, sobre todo cuando no tienen que pagarlo.

–Bueno, yo no soy como la mayoría de las mujeres –respondió ella con voz ahogada, con la espalda tensa.

–Puedes quedarte con todos los vestidos sin coste alguno.

Ashley se dio la vuelta, con un puño levantado como si quisiera golpearlo.

–No quiero quedarme con ninguno de estos vestidos. Ni siquiera quiero mirarlos. Realmente no quiero que me obligues a ponérmelos.

–¿Por qué estás siendo tan irrazonable?

–¿Y tú qué clase de controlador eres? –soltó ella con la voz aguda, el rostro pálido salvo por dos manchas de color en los pómulos–. ¿Vienes a mi apartamento a exigir que te diga qué voy a ponerme? Iré al evento. Iré presentable. ¿No te basta? –Negó con la cabeza–. ¿O esto es otra forma de castigo, más venganza por el simple hecho de ser la hija de mi padre?

Nico soltó una carcajada.

–¿Así que comprarte una docena de vestidos de diseño es un castigo? Quizá en tu mundo de privilegios lo sea, princesa…

–¡Te dije que no me llamaras así!

Nico la miró. Tenía el rostro enrojecido y los ojos brillantes como esmeraldas. Estaba preciosa, tan llena de vida y energía… Aunque atrapada en una furia que él no lograba comprender. Solo le había comprado unos vestidos. ¿Por qué reaccionaba como si la hubiera ofendido de la peor manera?

–Elige un maldito vestido. Y póntelo.

En cuestión de segundos, el color desapareció de su rostro, sus hombros se hundieron y sus puños se abrieron. Era como si la vida se le escapara. Sin decir nada, Ashley se dio la vuelta, se acercó al perchero, bajó la cremallera de la primera bolsa y sacó un precioso vestido de satén esmeralda.

–Este servirá –dijo sin emoción alguna–. Puedes llevarte el resto.

Se quedó allí de pie, con la mirada perdida, ignorándolo por completo.

–¿Ni siquiera vas a mirar los otros?

Ashley no respondió. Y antes de que él pudiera añadir una palabra, se dejó caer despacio al suelo, con los brazos rodeando su cintura y el cabello cubriéndole el rostro. Nico se acercó y, al agacharse frente a ella, comprendió que estaba llorando en silencio, con los hombros temblando y las lágrimas deslizándose por sus mejillas.

Era como si su corazón fuera a romperse o, pensó Nico con un nudo en el estómago, como si él ya lo hubiera roto.

Capítulo 8

Desplomada en el suelo, Ashley apenas era consciente de nada. Tenía la mente en blanco, desconectada de su cuerpo, así que solo percibió vagamente las manos de Nico sobre sus hombros, cálidas y firmes. Se dio cuenta de que la abrazaba; luego la levantó en brazos, la acunó y la depositó con suavidad en la cama.

Ashley sintió todo aquello y, sin embargo, era como si no pudiera procesarlo. Se sentía como un recipiente vacío, como si toda su energía se hubiera evaporado.

Giró el rostro hacia la pared y solo entonces se dio cuenta de que tenía las mejillas húmedas por las lágrimas. Aun así, apenas fue consciente de que había estado llorando mientras permanecía allí tumbada, con la cara hacia otro lado.

Oyó a Nico moverse por el apartamento y, en algún momento, hablar en voz baja por teléfono. Notó que la puerta se abría y se cerraba y, con una mezcla de decepción y alivio, pensó que debía de haberse marchado. Finalmente, al poco rato se quedó dormida.

Cuando Ashley despertó, el apartamento estaba completamente a oscuras y el reloj marcaba la una de la madrugada. Se incorporó de golpe; los restos de un sueño borroso se deshicieron en un escalofrío, mientras el miedo le oprimía el estómago.

Respiró hondo y, poco a poco, volvió a ubicarse. Estaba a salvo. Sola en su apartamento. Nadie podía obligarla a nada jamás otra vez.

El sonido de alguien moviéndose en el sofá le arrancó un grito ahogado.

–Soy yo –dijo Nico en voz baja.

Cuando sus pupilas se acostumbraron a la penumbra, Ashley se dio cuenta de que seguía allí, sentado a pocos metros. Debía de haber estado allí todo el tiempo mientras dormía.

–Yo… pensé que te habías ido.

Él negó con la cabeza.

–No podía dejarte así.

Su tono era severo, categórico, y provocó que Ashley sintiera una inquietud agria en el estómago.

–¿Así… cómo?

–¿No lo recuerdas?

La inquietud le recorría la espalda. Que alguien le preguntara eso la hacía sentir intensamente vulnerable.

–¿Recordar… qué?

–Solo… –Nico hizo una pausa–. Lo alterada que estabas –respondió finalmente, y su tono era diferente: suave, incluso tierno.

Eso hizo que Ashley se sintiera aún más incómoda. ¿Por qué Nico Galletti le hablaba como si sintiera lástima por ella? Su compasión le resultaba tan incómoda como su hostilidad. No quería nada de ese hombre.

–Alterada… –repitió ella.

¿Por qué no podía recordar lo que había pasado? Nico había traído los vestidos, ella se había enfadado… El resto era un completo vacío. A menos que se lo estuviera inventando. ¿Era simplemente otra forma de ponerla en desventaja?

Aunque no parecía ser así. Nico se veía… preocupado. Y si se había quedado allí mientras ella dormía…

De repente, Ashley se inclinó y encendió la luz de la mesilla de noche. Demasiado tarde, se dio cuenta de que su albornoz se había abierto y lo cerró lo más rápido que pudo.

Lo miró, sentado en el sofá con esa mirada impenetrable.

–Creo que necesito una taza de té.

–Yo lo preparo –se ofreció él.

Completamente desconcertada, Ashley lo vio ir a su pequeña cocina y llenar el hervidor. Echó un vistazo a su apartamento y se dio cuenta de que el perchero con los vestidos había desaparecido.

–¿Qué has hecho con los vestidos?

–Los he retirado.

–¿Por qué?

–Te estaban… molestando.

Encendió el hervidor y se volvió hacia ella. Tenía el pelo revuelto, la camisa arrugada y la barba incipiente oscurecía su mandíbula. De alguna manera, todos esos elementos lo hacían parecer más humano. Sin su expresión intimidante y su chaqueta a medida, parecía mucho más accesible.

Aunque sabía que no lo era.

–Puedes ponerte lo que quieras para la gala de mañana por la noche –le dijo Nico de repente, con los brazos cruzados mientras se recostaba contra la encimera.

–De acuerdo. ¿Qué ha pasado para que cambies de opinión?

Intentó sonar irónica, pero temía que solo sonara asustada. ¿Qué había asustado tanto a Nico y por qué demonios no podía recordarlo? Sabía que había partes de su pasado que había olvidado, pero había sido una elección deliberada. Nunca antes había tenido ese tipo de laguna en su mente.

–Estaba exagerando –respondió Nico sin inflexión–. Es una mala costumbre que tengo.

–Nico…

Era la primera vez que pronunciaba su nombre, y se dio cuenta de que él lo había notado. Algo en su expresión… Era como si hubiera encendido una chispa entre ellos con solo decir su nombre en voz alta.

–Me estás asustando, ¿sabes? Por todo lo que no estás diciendo. ¿Qué querías decir con que los vestidos me molestaban? Es decir, sí, estaba enfadada contigo por extralimitarte. Eso lo recuerdo. Pero… no estaba alterada.

Al menos, no de la forma que su tono había dado a entender: de manera irracional, como si hubiera tenido algún tipo de crisis. No la había tenido… ¿O sí?

Nico se limitó a mirarla sin decir nada. El hervidor empezó a silbar y él se dio la vuelta para prepararle el té.

Ashley se recostó contra las almohadas y cerró los párpados. Aquello parecía un sueño surrealista: la habitación envuelta en

sombras, un hombre al que solo había conocido esa mañana preparándole té.

Él cruzó la habitación en silencio y le entregó una taza.

–Gracias –dijo Ashley, y lo observó con el rabillo del ojo mientras se sentaba en el sofá–. Siento que debería disculparme. Pero no sé por qué.

Nico negó con la cabeza.

–No tienes por qué disculparte.

Ella intentó sonreír.

–¿Sabes que me asustas aún más cuando dices cosas así?

Él sonrió levemente.

–No es mi intención.

Ashley negó con la cabeza.

–¿Por qué de repente estás siendo tan amable?

Él se encogió de hombros.

–Quizá empezamos con mal pie.

Ella consiguió reírse.

–Nico, viniste a mi oficina esta mañana y me dijiste que ibas a destruir mi empresa. Me dijiste que había contribuido a arruinar tu vida.

Todo eso era necesario recordarlo, porque durante unos minutos, mientras bebía el té y él permanecía allí sentado, con aire tan accesible, casi parecía que se llevaban bien.

–¿Qué ha cambiado?

Nico permaneció en silencio durante un largo rato.

–No lo sé. No sé si algo ha cambiado. Quizá nada. Pero… te digo que puedes ponerte lo que quieras mañana por la noche.

Supuso que debía considerarlo una victoria, pensó Ashley, aunque en ese momento no lo sintiera así.

–¿E Infinite Innovations? Mis empleados, los inventos… ¿Los mantendrás si voy mañana por la noche?

–No tientes a la suerte –le advirtió Nico, pero Ashley creyó percibir una sonrisa en su voz–. Paso a paso.

Ashley le devolvió la sonrisa y Nico sintió una oleada de alivio al ver que las cosas volvían a la normalidad. Todo el episodio había sido extremadamente perturbador. Había parecido tan… destrozada… por unos vestidos. Había demasiadas cosas que no entendía y no creía que Ashley pudiera explicárselas.

¿Cómo era posible que no recordara lo alterada que había estado, llorando como si se le fuera a romper el corazón, y luego pareciendo tan inquietantemente sin vida cuando la llevó a la cama? Era casi como si ni siquiera estuviera allí. Luego durmió como un tronco durante horas, solo para retorcerse y agitarse de repente en una pesadilla mientras gemía: «No me obligues… no me obligues…».

¿Qué debía pensar ahora de Ashley Woodward?

–De acuerdo. Una cosa cada vez. Mañana por la noche apareceré en pantalones de chándal.

Sonrió para indicar que estaba bromeando, pero a Nico no le habría sorprendido que hiciera algo así. También sabía que no le importaría… Ya no.

Se tumbó con la cabeza sobre la almohada, con las rodillas recogidas mientras lo miraba con curiosidad. Su albornoz se abrió de nuevo y Nico intentó no fijarse en las curvas de sus pechos.

–Cuéntame algo sobre ti –dijo ella, y él se sobresaltó.

–¿Quieres saber algo sobre mí?

Ashley sonrió.

–Bueno, irrumpiste en mi vida esta mañana…

–Estoy bastante seguro de que no irrumpí.

Ella se rio suavemente.

–De acuerdo. Pero creo que sería mejor para ambos si supiéramos algo el uno del otro.

Ya sabían algo el uno del otro, pensó Nico con tristeza. Una vez habían pasado media hora compartiendo historias de sus vidas, bromeando, riendo, coqueteando. Y ahora Ashley lo miraba como él miraría a un desconocido amable.

–¿Dónde creciste?

–En Brooklyn.

Ella arqueó las cejas.

–¿Aquí mismo, en la ciudad?

–Nacido y criado.

Nico temía que la situación se volviera tensa. Una vez le había contado de dónde era, cuántos hermanos tenía y cómo algún día iba a ganar un millón de dólares. Ahora todo eso le parecía muy infantil.

Quizá ella también lo había intuido, porque la siguiente pregunta fue totalmente inesperada:

–¿Cuál es tu comida favorita?

Se detuvo a pensar y luego respondió con sinceridad:

–La *pizza*.

–*Pizza*… –Ashley se rio de nuevo–. Pero… ¿no se supone que eres multimillonario?

–No siempre lo fui. Y no olvido mis raíces.

–A mí me gustaría olvidar las mías –respondió ella sin rodeos–. Quizá ya lo haya hecho. Ya que ni siquiera puedo recordar esta noche.

Era evidente que ese olvido la inquietaba más de lo que quería admitir. Sin siquiera pensar en lo que estaba haciendo, Nico se inclinó hacia delante y le rozó la mejilla con la mano, sintiendo su piel fresca y suave bajo su palma. Ella abrió mucho los ojos cuando él le acarició el labio inferior con el pulgar.

–No te preocupes –murmuró–. A veces… es mejor olvidar las cosas.

Ella mantuvo su vívida mirada verde fija en él. Durante unos tensos segundos, sintió la tentación de acortar la distancia que los separaba, posar sus labios sobre los de ella y saborear de nuevo su dulzura.

Entonces ella le preguntó en un susurro:

–¿Y tú qué necesitas olvidar?

A pesar de lo suave que había sido la pregunta, le golpeó con fuerza. Nico negó con la cabeza, bajando la mano mientras se echaba hacia atrás. No podía olvidar la traición de Chase Woodward, los años de encarcelamiento e injusticia, ni la forma en que había destrozado la vida de su hermano. Eran cosas que siempre recordaría.

Y, lo supiera ella o no, Ashley Woodward formaba parte de eso. Aunque no fuera consciente de ello, era su enemiga. Involucrarse

emocionalmente con ella sería un gran error.

–Debería irme –dijo bruscamente–. Y tú deberías dormir.

Ella abrió mucho los ojos, como si él la hubiera reprendido. Pero no podía quitarse de encima la idea de que ir a consolarla había sido un error.

Ashley no dijo nada mientras él se levantaba del sofá y agarraba su chaqueta.

–Enviaré un coche a recogerte a las siete –le dijo, y ella esbozó una pequeña sonrisa juguetona.

–Para nuestra no-cita –bromeó.

Nico se quedó paralizado.

Eran las mismas palabras, e incluso el mismo tono, que ella había utilizado aquella fatídica noche, justo antes de que lo arrestaran. Durante media hora de ensueño, habían hablado y coqueteado, e incluso se habían besado tímidamente con un beso suave y dulce que le había parecido lo más puro que había experimentado jamás. Tenía veinte años y era tan inexperto como un niño.

Le había pedido volver a verla, soltando las palabras sin pensar, a pesar de que sabía que la hija del director general no salía con el empleado más nuevo.

La expresión de Ashley se había vuelto preocupada, mordiéndose el labio.

–No sé si mi padre… –había comenzado ella.

Él había balbuceado algo sobre que no tenía por qué ser una cita; podían simplemente dar un paseo, tomar un café, cualquier cosa…

Ella había sonreído tímidamente y le había dicho:

–Está bien, entonces. Saldré contigo, en una no-cita –había dicho.

Y ahora ella acababa de repetirlo. No-cita. ¿Coincidencia… o un desliz?

Ashley Woodward era la hija de su enemigo. Por muy inocente y vulnerable que pareciera, le había tendido una trampa años atrás. ¿Cómo podía olvidar eso?

La comprensión lo golpeó con fuerza. Ashley tenía que recordar lo que había hecho, y debía haber apostado a que actuar como si no lo recordara era la única forma de escapar de su venganza. Todas esas

lágrimas, esa confusión tan conveniente… ¿Era una elaborada artimaña para ablandarlo?

–¿Nico…? –preguntó ella en voz baja.

Cuando él se volvió para mirarla, con sus ojos verdes muy abiertos y los suaves labios rosados temblando, lo único que vio fue a una actriz.

Salió de su apartamento sin decir una palabra y sin mirar atrás.

Capítulo 9

Ashley permanecía de pie a la entrada del salón de baile de uno de los hoteles más exclusivos de Nueva York, sintiéndose completamente fuera de lugar. Después de que Nico la abandonara la noche anterior, se había quedado tumbada en la cama, mirando al techo, tratando de averiguar qué demonios había pasado y por qué ese hombre enigmático la había tratado con tanta ternura en un momento y al siguiente se había marchado sin decir una palabra.

Lo que más le preocupaba era preguntarse por qué le importaba. En cuestión de horas, Nico Galletti había despertado en ella emociones que no tenía ninguna intención de permitirle despertar jamás.

Había sido más fácil cuando Nico no era más que un obstáculo que debía sortear para proteger a sus empleados. Ahora se había convertido en un hombre que la había tocado con ternura, había respondido a sus preguntas y le había preparado té. Eso era un problema grave. Especialmente si se permitía pensar en la forma en que la había besado y, lo que era más revelador, la forma en que ella había respondido.

Todo ello hacía que acudir a ese baile fuera una propuesta mucho más peligrosa de lo que deseaba. Así que, antes de quedarse dormida hacia el amanecer, decidió que trataría a Nico Galletti exactamente como lo que era: un socio comercial, nada más. No conseguía entenderlo en absoluto, y decidió que lo mejor era dejar de intentarlo.

Iría al evento, mostraría el frente unido que él exigía y haría todo lo posible por salvar Infinite Innovations. ¿Y después? Haría todo lo que estuviera en su mano para no cruzarse con él nunca más.

Cuando su padre fue a la cárcel, se prometió que jamás volvería a dejarse someter como él lo había hecho, alternando halagos y abusos. Durante años había vivido atrapada, confundida y profundamente infeliz, hasta que por fin logró salir de su influencia. Una vez libre, juró que nadie volvería a hacerla sentir miedo, vergüenza ni necesidad de suplicar.

Y, aun así, si no tenía cuidado, Nico Galletti podría empujarla a todo eso otra vez.

No podía permitir que ningún hombre la hiciera sentir así de nuevo.

Echando los hombros hacia atrás, Ashley observó el salón e intentó ignorar la ansiedad que la carcomía por dentro. Hacía mucho tiempo que no asistía a un evento como aquel, lucida como un trofeo por su padre y obligada a cumplir sus órdenes. ¿Acaso Nico estaba haciendo algo diferente? Lo estaba haciendo por el negocio, se recordó, y por sus empleados.

–Ashley, qué alegría verte aquí. Ha pasado demasiado tiempo.

Una mujer adornada con diamantes y satén negro se acercó para besarla en ambas mejillas.

–Valerie –la saludó Ashley, recordando su nombre en el último momento–. Igualmente.

–¿Cómo estás, querida? Me enteré de lo de la opa. Y justo cuando empezaba a irte tan bien después de todo ese asunto…

«Todo ese asunto». Era un eufemismo para referirse a la destrucción completa de su vida: su padre en la cárcel, su casa y todas las demás comodidades vendidas o embargadas, y casi todos sus conocidos dándole la espalda.

Ashley se limitó a encogerse de hombros y sonreír.

–Son cosas que pasan. Tengo muchas esperanzas de que Galletti Finance permita que Infinite Innovations siga funcionando con normalidad. Por eso estoy aquí esta noche.

No había razón para no disparar la primera salva.

–¿Ah, sí? Porque los medios de comunicación estaban pintando un panorama mucho más sombrío.

–Ya sabes cómo les gusta exagerar las noticias.

Lo mismo había ocurrido durante el juicio de su padre. Su nombre y su rostro habían aparecido en los titulares más de una vez, con especulaciones falsas sobre su participación en Woodward Investments.

¿Era por eso por lo que Nico la culpaba?, se preguntó. ¿Porque, aunque no tenía nada que ver con los negocios de su padre, la habían visto con él? Parecía una razón poco convincente, pero no se le ocurría ninguna otra.

–Da la casualidad de que Galletti Finance está muy interesada en promocionar Infinite Innovations –continuó Ashley–. En particular, quieren mostrar su apoyo a los inventos que defienden a las personas con capacidades diferentes.

–Por supuesto. Y especialmente teniendo en cuenta a tu pobre madre… ¿Cómo está?

Ashley recordó que Valerie y su madre habían jugado al tenis juntas. Pero, como casi todo el mundo, la había abandonado después del derrame cerebral.

–Está bien –le dijo con firmeza.

–Me alegro. Y déjame decirte que estás preciosa esta noche.

Ashley miró el vestido que había sacado de su armario, el único vestido de noche que había conservado de sus años de riqueza. Cuando había donado toda su ropa a organizaciones benéficas, sin querer recordar una vida que había llegado a odiar, ese vestido le había llamado la atención de alguna manera y le había hecho pensar en una época más feliz, aunque no recordaba haberlo llevado nunca.

–Me alegro de verte, Valerie.

Ashley siguió avanzando por el salón, sonriendo y saludando con la cabeza a quienes conocía, y hablando de Infinite Innovations cada vez que podía. No vio a Nico por ninguna parte, pero decidió que no lo necesitaba. Lo estaba haciendo bien por su cuenta, hablando de la «fusión amistosa» entre Galletti Finance e Infinite Innovations.

Él iba a tener algunos problemas para retractarse de todas las promesas que ella había hecho en su nombre, pensó con satisfacción.

–Le apasiona el tema –le dijo a un posible inversor mientras bebía una copa de champán–. No podríamos estar más contentos de

trabajar juntos.

–Debo decir que me sorprende –respondió el hombre–. Las noticias dicen…

–No se puede creer todo lo que se lee. Es mejor obtener la información directamente de la fuente.

–Sí –respondió el hombre con una sonrisa cómplice–, pero ¿de la yegua o del semental?

Antes de que Ashley pudiera reaccionar ante esa afirmación ofensiva, el hombre señaló con la cabeza hacia las puertas.

–Porque tu supuesto socio no parece tan emocionado como tú.

Ashley se tensó y luego se giró lentamente. No tuvo que buscarlo entre la multitud; destacaba como un faro oscuro, enmarcado por las puertas dobles, devastador con su esmoquin. Incluso desde la distancia, verlo fue como un golpe en todo el cuerpo. Porque en un instante recordó exactamente cómo se había sentido su boca sobre la suya, sus manos moviéndose con tanta destreza sobre su piel.

Por un segundo, casi se tambaleó simplemente por el recuerdo de su propio deseo. La tela negra de su esmoquin se extendía sobre sus anchos hombros, y era media cabeza más alto que cualquier otro hombre en la sala, indiferente a los aduladores que se agolpaban a su alrededor.

–No tiene pinta de estar muy contento… –murmuró el hombre junto a Ashley.

Fue entonces cuando se fijó en la expresión de Nico. La miraba fijamente, con las facciones endurecidas: las pupilas entrecerradas hasta convertirse en dos rendijas plateadas, la mandíbula apretada. La energía que emanaba de él la golpeaba desde el otro lado de la sala.

Por muchas charlas motivadoras que se hubiera dado a sí misma para mantenerse fuerte, en ese momento, mientras esa mirada hostil se clavaba en ella, la única emoción que sentía era alarma.

¿Por qué estaba tan enfadado? ¿Era solo porque había estado hablando bien de Infinite Innovations? De acuerdo, tal vez se había excedido un poco, pero él le había pedido que se mostraran unidos.

Se obligó a permanecer quieta mientras Nico se acercaba, abriéndose paso entre la multitud con pasos largos y decididos. A

medida que se acercaba, la alarma se transformó en una anticipación deliciosa, teñida aún de inquietud, lo que solo lo hacía más intenso.

El salón y su multitud se desvanecieron mientras se concentraba en una sola cosa: el hombre que se acercaba a ella.

–Nico… –fue todo lo que logró decir cuando él se detuvo frente a ella.

Podía sentir el calor de su cuerpo, y la expresión de sus rasgos era suficiente para robarle el aliento.

Entonces, él le agarró el brazo, con dedos fuertes que le sujetaron la muñeca mientras la atraía hacia él, de modo que sus pechos rozaron su torso y sus caderas se chocaron, provocándole una emoción que la recorrió como si ella fuera un instrumento y él hubiera pulsado la cuerda exacta de su deseo.

Nico se inclinó para que su aliento le hiciera cosquillas en la oreja.

–¿Qué demonios crees que estás haciendo? –exigió con un gruñido grave.

Con esfuerzo, Nico aflojó el agarre de la muñeca de Ashley. No quería hacerle daño, pero nunca había sentido la furia que sentía en ese momento. Todo ese tiempo ella había estado jugando con él, burlándose y provocándolo, sin duda pensando que él seguía siendo el chico ingenuo que había conocido.

–Nico… –repitió ella, y aunque su voz temblaba y su rostro estaba pálido, se las arregló para mirarlo fijamente y señalar con la cabeza al hombre que estaba a su lado–. ¿Conoces a Edward Sackett? Trabaja en Lumos Ideas, una empresa de inversión tecnológica…

Nico apenas le dirigió una mirada al hombre.

–Puede que lo haya visto. Ahora tenemos que hablar en privado.

Sin esperar a que respondiera, comenzó a cruzar el salón con ella.

–Estás montando una escena –siseó Ashley mientras luchaba por seguirle el ritmo–. Y me estás haciendo daño.

Nico aflojó el agarre, pero solo un poco.

–Si pudiera confiar en ti un ápice, te dejaría ir. Pero no puedo. Ahora, camina.

No volvieron a hablar hasta que salieron del salón y las puertas se cerraron detrás de ellos. Nico avanzó por el pasillo hasta llegar a uno de los salones privados del hotel. Lo empujó, comprobó que estuviera vacío y cerró la puerta detrás de él. Entonces soltó a Ashley.

Ella dio unos pasos tambaleantes, frotándose la muñeca.

–¡Vaya, eso sí que ha sido el frente unido que querías! Bien hecho.

–Ahórrate el sarcasmo –espetó él.

Estaba demasiado enfadado para discutir con ella. Verla con ese vestido le provocó emociones demasiado intensas, que borraron cualquier pensamiento racional.

–Y sé sincera conmigo por una vez, o te juro que despediré a todos los empleados y me aseguraré de que nunca vuelvan a trabajar.

Ella lo miró con expresión atónita.

–¿Ser sincera contigo? Nico, estás actuando como un loco. No tengo ni idea de por qué estás tan enfadado.

Él frunció el ceño.

–Está bien, tal vez exageré un poco –añadió ella–, pero ¿qué esperabas que hiciera?

–No estoy hablando de nuestras empresas –la interrumpió él, cada palabra como un latigazo.

Ella lo miró durante varios segundos, con un leve fruncimiento en la frente.

Estaba igual que siempre. Verla así, con su cabello dorado recogido en un elegante moño y ese vestido cubierto de cristales que brillaban cada vez que se movía, como si fuera un arcoíris andante, fue como una puñalada en el corazón. Lo había conservado todos esos años, incluso cuando la noche anterior había insistido en que había regalado todos sus vestidos. Y justo había decidido ponérselo esa noche…

¿Para burlarse de él? ¿Para hacerle sentir como el chico que había sido, aferrándose a una esperanza estúpida y luego viéndose privado de absolutamente todo?

Nico se alejó de ella, pasándose las manos por el pelo. Todos los recuerdos lo invadieron. La forma en que Ashley había inclinado la

cabeza para besarlo aquella noche, la dulce mirada de asombro en su expresión, el suave suspiro que había exhalado antes de que él rozara sus labios con los suyos. Había sentido la felicidad y la esperanza estallar en su corazón.

Y luego, con las manos esposadas a la espalda, la mano dura de un policía sobre su hombro, toda la sala mirando, atónita y en silencio.

–Ashley, por favor… Tienes que saber que yo no lo hice… Por favor, ayúdame…

Su voz se había ahogado y había caído de rodillas justo delante de ella. Ashley lo había mirado durante un segundo interminable, con el rostro convertido en una máscara de hielo, y luego se había dado la vuelta sin decir una palabra.

Y ahí estaba, replicando esa noche pieza por pieza: el peinado, los pendientes, el collar. Era prácticamente una copia exacta.

–¿Crees que soy tonto? –preguntó él, con un tono tranquilo y educado mientras se daba la vuelta para mirarla–. ¿O tal vez crees que tienes todo el poder en este retorcido juego tuyo? Tal vez esperas poder acorralarme, conseguir que te dé algo por los viejos tiempos. ¿Es eso?

Señaló con desdén su vestido mientras ella lo miraba con aparente confusión. Tenía el ceño fruncido y negaba con la cabeza.

–Nico… De verdad que no tengo ni idea de lo que estás hablando.

Se llevó una mano a la garganta y se puso tan pálida que Nico se preguntó con cinismo si volvería a desmayarse. ¿Cuántas veces había hecho el papel de damisela en apuros en las últimas treinta y seis horas?

Ella dio un paso hacia él.

–Solo quiero salvar a mis empleados… –susurró.

–Oh, déjalo ya. Ya estoy harto de tu actuación de santa Ashley, comportándote como si solo te importaran los demás.

Ella negó lentamente con la cabeza mientras él se acercaba, acortando la distancia entre ambos.

–¿Por qué no me dices por qué estás tan enfadado? Y luego… podemos hablarlo.

–Qué razonable eres.

Se quedó delante de ella, mirándola de arriba abajo, incapaz de evitar fijarse en cómo el vestido se ajustaba a sus pechos, que subían y bajaban con jadeos entrecortados. Su piel era nacarada, su rostro se inclinaba hacia él como lo había hecho antes, con la boca entreabierta como invitándole a besarla.

Era como si se repitiera la noche del baile, con la atracción entre ellos como un campo de fuerza. Recordaba cómo se había sentido incapaz de evitar besarla, sin importarle el precio. Cómo ella lo había invitado a hacerlo con su respiración, su expresión… Tal y como lo hacía ahora.

Pero el momento estaba empañado por todo lo que había sucedido antes. Por el conocimiento de quién era ella realmente y lo que él había sufrido.

Y, sin embargo, Nico sintió una oleada de deseo. Y supo, por la forma en que las pupilas de Ashley se dilataron, que ella también lo sentía. La atracción era demasiado fuerte para que ninguno de los dos pudiera resistirse.

Puso las manos sobre sus hombros desnudos, acariciando su piel sedosa mientras la atraía hacia él. Ashley lo miró, con la mirada vidriosa y los ojos abiertos de par en par.

–Nico… –susurró, y sonó como una súplica.

Él bajó el rostro y ella respondió acercándose.

Y, en ese instante, Nico la besó.

Capítulo 10

El calor estalló en el corazón de Ashley cuando Nico capturó su boca con la suya. No tenía ningún sentido aceptar aquel beso, pensó aturdida, antes de dejar de pensar por completo mientras Nico devastaba su boca, deslizando las manos desde sus hombros para acariciar sus pechos, tocando su cuerpo como un instrumento, arrancándole un gemido suplicante.

En el espacio de un solo segundo, sintió como si el aire a su alrededor se hubiera encendido. El miedo y la furia se desvanecieron ante aquello: una atracción demasiado fuerte para negarla. Juntos se tambalearon hacia atrás contra la ventana, y entonces Nico la levantó y la sentó en el alféizar con la espalda apoyada contra el cristal, mientras le subía el vestido por encima de los muslos para poder colocarse entre ellos.

Ashley le pasó las manos por el pelo mientras lo anclaba a ella en un beso que era a la vez salvaje y dulce. La mano de él se deslizó por su muslo desnudo y luego sus dedos rozaron su ropa interior. Ella gimió de nuevo, incapaz de evitar arquearse hacia aquella mano exploradora.

Estaba comportándose de manera desvergonzada, pensó Ashley, y no le importaba. Nunca antes se había sentido así, nunca nadie había tenido tanto poder sobre su cuerpo.

«Poder». La palabra resonó en sus sentidos aturdidos. Estaba dejando que Nico la controlara, tanto el cuerpo como la mente, de una manera mucho más devastadora que nunca. En una fracción de segundo, el ambiente cambió por completo. Ashley puso las manos sobre el pecho de Nico y lo empujó con todas sus fuerzas. Su débil esfuerzo ni siquiera lo hizo tambalear, pero él detuvo la mano y

rompió el beso, observándola con el rostro enrojecido y la respiración agitada.

–No –dijo Ashley, tratando de sonar fuerte, pero lo que salió fue un gemido–. No, por favor. Yo… yo no quiero esto.

Él la observó durante un tenso momento, con expresión inescrutable, antes de asentir con brusquedad.

–Está bien.

Se apartó, recuperando al instante la compostura, con expresión fría. El color ya se desvanecía de su rostro, mientras ella se sentía como un torbellino de emociones contradictorias, con las piernas temblorosas.

Mientras Nico la observaba con indiferencia, Ashley se obligó a ponerse derecha, bajándose el vestido. Se sostuvieron la mirada durante varios largos instantes, con el único sonido de la respiración aún agitada de ella. Nico parecía aterradoramente indiferente mientras se ajustaba la chaqueta del esmoquin.

–No te entiendo –se obligó a decir Ashley–. Y, a estas alturas, creo que tampoco quiero entenderte. Ya has jugado bastante con mis emociones…

Nico soltó una risa breve y cortante mientras la observaba con escepticismo.

–¿He jugado con tus emociones? –repitió incrédulo.

Hablaba como si fuera ella la irracional, pensó Ashley, cuando él la había arrastrado hasta allí, la había reprendido y luego la había besado hasta dejarla sin sentido.

Era el mismo ciclo de halagos y desprecio, comprendió de golpe, igual que con su padre… Solo que esta vez resultaba mucho peor.

Hacía unos momentos, si se lo hubiera pedido, se habría entregado a él como nunca antes lo había hecho. La idea era profundamente humillante. Comprendió entonces que no podía permitirse rendirse a Nico Galletti de ninguna manera, ni física ni emocionalmente.

–Sí, tú –afirmó mientras enderezaba la espalda–. ¿Cómo llamas a ser tan atento un momento y un completo imbécil al siguiente? –Su voz se elevó hasta alcanzar un tono tembloroso–. Destruir mi empresa y luego decirme que quizá puedas salvarla. Exigirme que

haga exactamente lo que tú dices y luego ser tierno y prepararme un té…

Se pasó una mano por la frente cuando una oleada de mareo la abrumó. Nico Galletti la había convertido en un manojo de nervios desde el momento en que había puesto un pie en su oficina.

–No puedo más –añadió ella, pero él la interrumpió con tono admonitorio.

–No finjas un desmayo otra vez.

Ashley bajó la mano y lo observó con incredulidad. Habría querido reír, pero estaba más cerca de llorar.

–¿Fingir un desmayo? ¿Qué crees que fue lo de esta mañana, algún tipo de táctica?

–Llevas intentando esas tácticas conmigo desde que te sorprendí con la blusa desabrochada. Lástima que no puedas ceñirte a un solo papel. Tienes que ser o la delicada flor o la mujer de negocios implacable, o la seductora cautivadora, no las tres cosas por turnos. –Mostró los dientes en una sonrisa de acero–. De lo contrario, se contraponen entre sí.

Parecía estar hablando en acertijos que él creía que ella debía entender. Ashley negó con la cabeza, cansada.

–De verdad que no te entiendo. Y no creo que lo haga nunca. Lo que sí sé es que me confundes demasiado la cabeza y el cuerpo como para seguir volviendo a por otra ronda. Creo que necesito alejarme de esto. De ti.

Asintió mientras la realidad se apoderaba de ella. Ya no podía luchar por Infinite Innovations, no contra aquel hombre.

–Puedes quedarte con la empresa –le dijo, levantando las manos–. Desmantélala, destrúyela, haz lo que quieras. –Se encogió de hombros–. Puedo empezar de nuevo. Ya lo hice una vez.

Nico Galletti podía haberle quitado todo por lo que había trabajado duro, pero no podía quitarle su sentido de identidad. No podía robarle su futuro.

–Esto termina aquí –afirmó, y se alegró de que por fin sonara fuerte.

Levantó la barbilla para observarlo por última vez, con su expresión totalmente impenetrable, y se dirigió hacia la puerta.

Dejar a Nico Galletti sería su último acto de rebeldía.

Cada paso le parecía interminable, aunque solo eran unos metros. Nico no dijo nada, y Ashley sintió un cosquilleo entre los omóplatos, percibiendo su mirada dirigida directamente hacia ella.

Cuando sus dedos tocaron el pomo de la puerta, Nico preguntó:

–¿Por qué te has puesto ese vestido?

La ira lo había abandonado como un maremoto que surge de repente, lo arrasa todo y se retira, dejando solo devastación a su paso. Durante unos minutos, no había sido capaz de pensar con claridad. Y de las brasas de aquella ira había surgido el deseo más inconveniente y abrumador.

Era inquietante sentir tanto por aquella mujer y no poder controlarlo, porque siempre se había enorgullecido de su férreo autodominio. Sin embargo, Ashley Woodward había sido capaz de destruirlo.

Aunque, a juzgar por su respuesta en aquellos últimos minutos, no había sido calculado. Pero ¿cómo no iba a serlo? Llevar ese vestido y esas joyas, incluso peinarse igual… Sin duda, tenía que haber sido intencionado.

Nico decidió que era hora de obtener algunas respuestas.

Durante varios segundos, ella permaneció de espaldas a él, con la mano en la puerta y la cabeza ligeramente inclinada, de modo que un único rizo dorado descansaba sobre su nuca. Nico sintió el inconveniente impulso de levantar ese rizo y besar aquella piel sensible. Se obligó a desterrar el pensamiento.

Ashley se dio la vuelta con lentitud. Parecía agotada, derrotada, con los hombros encogidos y sombras oscuras bajo sus ojos verdes.

–¿El vestido? –repitió–. ¿Por qué me preguntas por mi vestido?

–Solo quiero saber por qué lo llevabas puesto. –Mantuvo un tono tranquilo–. ¿Por qué sigues haciéndote la tonta?

Ella se encogió de hombros.

–Estaba en mi armario. Necesitaba algo que ponerme.

–No seas frívola –le advirtió en voz baja.

–Me cuesta entender por qué te importa qué vestido llevo puesto. Has traído una docena a mi apartamento. –Bajó la vista hacia el vestido salpicado de cristales–. ¿Qué problema hay con este?

–La pregunta sigue siendo: ¿por qué este? –Endureció el tono–. Solo quiero saber a qué estás jugando.

–¿A qué estoy jugando? –repitió ella, dando un paso hacia él. El color se intensificó en sus pálidas mejillas y su mirada brilló mientras respiraba agitada–. Yo no estoy jugando a nada. Pero, ya que estamos, ¿por qué no me dices tú a qué estás jugando? ¿Por qué te enfadaste tanto esta noche? Porque no creo haber visto a nadie tan furioso en mi vida y sigo sin tener ni idea de por qué. ¿Por mi vestido?

Sonaba tan incrédula. Una vez más, Nico no sabía qué pensar. ¿Podía ser realmente inocente? ¿Había olvidado de alguna manera todo el episodio, igual que había olvidado su crisis de la noche anterior?

–Llevabas ese vestido –dijo finalmente, apretando los dientes– la noche que nos conocimos.

Ashley abrió mucho los ojos y se quedó inmóvil.

–¿La noche que nos conocimos? –repitió en un susurro.

–Te dije que habías ayudado a arruinar mi vida. ¿No se te ocurrió pensar que ya nos habíamos visto antes?

Ella negó con la cabeza, y unos mechones se soltaron de su moño impecable.

–Para ser sincera, pensé que era solo una exageración.

–No lo era. Créeme…

–¿Cuándo nos conocimos? –preguntó Ashley, humedeciéndose los labios.

–En ese baile benéfico para recaudar fondos para el cáncer de mama. El que organizó tu madre.

–No lo recuerdo… –Sacudió la cabeza–. Por más que lo pienso, no lo consigo.

–Supongo que conociste a mucha gente esa noche… –respondió Nico con calma.

–Sí, pero debió de ser un encuentro importante para tener el efecto que dices que tuvo.

–Te puedo asegurar que sí.

–De acuerdo. –Ashley irguió la espalda y, por su expresión, Nico supo que ella dudaba de él–. Entonces, cuéntamelo. ¿Cómo nos conocimos? ¿Qué nos dijimos? ¿Y cómo demonios te arruinó la vida conocerme?

Sonaba desdeñosa, y Nico tuvo que esperar varios segundos antes de responder para asegurarse de que su voz fuera fría y tranquila.

–No voy a entrar en detalles aquí.

–Entonces, ¿dónde?

–En mi apartamento. Tenemos que hablar en privado.

–No pienso ir a tu apartamento para que puedas… –Sacudió la cabeza, sin querer nombrar lo que ambos sabían.

–Confía en mí. No eres tan irresistible.

–Tú tampoco –replicó ella, pero el rubor que se extendió por sus mejillas decía lo contrario.

Él dio un paso hacia ella.

–¿Quieres que te lo demuestre?

Se sostuvieron la mirada mientras miles de recuerdos de lo que ella había sentido en sus brazos pasaban por la mente de Nico.

–No –dijo ella por fin, con voz apenas audible–. Por eso no voy a ir a tu apartamento.

–¿Y si te prometo que no te tocaré?

Ella ladeó la cabeza.

–¿De verdad puedo confiar en esa promesa?

–No rompo mis promesas. Y no toco a una mujer que no da su consentimiento.

–De acuerdo… –cedió al fin con un tono seco–. Siempre que los dos tengamos claro que ninguno es irresistible. –Su boca se curvó con un gesto cínico y levantó la barbilla–. Tú primero.

Capítulo 11

Ashley sintió cómo la tensión aumentaba mientras el ascensor la llevaba hasta el ático de Nico Galletti en el SoHo. Casi no habían intercambiado palabras durante el camino; ella había sugerido hacer una última aparición ante los invitados, pero Nico desechó la idea sin dudar.

–Creo que ya han visto más que suficiente –había respondido con aspereza, tomándola del codo para guiarla hacia el coche.

Durante el trayecto al centro, Ashley se preguntó si estaba cometiendo un grave error. No confiaba en Nico Galletti en absoluto, pero tampoco entendía qué pasaba, y por eso había aceptado ir con él.

Necesitaba averiguar por qué Nico sospechaba tanto de ella. ¿Realmente lo había conocido en aquel baile? Aquellos años turbulentos se difuminaban en su mente, un caleidoscopio de imágenes y emociones que solo deseaba olvidar. Pero no creía haber olvidado tanto…

¿Y si lo había hecho? Había conseguido olvidar todo lo sucedido la noche anterior. ¿Había bloqueado más de lo que pensaba? ¿O estaba Nico jugando con su mente?

Pero si de verdad se trataba de un simple malentendido…

Aunque nada en aquella situación parecía simple. Quizá hablar solo enredaría más lo ocurrido, porque lo que había pasado entre ellos parecía haber tocado algo profundo, dejando marcas difíciles de ignorar. Un par de explicaciones no iban a arreglar nada.

Aun así, por su propia cordura y por el bien de sus empleados, Ashley sabía que debía descubrir qué había llevado a Nico Galletti a

iniciar una opa hostil de una empresa que, en teoría, no debería importarle en absoluto.

–Menuda choza… –comentó con ironía al entrar en el espacioso ático, elegante y moderno, con ventanales del suelo al techo que daban al extremo sur de Manhattan–. Especialmente para un chico de Brooklyn.

–¿A que sí? –replicó él en un tono aún más seco mientras se quitaba la chaqueta del esmoquin.

Ashley apartó la mirada de los músculos que se marcaban bajo su camisa y atravesó el espacio diáfano. Sofás de cuero y mesas de centro que parecían esculturas estaban dispersos para aprovechar al máximo las vistas de la ciudad, que se extendía abajo como una alfombra de luces.

–Me siento como si estuviera al revés y mirara un cielo lleno de estrellas.

–Gran parte de esta noche ha sido al revés –dijo Nico, y ella se volvió para mirarlo. No había encendido ninguna luz; el resplandor de la ciudad le dejaba media cara sumida en sombras. Seguía sin comprender a ese hombre, pero quizá esa noche, por fin, empezaría a hacerlo.

–Cuéntame cómo nos conocimos –pidió ella, y un músculo se tensó en la mandíbula de él. Tuvo la sensación de que estaba conteniendo alguna emoción poderosa–. Llevé este mismo vestido en el baile. Y hablamos, supongo.

–Así es.

–¿De qué?

–De varias cosas.

Ella suspiró, ya exasperada.

–Me trajiste aquí para hablar de ello, así que ¿por qué no me lo explicas?

–Porque todavía no puedo decidir si me estás mintiendo. Y no tengo intención de revivir aquella noche, que fue la peor de mi vida, solo para tu diversión.

Ashley parpadeó ante aquella acusación.

–Nico –dijo en voz baja, dando un paso hacia él–. ¿De verdad crees que soy ese tipo de persona? ¿Que atormentaría a alguien solo

por diversión?

–Fuiste ese tipo de persona aquella noche.

–¿Qué estás diciendo? ¿Qué hice?

Él se apartó, dirigiéndose a una mesa de bebidas donde se sirvió un *whisky* generoso.

–No puedo creer que no lo recuerdes –murmuró él.

–Si te soy sincera, aquellos años están borrosos para mí. Intenté olvidar gran parte de lo que ocurrió, pero no me di cuenta de que había bloqueado tantas cosas por completo.

–¿Y por qué intentaste olvidarlo?

Él no era el único que no quería revelar los episodios dolorosos del pasado, reflexionó Ashley, pero uno de los dos tendría que dar ese salto hacia la vulnerabilidad.

–Porque en aquella época era muy infeliz. Y supongo que a nadie le gusta recrearse en los momentos de su vida en los que fue infeliz.

Nico no respondió durante un largo momento.

–Hay una diferencia entre no recrearse y olvidar completamente.

–Es cierto. Por eso todo esto me ha tomado por sorpresa.

–¿Por qué conservaste ese vestido y ninguno de los otros? –preguntó él.

El cambio abrupto la dejó parpadeando.

–Yo… realmente no lo sé. Regalé toda mi ropa elegante después de que mi padre fuera a prisión. Ya no la necesitaba, y muchas me hacían recordar momentos dolorosos.

–¿Dolorosos?

Ashley tragó con dificultad.

–Mi padre… elegía mi ropa y me obligaba a ponérmela. Ya sé que no suena grave, pero podía ser cruel con eso. Me tuvo en tensión durante años, porque un momento era encantador, diciéndome que era su pre… preciosa prin… cesa… –tartamudeó con cada palabra–. Y al siguiente se volvía hiriente.

Era todo lo que estaba dispuesta a decir, al menos por el momento.

–Después del derrame cerebral de mi madre, me obligó a hacer de anfitriona, y no era muy buena en ello. Nunca me gustaron las fiestas ni socializar, y en aquella época habría preferido estar…

–En tu habitación con un libro.

Ashley abrió mucho los ojos.

–Sí. ¿Cómo lo…?

–Porque me lo dijiste tú.

Por un segundo, Ashley sintió como si la habitación girara. Fragmentos de memoria destellaron en su mente y luego se desvanecieron.

–Creo que necesito una copa. ¿Te importa…?

–¿*Whisky*? –preguntó él, señalando la mesa con bebidas.

Ashley nunca había probado el *whisky* en su vida, pero asintió.

Ninguno habló mientras Nico le servía la bebida y le tendía el vaso. Él señaló uno de los sofás junto a la ventana.

–Quizá deberíamos sentarnos. Pareces un poco conmocionada.

Ashley caminó con lentitud hacia el sofá y se acurrucó en él, recogiendo el vestido alrededor de los tobillos. Dio un sorbo cauteloso e hizo una mueca ante el sabor, lo que arrancó una risa irónica de Nico.

–¿No es tu bebida habitual?

–No. –Bajó el vaso mientras lo observaba–. Así que hablamos esa noche. Y fue una conversación importante, por lo que parece.

–Sí.

–¿De qué más hablamos?

–De muchas cosas. De nuestros libros favoritos, qué pensábamos de la ciudad, de cómo ambos nos sentíamos fuera de lugar en el baile.

Desconcertada, Ashley sacudió la cabeza.

–No puedo creer que no recuerde todo eso.

–Esa no es realmente la parte que esperaba que recordaras.

–¿Qué, entonces?

Él dudó, girando el vaso entre sus dedos.

–Mientras todavía hablábamos, me arrestaron. Justo delante de ti. Me esposaron y me arrastraron.

Ashley jadeó suavemente.

–¿En medio del baile?

Él alzó la vista hacia ella, y la desolación en su expresión la golpeó.

–Sí.

Ashley sacudió la cabeza instintivamente. Estaba segura de que lo recordaría… Y, aun así, destellos sueltos surgieron en su mente: un grito, un sollozo, su propio miedo oprimiéndole el pecho.

Nico se inclinó hacia delante.

–¿Lo recuerdas ahora?

–En realidad, no. Solo destellos de alguna sensación.

–¿Qué tipo de sensación?

–Miedo, principalmente. Mi propio miedo abrumador. –Tuvo que tragar con dificultad–. Pero no sé si es de aquella noche.

–¿Por qué tendrías miedo?

Necesitaba ser más sincera.

–Porque en aquella época le tenía pánico a mi padre.

Nico frunció el ceño.

–¿Pánico…?

Ashley bajó la mirada y dio otro sorbo de *whisky*. Necesitaba el fuego que se extendía por ella, dándole valor.

–Sí. No solo era desagradable, como dije. Me trató de forma abusiva durante muchos años. –Decirlo le hizo sentir la piel en carne viva–. Sobre todo en lo emocional, aunque a veces también en lo físico. Y si estaba hablando contigo y a él no le gustaba… –Una fría certeza la atravesó–. Habría estado muerta de miedo por lo que pudiera hacerme después.

Lo cual podría tener algo que ver con por qué lo había olvidado tan completa y desastrosamente.

Nico miró a Ashley y vio lo tensa que estaba. La palidez le endurecía las facciones, y sujetaba el vaso con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos. Fuera lo que fuera lo que aún no decía, en eso sabía que decía la verdad. Lo que no tenía claro era cómo cambiaba todo lo demás entre ellos.

Quizá nada. Quizá todo.

–Lamento lo de tu padre y cómo te trató. No lo sabía.

–Era un secreto bien guardado. Mi padre era conocido por ser increíblemente encantador. Nadie lo dudaba, al menos hasta que lo

arrestaron.

Ella sonrió débilmente, pero Nico descubrió que no podía devolverle la sonrisa.

–Puedo creerlo. Pero no me pareciste aterrorizada. No digo que no lo estuvieras, solo que parecía diferente.

Cuando habían estado hablando, se había mostrado cálida y dulce. En cuanto a después, todo había sido fría indiferencia, con su rostro convertido en una máscara vacía.

–Era buena ocultando mis sentimientos. Tenía que serlo. Mi padre me castigó durante una semana cuando alguien me preguntó si era infeliz delante de él.

Nico sintió que se le helaba la sangre.

–¿Qué quieres decir con que te castigó?

Ella se encogió de hombros.

–Tenía todo tipo de tácticas. En aquella ocasión, creo que simplemente me encerró en mi habitación. Podría haber sido peor.

–¿Te encerró…?

–El ama de llaves me llevaba comida a escondidas. No fue tan malo. –Apretó la boca unos segundos, temblorosa–. Eran los castigos más humillantes los que no podía soportar.

A Nico no le gustó cómo sonaba aquello, y podía ver por la forma en que la garganta de Ashley se movía que no quería decir nada más.

–No tenía ni idea. Lo siento.

Ella parpadeó rápidamente.

–No tienes por qué. Mi padre es el único culpable, y yo, supongo, por dejar que continuara durante tanto tiempo.

–Eras una niña…

–No paró hasta que lo arrestaron. Tenía veintinueve años. Tampoco era tan niña.

–Aun así, no puedes culparte.

–Intento no hacerlo. Pero puede ser difícil, cuando miras atrás y te preguntas por qué demonios simplemente lo aceptaste. ¿Por qué no fui más lista? ¿Más fuerte?

–Sí.

Era una pregunta que él también se había hecho muchas veces. ¿Por qué había confiado en Chase Woodward tan ingenuamente? ¿Por qué se había dejado llevar, como un cordero al matadero?

Igual que Ashley, le costaba no culparse, y por eso se había aferrado a la idea de vengarse. Creyó que, cuando por fin lo lograra, sentiría alivio, pero no había sido así. Tomar el último bastión de la fortuna Woodward solo le había dejado dudas y una creciente sensación de desconcierto.

–Lamento no poder recordarlo. Es una sensación extraña. –Sacudió la cabeza despacio–. Después de que mi padre entrara en prisión, pasé por una especie de crisis. Fui a terapia y descubrí que sufría lagunas, cosas de aquella época que simplemente no podía recuperar, pero lo acepté. Pensé que solo había apartado recuerdos dolorosos. Nunca imaginé que hubiera olvidado algo concreto.

Hizo una pausa, mordiéndose el labio.

–Pero anoche, cuando dijiste que me había alterado y fui consciente de ese vacío en mi cerebro…, me asusté. Me hizo preguntarme qué más había olvidado. Así que quizá sí sea cierto que llegué a conocerte y, sencillamente, no lo recuerdo, por increíble que suene.

Nico no pudo evitar una risa cínica.

–¿Crees que soy yo quien no debería ser creído?

–Nico, intenta entenderme –le pidió, extendiendo una mano en un gesto casi suplicante–. Imagina que alguien te dice que te conoció y que ese encuentro cambió su vida, pero tú no recuerdas nada. ¿No te haría dudar? ¿No pensarías que quizá te están mintiendo, sobre todo cuando esa misma persona acaba de tomar el control de tu empresa?

Él terminó el resto de su *whisky* de un solo trago.

–No tengo ningún motivo para mentir.

–Ni yo tampoco.

Lo cual los dejaba… ¿dónde, exactamente? Ambos guardaron silencio mientras la noche caía a su alrededor. Nico sintió algo extraño en el pecho que le hizo darse cuenta de que debía creerla. Después de todo lo que había vivido, era posible que realmente lo hubiera borrado de su memoria.

Pero ¿cambiaba eso algo? Aun así, ella lo había ignorado cuando él le había suplicado. Y sí, quizá fuera porque temía a su padre…, pero ese hombre había acabado en prisión.

–¿Me crees? –preguntó finalmente Ashley.

–Sí –admitió él.

–Haces que suene como si no cambiara nada… –respondió ella con una sonrisa infeliz.

Nico dejó el vaso en la mesa.

–No estoy seguro de que lo haga.

–Pero… ¿por qué no?

–Porque, que lo hayas olvidado o no, es irrelevante. Lo que pasó, pasó.

Ashley se inclinó hacia delante.

–Pero, Nico, todavía no me has dicho qué pasó. ¿Por qué te arrestaron?

El silencio entre ellos se hizo espeso durante unos largos segundos, hasta que, finalmente, él habló:

–Por desviar diez millones de dólares de Woodward Investments.

Ashley jadeó llevándose las manos a la boca.

–¿Qué…?

–Yo no lo hice. Fue tu padre quien lo hizo.

–Oh…

El sonido salió alargado y tembloroso mientras Ashley se recostaba en los cojines y cerraba los ojos. Su expresión mostraba menos sorpresa que remordimiento.

–¿Los recuerdos vuelven ahora?

Ashley abrió los ojos de golpe.

–No. Solo lamento que te pasara eso. ¿Fuiste…? ¿Te procesaron?

Él se rio entonces, un sonido desagradable, porque su pregunta sonaba tan ingenua, como si imaginara que no había tenido más que un contratiempo menor.

–Se podría decir así. Pasé cinco años en prisión por los crímenes de tu padre.

Por un segundo, Ashley solo lo miró con la boca entreabierta. Para Nico, aquella reacción fue de lo más decepcionante. Sintió que el

motivo que lo había impulsado durante tanto tiempo se desvanecía como si fuera humo.

¿Qué clase de hombre sería si simplemente se encogiera de hombros y aceptara la crueldad de otro? ¿Si fingiera que aquello no había cambiado su vida, la de su familia, la de su hermano…?

–Nico –susurró Ashley–. Lo siento mucho.

–Y deberías sentirlo.

Su voz sonó más áspera de lo que pretendía. Ashley se echó hacia atrás.

–¿Todavía me culpas? ¿Incluso después de lo que te he dicho?

–¿Realmente crees que eres inocente solo porque no lo recuerdas?

–Pero fue él. Puede que haya olvidado nuestro encuentro, pero sé que yo no habría sabido nada del desfalco. Nunca tuve relación con su negocio.

–Estuviste allí. Me viste cuando me arrestaron, justo delante de ti. Me viste… –Las palabras se le atragantaron–. No hiciste nada.

–¿Qué podría haber hecho?

Seguía tratando de exculparse. Nico sacudió la cabeza, demasiado cansado para continuar.

–Nico, lo digo en serio. –Para su sorpresa, ella se levantó del sofá y caminó hacia él, deteniéndose justo frente a su asiento–. ¿Qué podría haber hecho?

Ashley parpadeó, tratando de contener las lágrimas.

–Estuviste cinco años en prisión. ¿Qué podría haber hecho para impedirlo?

Capítulo 12

Ashley dudaba que pudiera soportar la expresión atormentada de Nico: las facciones rígidas, un dolor inmenso reflejado en esos ojos color tormenta. Y ella era la causa. Solo conservaba recuerdos fragmentados de aquella noche: la emoción de conocerlo, el miedo a su padre… Pero sabía, con una certeza profunda e instintiva, que había ocurrido algo más. Algo que él no quería decirle y que lo había herido hasta el fondo.

Algo que ella había hecho… o dejado de hacer. Fuera lo que fuese, Ashley sabía que era responsable de ese dolor.

–Sea lo que sea… –susurró, alzando una mano para tocarle la mejilla–. Lo siento. Lo siento mucho.

Nico le atrapó la mano con la suya y, tras presionarla brevemente contra su mejilla, empezó a bajarla, pero se detuvo y entrelazó sus dedos con los de ella. Durante unos segundos, permanecieron inmóviles y mirándose a los ojos. El tiempo pareció detenerse, y aquel instante, tan tierno y cargado de emoción, tomó un matiz distinto. Algo dulce… y a la vez peligroso.

Aunque, en ese momento, no se sentía peligroso en absoluto. Nico no lo era. No le tenía miedo, ni a él ni a lo que pudiera despertar en ella. Lo deseaba.

Así que, sin pensarlo demasiado, Ashley se inclinó y rozó sus labios con los de él en un gesto suave, muy distinto del beso exigente de antes. La boca de Nico permaneció inmóvil bajo la suya, y la familiaridad dulce de ese contacto la sacudió de tal manera que se apartó de golpe, sorprendida por su propia reacción.

–¡Ya nos besamos antes! –exclamó en voz baja–. En aquel baile. –No podía recordar nada más que la sensación, una emoción

vertiginosa…

Los dedos de Nico se apretaron sobre los suyos.

–Así es.

¿Era eso lo que le había estado ocultando o había algo más?

–¿Cómo pude olvidarlo? –susurró Ashley.

La respuesta de Nico fue una risa baja, y ella volvió a besarlo, esta vez con más intención.

Nico dejó escapar un gruñido y se apartó primero.

–Ashley… –Le acarició el pelo y la sostuvo con firmeza, mientras ella lo contemplaba con una convicción inesperada–. No me provoques. Ahora no.

Ella lo miró a los ojos.

–No te estoy provocando.

La mirada sombría de él bajó hasta su boca.

–Entonces, estás jugando con fuego.

Ashley levantó la barbilla.

–Quizá quiera quemarme.

Él volvió a levantar la vista, con una expresión a la vez decidida y resignada.

–Después de lo que me contaste sobre tu padre… Eres vulnerable. No voy a aprovecharme de ti, y menos esta noche.

Ella le acarició la mejilla, dejando que su pulgar rozara la boca de él.

–Tú también eres vulnerable.

Nico dejó escapar un suspiro de reconocimiento. Cerró los ojos mientras se inclinaba hacia delante para apoyar la frente contra la de ella. Durante un momento, ambos se limitaron a respirar.

–Esto no tiene sentido –murmuró Nico–. Para ninguno de los dos.

–Lo sé. Pero eso no significa que no debamos hacerlo.

Él rio, con un sonido suave y áspero.

–En realidad, no necesitas esforzarte demasiado para convencerme.

–Bien.

Ashley lo besó de nuevo, esta vez con más firmeza. Se sintió sorprendentemente poderosa al ser ella quien lo besaba, pero solo por un momento. Porque en segundos Nico le devolvió el beso con la

misma exigencia, un beso feroz mientras sus labios se apoderaban de los de ella y su lengua invadía su boca. Ashley solo pudo rendirse.

Y qué gloriosa rendición fue aquella: sus manos perdiéndose en el cabello de él mientras el beso se intensificaba. Nico deslizó las manos de su pelo a su espalda y a sus pechos, acariciándolos, haciéndola estremecer antes de anclarse en sus caderas.

Interrumpió el beso para preguntarle una vez más con voz baja:

–¿Estás segura?

–Sí –respondió Ashley simplemente.

Quizá no debería sentirse tan segura; quizá lo lamentaría al amanecer. No se entregaba a Nico a la ligera. Aun así, su propia vulnerabilidad parecía responder a la que había visto en él. Tal vez, juntos, pudieran encontrar algo que ninguno había hallado en otra parte. No era amor, lo sabía, pero tampoco simple deseo. Era algo más profundo.

–Estoy segura –repitió.

Nico no necesitó más. Volvió a capturar su boca con la suya y la levantó por las caderas mientras se ponía de pie. Ella envolvió las piernas alrededor de su cintura mientras él la llevaba al dormitorio.

Cuando Nico la dejó en el suelo, Ashley alcanzó a ver una cama amplia con un edredón de satén azul marino y la ciudad brillando tras los ventanales. Ella le sonrió, y él deslizó la mano desde su hombro hasta su cadera en un gesto lento, casi reverente.

–Ese vestido… La primera vez que te vi, pensé que parecías un arcoíris o una estrella fugaz. No podía creer lo que veían mis ojos.

Ashley levantó la mano y le tocó la mejilla, deslizándola desde allí hasta la mandíbula y el hombro, sorprendida por lo poderoso que se sentía tocarlo así, ver su respuesta en el brillo de su mirada.

–¿Te hablé yo primero? –preguntó ella mientras dejaba que sus dedos rozaran su pecho–. ¿O fuiste tú quien me habló?

–Tú me buscaste. –Por un segundo, él le inmovilizó la mano con la suya–. Pensé que era porque tu padre te lo había ordenado.

Ella ladeó la cabeza para observarlo, viendo cómo él buscaba su mirada.

–¿Por qué habría hecho eso?

–En el juicio salió a relucir que me había pasado de la raya. Coquetear con la hija del jefe y robarle dinero. Al jurado no le gustó eso.

Ashley sintió la tensión que lo recorría y, con cuidado, entrelazó sus dedos con los de él.

–No creo que mi padre me confiara ese tipo de cosas. Solo me pedía que me quedara de pie y sonriera.

Él apretó los dedos contra los de ella.

–Pensé que era una trampa. Después.

Un suave suspiro se escapó de ella cuando la profundidad del sufrimiento de Nico resonó de nuevo en su interior.

–Nico, no sé qué fue. Sigo sin recordar nada más que cómo me sentía cuando estaba contigo. Y lo asustada que estaba después. Y lo mucho que te deseo ahora.

Susurró la confesión con voz temblorosa antes de ponerse de puntillas para besarlo.

Realmente no tenía sentido, pensó Ashley. Eran enemigos, o al menos lo habían sido. Su pasado compartido era doloroso y estaba plagado de secretos que ella ni siquiera podía recordar. En cuanto a su futuro, no tenía idea de lo que le deparaba.

Y, sin embargo, mientras él la besaba, todos esos pensamientos se desvanecieron y solo quedó la pureza del deseo compartido.

Nico levantó la cabeza.

–He fantaseado tantas veces con quitarte ese vestido. Nunca pensé que tendría la oportunidad.

Un escalofrío de anticipación la recorrió.

–Tiene una cremallera –bromeó Ashley, tratando de ocultar el temblor de su voz mientras se giraba para mostrarle la espalda–. Si eso ayuda.

Lenta y deliberadamente, él bajó la cremallera a lo largo de su columna. Los pliegues del vestido se deslizaron hacia abajo, dejando al descubierto su espalda desnuda.

Un suave suspiro se le escapó cuando Nico deslizó un dedo por toda la longitud de su columna antes de bajar el vestido por sus hombros. Ashley contuvo el aliento al sentir el aire fresco en la piel.

Nico deslizó las manos hacia delante, acariciándole los pechos mientras la atraía hacia él. Ella sintió la dureza de su excitación contra su espalda cuando él movió las manos hacia su vientre y luego aún más abajo, de modo que el vestido quedó alrededor de sus tobillos.

Un gemido se le escapó cuando los dedos de él exploraron sus pliegues más íntimos. Oleadas de placer la atravesaban con cada toque, y ella se empujó contra él instintivamente. Nadie había tocado nunca su cuerpo de esa manera.

Con un sonido casi como un sollozo, se giró bruscamente.

–Yo… quiero verte. Quiero verte cuando te toco y cuando tú me tocas.

No quería que aquello se redujera solo al placer. Necesitaba que significara algo más, aunque no se atrevía a preguntarse qué podía ser en ese instante.

Así que dejó de pensarlo y lo atrajo hacia sí para otro beso, entregándose a él una vez más.

El cuerpo de Nico vibraba con la intensidad del momento mientras Ashley se acercaba más a él. Sin apartarse de sus labios, ella le desabrochó la camisa, y él correspondió con la misma urgencia por quitarse la ropa.

Se separó un instante, esbozando una sonrisa irónica mientras se quitaba los gemelos.

–No quiero arruinar el momento –consiguió decir, y ella soltó una risa temblorosa.

Nico deseó con todas sus fuerzas que ella no estuviera dudando, porque detenerse de golpe sería insoportable, aunque lo haría sin pensarlo si ella se lo pedía. La mañana anterior solo quería vengarse, pero lo último que deseaba ahora era hacerle daño.

Cuando por fin se deshizo de la camisa, Ashley extendió una mano y apoyó la palma en su pecho. Incluso ese gesto sencillo bastó para

encenderlo; Nico dejó escapar un suspiro entre los dientes y tomó su mano, entrelazando los dedos antes de guiarla hacia la cama.

Se tumbaron sobre el satén suave. Ella buscó con cautela el cierre de sus pantalones, y el simple roce de sus dedos le provocó un estremecimiento inesperado. Hacía mucho que no sentía algo así con alguien, y no solo en lo físico: era como una forma de conexión que las palabras, tantas veces torpes y dolorosas entre ellos, no habían logrado transmitir.

Con dedos temblorosos, ella desabrochó el botón y luego, lenta y exquisitamente, bajó la cremallera. Él se quitó los pantalones, agradecido por la liberación.

Durante un segundo, se quedaron allí tumbados, mirándose, casi desnudos, sintiéndose totalmente expuestos. Nico tenía claro que aquello no era un simple deseo, ni mucho menos un acto de venganza.

No estaba preparado para pensar en qué era. En ese momento, se dijo que no importaba. Lentamente, extendió una mano y la posó en la cadera de Ashley. Ella deslizó la mano desde su hombro hasta su pecho y luego más abajo, rodeándolo mientras él dejaba escapar un gemido.

Ella respondió con una risa suave, y él volvió a besarla hasta que la risa se desvaneció y solo quedó una necesidad dulce, con sus cuerpos estrechándose.

–Tengo protección –dijo él mientras se acercaba a la mesilla de noche.

Solo tardó unos segundos, pero le pareció demasiado tiempo. Nico se colocó encima de ella, apoyándose en los antebrazos mientras ella lo miraba con los labios hinchados por sus besos y el rostro sonrosado. Cuando comenzó a moverse dentro de ella, Ashley se tensó brevemente antes de relajarse del todo.

Le rodeó los hombros con los brazos mientras lo atraía más profundamente hacia su calor, y Nico apretó los dientes contra la avalancha de sensaciones, decidido a moverse lentamente por su bien.

Se arqueó cuando encontraron el ritmo, sus cuerpos moviéndose como uno solo. Un estremecimiento la recorrió y gritó, encontrando

su liberación antes de que Nico se rindiera a la suya, enterrando el rostro en su cuello mientras las réplicas resonaban en ambos.

Nunca antes se había sentido tan cercano, tan conectado con otro ser humano. Y no tenía idea de lo que eso significaba para el futuro.

Capítulo 13

Ashley se despertó con el sol entrando a raudales y descubrió que estaba sola. Se dio la vuelta y miró la sábana impecable, dejando escapar un suspiro tenue.

¿Y ahora qué?

Sentía el cuerpo deliciosamente dolorido y era consciente de su desnudez bajo el edredón de satén. La noche anterior, después de hacer el amor –aunque sabía que no podía llamarlo realmente así–, habían permanecido abrazados en silencio. Había sido muy placentero, y había hecho que Ashley empezara a sentir un anhelo que sabía que no debía. Por muy transformador que le hubiera parecido el tiempo juntos, era lo bastante inteligente como para recordar que probablemente no significaba nada.

Y aunque Nico la había acurrucado contra él e insistido en que se quedara a dormir, con la brillante luz de la mañana todo parecía diferente. Se sentía insegura y avergonzada. Ambos se habían mostrado vulnerables la noche anterior, pero ella lo sentía mucho más esa mañana.

Aun así, Ashley sabía que no había nada que hacer salvo afrontar la situación. Al salir de la cama vio que él había tenido el detalle de dejarle una bata de felpa a los pies. Se la puso, se la ciñó con fuerza y se peinó con los dedos el pelo enredado. Luego, echando los hombros hacia atrás, se dirigió a la sala de estar.

Nico ya se había duchado y afeitado. Tenía el pelo oscuro húmedo y vestía camisa y pantalones impecables, con la chaqueta del traje colgada en la silla junto a la ventana donde estaba sentado leyendo las noticias en su *tablet*. Levantó la vista cuando Ashley salió del dormitorio, con una expresión inquietantemente neutra.

–Buenos días.

Su tono era igual de distante. Ashley deseó que le diera alguna pista sobre lo que estaba pensando, pero entonces se dio cuenta de que la falta de emoción era probablemente prueba suficiente de que la noche anterior había sido exactamente lo que ella temía: un desliz de una noche.

–Buenos días –saludó ella tras aclararse la garganta.

–Hay café, si quieres –ofreció él señalando hacia la cocina americana.

–Gracias.

Ashley se acercó con cautela para servirse una taza mientras Nico volvía a fijar la mirada en la *tablet*. Todo lo que habían compartido la noche anterior parecía pertenecer a otra vida. Esa mañana, Nico se comportaba como un desconocido amable y correcto, pero distante.

–Como sabes, esto es nuevo para mí –comentó Ashley, acercándose a la ventana mientras daba un sorbo al café–. La mañana después. Los protocolos sobre cómo actuar. –Se encogió ligeramente y el albornoz se le deslizó por un hombro–. ¿Cómo se supone que debo comportarme?

–¿Cómo quieres comportarte? –replicó Nico–. Por lo que me contaste anoche, has pasado demasiado tiempo cumpliendo las exigencias de otra persona.

–No sé lo que quiero.

Aunque eso no era del todo cierto. Quería que su encuentro de la noche anterior significara algo.

–Bueno, yo sé algo que tú quieres –respondió él, levantándose para rellenar su taza–. Quieres que tus empleados sigan trabajando, y yo quiero limitar el daño a mi reputación. –Se dio la vuelta, apoyando una cadera en la encimera–. Así que quizá podamos empezar por ahí.

Ashley notó la frialdad en sus ojos y se dio cuenta de que ni siquiera iban a hablar de lo sucedido la noche anterior.

–Imagino que la manera en que salimos del evento anoche no ayudó –dijo ella.

Nico hizo una pequeña mueca.

–En efecto.

–¿Qué sugieres?

–Mi jefe de Relaciones Públicas quiere que nos vean juntos hoy. Pensó que podrías presentarme a algunos de tus inventores, tal vez incluso ver ese cepillo de dientes robótico en acción. –Su boca esbozó una sonrisa desganada–. Y hacer algunas fotos.

–No pareces muy entusiasmado…

Nico levantó un hombro en un gesto descuidado.

–Es necesario.

Ashley no pudo evitar estremecerse ante sus palabras.

–Por muy atractiva que suene la propuesta, tendré que pasar.

–¿Por qué? –preguntó él con el ceño fruncido.

–No me interesan las sesiones fotográficas. Y pasar un día entero contigo cuando está claro que no quieres hacerlo es un placer al que renunciaré con gusto.

–¿Ni siquiera por el bien de Infinite Innovations?

Ashley cerró los ojos brevemente. Siempre había creído que haría cualquier cosa por su empresa, pero… ¿esto? ¿Torturarse pasando el día con un hombre que no quería estar con ella?

–¿Te interesa siquiera salvar mi empresa? –preguntó al abrir los ojos–. ¿O solo te interesa salvar la tuya?

–Son lo mismo –respondió Nico con serenidad.

–Gracias por recordármelo.

Ashley apretó los dientes, dejó la taza sobre la mesa y respiró hondo.

–Creo que debería irme.

–No hemos hecho planes para hoy –protestó Nico con impaciencia.

–Ya te dije que no me interesaba.

–Ashley. Si esto es por lo de anoche…

–¿Así que vamos a hablar de ello? –preguntó con voz temblorosa–. No espero declaraciones de amor, Nico. Pero pensé que hablaríamos.

–Está bien. –Dejó la taza y cruzó los brazos–. Hablemos.

–Menudo comienzo… –respondió ella, negando con la cabeza.

¿Acaso la noche anterior no había significado nada para él?

–Ashley… –Exhaló un largo suspiro–. No quiero hacerte daño, pero lo de anoche pasó anoche. No me interesa nada serio. Y creo que cualquier tipo de relación complicaría esta fusión…

–¿Así que ahora es una fusión? –lo interrumpió ella–. ¿No es una opa hostil?

–Estoy dispuesto a mantener Infinite Innovations de alguna forma. Tus empleados pueden conservar sus puestos. Pero tendrá que ser una versión modificada: algunos de los inventos que propusisteis no eran más que proyectos vanidosos.

–Eran importantes para las personas a las que podrían haber ayudado –replicó Ashley, aunque sabía que él tenía razón–. ¿Y mi trabajo?

Nico dudó, con una mirada que denotaba arrepentimiento.

–No puedo tener a un Woodward en mi equipo. Y creo que sería mejor para todos que no trabajáramos juntos.

Así que todavía la culpaba, al menos en parte, se dio cuenta con desconcierto. Pensar que la noche anterior había significado algún tipo de sanación había sido una ilusión.

–Y sin embargo quieres que pase el día contigo.

–Por el bien de tu equipo, creo que puedes hacerlo –sugirió Nico con frialdad.

Ashley negó con la cabeza.

–¿Por qué estás siendo tan distante? Entiendo que lo de anoche es agua pasada. No te pediré que se repita. Pero pensé que habíamos superado toda esta animosidad. Cuando hablamos…

Ella se quedó en silencio al darse cuenta de que era mejor no decir nada más.

–No pretendo ser frío. Solo estoy siendo práctico.

–Práctico… –repitió Ashley, asintiendo.

Bueno, tal vez ella también tendría que ser práctica. Si podía convencer a Nico de la importancia de Infinite Innovations y de los inventos que defendía, si esas sesiones fotográficas ayudaban a los empleados que le importaban… lo haría. Pero, después de ese día, nunca más volvería a verlo.

¿Por qué le dolía tanto ese pensamiento?

Nico había intentado convencerse de que estaba siendo duro por el bien de ambos, pero no terminaba de creérselo. Después de lo que había pasado la noche anterior, quería empezar el día de la mejor manera posible. Necesitaba poner cierta distancia, porque solo recordar lo abierto e íntimo que había sido le provocaba una punzada de vergüenza.

«Nunca confíes en un Woodward. Nunca vuelvas a ser tan ingenuo».

¿No había aprendido nada de sus cinco años en prisión?

Sabía que debía actuar de ese modo por el bien de los dos, pero no por eso le resultaba fácil ver a Ashley tan afectada.

–Mira, me gustaría que pasáramos un día agradable juntos. Muéstrame las cosas que te importan.

–¿Quieres que te haga un recorrido por la ciudad? –se burló ella–. Si tú eres de Brooklyn.

–Imagina que soy un turista –trató de persuadirla con una sonrisa.

–¡Todo esto es falso! –exclamó ella alterada–. Puedes dejar de intentar convencerme. Lo haré por el bien de los empleados. Y sí, creo que tienes razón: es mejor que no trabaje contigo.

Se dio la vuelta y se dirigió al dormitorio.

–Me iré a casa a darme una ducha. Luego nos veremos donde tú quieras.

–Ashley, pasar el día lanzando comentarios sarcásticos porque estás dolida no va a ayudarnos a ninguno de los dos.

–No estoy dolida –espetó ella, con los ojos brillando mientras apretaba los labios–. Estoy molesta. Hay una diferencia.

Y entonces, con la respiración entrecortada, entró al dormitorio y cerró la puerta con un golpe seco.

Nico suspiró. Aquello no era lo que quería en absoluto. No podía dejar de pensar en la noche anterior, en lo mucho que le había gustado sentir a Ashley en sus brazos. La forma en que ella lo había tocado, la sensación de plenitud que había inundado todo su ser, como si hubiera encontrado un hogar cuando ni siquiera lo estaba buscando.

Era más propio de un cuento de hadas que de la vida real, y él conocía muy bien cómo era la vida real. Tenía suficiente experiencia de lo terrible que era confiar en la gente. No solo con Chase Woodward, sino también con su propia madre. Dieciséis años después, ella seguía sin hablarle. Seguía culpándole por lo de su hermano Roberto.

Otra razón para no perdonar. Podría dejar de lado su idea de venganza, pero eso no significaba que fuera a dejar que un Woodward entrara en su vida.

Ashley salió del dormitorio vestida con su traje de noche y los tacones en una mano.

–He pedido un taxi –informó ella.

–Puedo llevarte.

–Mantengamos la profesionalidad. Nada de favores –dijo Ashley, dedicándole una sonrisa fría–. Después de lo de hoy, no tendremos que volver a vernos.

Nico sabía que ella estaba diciendo lo correcto. Era exactamente lo que encajaba con el plan que él había trazado al amanecer, cuando se había levantado de la cama para mirar el cielo gris y buscar una forma de seguir adelante.

Entonces, ¿por qué le disgustaba tanto oírlo de sus labios?

–Muy bien. Ya que vas a enseñarme la ciudad, prepara el itinerario. Puedes enviárselo a mi chófer.

–Perfecto.

Ashley lo miró con los ojos verdes humedecidos y el cabello cayéndole sobre los hombros. Por un instante, Nico sintió el impulso de acortar la distancia, abrazarla y decirle que dejaran de comportarse de forma tan absurda. Sí, Ashley era una Woodward, pero no era su padre. Y sí, lo había ignorado cuando él más la necesitaba, pero era joven y estaba aterrada.

Podía olvidar todo eso, podía perdonarla… Pero ¿con qué propósito? No estaba ni remotamente preparado para dejar entrar a nadie en su vida, y mucho menos a una Woodward. Y por mucho que Ashley intentara ser práctica, él podía ver, por el temblor de su voz, que ella quería más de lo que él jamás podría darle.

Era mejor así. Tenía que serlo.

Capítulo 14

De vuelta en su apartamento, Ashley se reprendió con dureza. No pensaba volver a mostrarse tan herida ni tan necesitada. Había vuelto a caer en sus viejos hábitos: intentar complacer, encogerse ante cualquier crítica, aferrarse a la aprobación ajena. Y se había prometido que no repetiría ese patrón. Eso se terminó.

Nico sería solo un contacto profesional. Ella sería amable, correcta y un poco distante. Y haría todo lo posible por olvidar lo que había pasado la noche anterior.

Apenas había cruzado la puerta cuando recibió una llamada de Ruth Boxall.

–Ashley. –El tono de su amiga rezumaba alivio–. Estaba preocupada por lo de anoche.

–¿Qué has oído?

–Solo que Galletti montó una escena en un evento benéfico y que prácticamente te sacó a rastras de la sala.

–Ah, eso. Ya lo hemos solucionado. De hecho, hoy voy a pasar el día con él para que el mundo esté tranquilo de que Infinite Innovations vive una nueva era de innovación. –No pudo evitar que su voz sonara ligeramente burlona–. Dile a Jim que redacte un comunicado de prensa.

–¿En serio? Creía que Galletti quería destruir la empresa.

–Pensé que lo sabías. Me refiero al arresto en el baile, y al hecho de que mi padre lo incriminara por malversar millones.

–Sí, me di cuenta en cuanto lo vi en la oficina. Por aquel entonces, se hacía llamar Rossi.

«Rossi». El nombre resonó en su mente como un recuerdo borroso.

«Nunca había estado en algo así. Y desde luego no me aburro hablando contigo».

Por un segundo sintió que retrocedía en el tiempo: apoyada contra una columna, la cabeza alzada, el estómago lleno de mariposas y el corazón rebosante de esperanza…

–¿Ashley?

Parpadeó. El recuerdo se desvaneció.

–Sí, estoy aquí. Creo que Nico se dio cuenta de que la venganza no era buena para su empresa, así que ha decidido mantener Infinite Innovations de alguna forma. No a mí, pero sí al resto del equipo.

Ruth guardó silencio un momento.

–¿Ha pasado algo entre vosotros dos?

–¿Pasar algo? –respondió Ashley, alzando la voz hasta un tono revelador–. No, claro que no. Solo llegamos a un acuerdo. Lo siento, tengo que colgar, debo prepararme.

Se despidió sin esperar respuesta. Lo último que necesitaba era que su amiga adivinara lo que había pasado.

Una hora más tarde, Ashley iba en un coche hacia una cafetería en el centro, donde había organizado un encuentro entre Nico y Andrew, un científico que desarrollaba audífonos con inteligencia artificial. Después, planeaba llevarlo a una residencia que utilizaba el cepillo de dientes robótico, antes de terminar en un laboratorio donde trabajaban en un cinturón que monitorizaba la actividad cerebral para advertir sobre posibles ataques epilépticos.

Había elegido un *look* profesional: pantalones entallados azul marino y una blusa rosa pálido. Llevaba el pelo recogido en una coleta y unos pendientes de perlas que le había regalado su madre. Aquella mañana, Nico había marcado la pauta con su actitud práctica. Así que ella también lo haría.

El corazón le dio un vuelco al verlo frente a la cafetería, vestido con un traje gris oscuro que se ajustaba a sus anchos hombros. Entre los agobiados ejecutivos que pasaban apresurados, él

destacaba como un faro de autoridad y carisma. Vio a varias mujeres mirándolo de reojo.

Pero ella no caería en eso…

–Buenos días –dijo con brío–. Andrew Browning se reunirá con nosotros en breve. ¿Entramos? –Vio que había contratado a un fotógrafo para documentar el día. Tenía sentido, aunque le molestaba. En realidad, no era más que una estrategia publicitaria.

–Podemos entrar. El fotógrafo quiere tomas espontáneas, así que lo mejor es fingir que no está.

Nico le abrió la puerta y, al pasar, Ashley aspiró el aroma de su loción de afeitado. Deseó no haberlo hecho, porque le trajo demasiados recuerdos: la calidez de su piel, sus labios en su cuello…

No. No iba a caer en eso.

Se sentaron en una mesa junto a la ventana con vistas al Rockefeller Center. Ashley se dio cuenta de que iba a resultarle mucho más difícil de lo esperado actuar con normalidad.

–¿Ashley?

La voz de Nico interrumpió sus pensamientos, sonando más preocupado que impaciente.

–Lo siento, estoy un poco cansada.

–Yo también –respondió él, con un toque de risa en la voz.

Ashley apartó la mirada. Él no estaba actuando como ella había imaginado. Esperaba encontrarlo tan frío como aquella mañana, pero en cambio parecía demasiado relajado.

–¿Qué decías?

–Te preguntaba cómo encontraste a estos inventores.

–De varias maneras. Al principio ofrecimos subvenciones a científicos para desarrollar inventos comerciales destinados a personas con capacidades diferentes. Muchos de esos dispositivos existían desde hacía tiempo, pero nunca llegaron al mercado. En Infinite Innovations intentamos convertir esas ideas, que parecían abstractas, en algo real.

–¿Subvenciones? Eso debe de haber costado mucho.

–Teníamos inversores. Ah, aquí está Andrew.

Sonrió y saludó al joven científico. Acompañó sus palabras con los signos correspondientes, y notó cómo Nico alzaba ligeramente las

cejas.

–Andrew es parcialmente sordo –explicó–. Lee los labios, así que no tienes que preocuparte por usar señas.

–Pero tú sí las haces –observó Nico.

–Aprendí hace unos años. Facilita las cosas.

Ashley Woodward no dejaba de sorprenderlo.

Nico se recostó en su asiento mientras ella hacía preguntas incisivas a Andrew sobre cómo utilizaba la inteligencia artificial para adaptar los audífonos a diferentes entornos.

Al principio había pensado que Ashley era superficial. Después supuso que estaba rota, frágil de un modo que despertaba en él un impulso protector. Pero ahora comprendía lo fuerte que era. Inteligente, motivada, amable. Guardó silencio mientras ella reía con Andrew, con una mezcla evidente de protección y orgullo.

Esa misma mañana había decidido mantener las distancias. En ese instante comprendía que no quería hacerlo.

–No has hablado mucho –observó Ashley cuando se despidieron de Andrew y salieron a la calle. Era un hermoso día de primavera, los árboles estaban llenos de flores.

–Estaba escuchando.

Mientras se abrían paso entre la multitud, él la tomó del brazo y Ashley arqueó las cejas.

–Soy un caballero.

–Puede que sí, pero no estás actuando como imaginaba. –Se sonrojó–. Esta mañana estabas distante. Frío. Solo quiero saber en qué punto estamos. –Antes de que él pudiera responder, puso los ojos en blanco–. Oh, claro. Es por las fotos. Qué tonta soy.

La verdad era que se había olvidado del fotógrafo. La había agarrado del brazo porque quería, pero no tenía intención de admitirlo.

En el coche, Ashley se apartó hacia un lado y se quedó mirando por la ventana.

–Ashley. –Le tocó el hombro y ella se tensó–. Sé que esta mañana me mostré un poco duro. Pero me gustaría que hoy fuera un día

agradable. ¿No podemos disfrutar de la compañía del otro?

Ella se volvió hacia él con expresión seria.

–Claro… Al fin y al cabo, soy una Woodward.

–Y yo soy un Galletti. Tienes tantos motivos para detestarme como yo a ti. ¿No podemos dejar todo eso a un lado, aunque solo sea por hoy?

Parecía querer discutir, pero luego, con un suspiro, asintió.

–Esa era mi intención. Pensaba ser profesional y nada más. Pero mis sentimientos se interponen.

–¿Qué sentimientos? –preguntó él intrigado.

–Sé que solo fue una aventura de una noche. Puedo aceptarlo. Pero supongo que en el fondo soy una romántica. Una parte de mí quiere que sea algo más. –Levantó una mano para impedir que la interrumpiera–. No te asustes, no te estoy pidiendo nada. Solo estoy siendo honesta porque estoy cansada de fingir.

–No me asustas.

–Esta mañana parecías bastante asustado.

–No fue por ti. Fue por mí.

–¿Qué quieres decir?

Ya se arrepentía de haber admitido tanto.

–Podría preocuparme por ti. Y no tengo espacio para eso en mi vida.

Ashley guardó silencio.

–¿Por qué no?

–Porque… –No podía hablarle de las personas que había perdido; ya sentía un nudo en la garganta–. Simplemente no puedo –dijo con brusquedad, girándose hacia la ventana.

Sintió el leve roce de los dedos de ella sobre su mano.

–De acuerdo –susurró Ashley, aceptándolo. Y, de alguna manera, aquella simple comprensión hizo que él la deseara aún más.

El coche los llevó a una residencia a las afueras de la ciudad, un edificio elegante rodeado de jardines.

–Vamos a ver el cepillo robótico en acción –explicó Ashley–. Y a visitar a mi madre.

Nico no había pensado en lo que supondría visitar una residencia, pero no esperaba que los recuerdos lo golpearan en cuanto cruzó la puerta y percibió el olor a antiséptico.

Por un instante, vaciló.

–¿Nico?

Parpadeó, con un sabor ácido en la lengua. Las paredes de colores, los cuidadores, ese olor… todo lo arrastraba de vuelta a Roberto. A la sensación insoportable de haberle fallado.

–Sé que a algunas personas les resultan difíciles estos lugares.

–No es eso. –Se obligó a enderezarse–. Estoy bien.

Y lo estaba. Respiró hondo y trató de apartar los recuerdos, concentrándose en cada paso mientras seguía a Ashley por el pasillo. Escuchó con atención a la enfermera que les explicaba cómo funcionaba el cepillo robótico, dejando que la información técnica le diera algo a lo que aferrarse.

–¿Te importa si saludo a mi madre? –preguntó Ashley tras despedirse de la enfermera.

–No, claro –respondió él, apartándose ligeramente para darle espacio.

Ashley entró en la habitación donde una mujer pálida descansaba con la mirada perdida… hasta que vio a su hija. Entonces, su rostro se iluminó por completo.

–Hola, mamá. Me alegro mucho de verte.

Mientras observaba cómo Ashley hablaba con su madre, Nico sintió que algo se le apretaba en el pecho. Había en ella una ternura discreta, una paciencia profunda, una forma de cuidar que la hacía aún más admirable: su fortaleza, su amabilidad, la manera en que se entregaba a quienes quería.

Ashley le había dicho que deseaba algo más. Y, en ese momento, Nico comprendió que él también lo deseaba. Lo sorprendente fue darse cuenta de que no le incomodaba en absoluto.

–Mamá, este es Nico Galletti –dijo Ashley con suavidad–. Está ayudando con Infinite Innovations.

Su madre giró la cabeza hacia él con un movimiento lento pero atento. Ashley le lanzó una mirada rápida, casi una advertencia para que no dijera nada inapropiado o demasiado formal. Nico, captando

el mensaje al instante, le ofreció a la mujer una sonrisa tranquila y cálida, intentando transmitir cercanía sin invadir.

–Es un placer conocerla –dijo en voz baja.

La madre de Ashley asintió, y, aunque sus palabras tardaron en llegar, su expresión era clara: le gustaba ver a su hija acompañada. Ashley tomó asiento a su lado, contándole pequeñas anécdotas de su día, mostrando dibujos que la mujer había hecho en sus últimos talleres. Nico observó desde la distancia justa, sin querer interrumpir, pero sin poder apartar la mirada de la ternura con que Ashley le acomodaba la manta a su madre, o cómo su voz se volvía más suave al hablarle.

De vez en cuando, Ashley le hacía un gesto para incluirlo en la conversación, y él respondía con comentarios sencillos, sin forzar nada. Se dio cuenta de que disfrutaba de aquella calma: de la intimidad tranquila del lugar, del modo en que Ashley sonreía, del brillo casi imperceptible en los ojos de su madre cuando la escuchaba.

Al despedirse, Ashley besó a su madre en la frente y le prometió volver pronto. Cuando salieron al pasillo, Nico notó que ella exhalaba lenta y profundamente, como si necesitara recomponerse antes de enfrentarse al mundo exterior. Él no dijo nada; simplemente caminó a su lado, acompañándola en silencio.

Una hora más tarde, estaban sentados en una mesa apartada de un pequeño *bistró* francés cerca de Columbia, con el murmullo suave del lugar rodeándolos y el aroma a mantequilla y café flotando en el aire.

–He disfrutado del día –confesó Ashley–. Más de lo que esperaba.

–Yo también.

–No lo dices por la cámara, ¿verdad?

–El fotógrafo está en su pausa para almorzar. Solo estoy siendo honesto.

Ashley asintió.

–Entonces…, ¿qué estás diciendo exactamente?

¿Qué estaba haciendo? ¿Qué quería?

Nico dejó su menú y tomó la mano de Ashley.

–Estoy diciendo que me gusta lo que hemos empezado. No sé a dónde puede llevar, pero sé que no quiero que termine.

–Vale…

–Tengo que ir a Italia dentro de dos días para unas reuniones respecto a mis cadenas de hoteles. Solo será una semana, y habrá tiempo para otras cosas: recorrer las ciudades, ver el campo… –dijo, dejando que el silencio completara la idea por él.

Ashley lo miró y, en ese instante, Nico sintió cómo algo se acomodaba en su interior, como si por fin estuviera diciendo lo que realmente quería.

Con los dedos aún entrelazados con los de ella, añadió con calma:

–¿Por qué no vienes conmigo?

Capítulo 15

Ashley contemplaba las maravillosas vistas de la plaza de San Marcos, todavía sin poder creer que estuviera allí, en Italia…, con Nico.

Los últimos diez días habían sido un torbellino, algo entre un sueño febril y un cuento de hadas. Cuando Nico le pidió que lo acompañara, Ashley se mostró incrédula. Su instinto de decir que no, de mantenerse a salvo y conservar la cordura, se vio frustrado por el abrumador deseo de simplemente irse. Quería divertirse, sí, pero lo más importante era que quería estar con aquel hombre, estuviera donde estuviera. Aunque no tuviera sentido. Aunque tuviera que acabar.

E incluso si aquello implicaba cierto riesgo… porque, apenas diez días después, Ashley sabía que estaba empezando a enamorarse de él. Era difícil no hacerlo cuando Nico se mostraba tan atento y generoso, tan considerado en todo momento.

Habían volado en clase *business* a Milán y, tras unas reuniones de trabajo a las que Nico asistió mientras ella se entretenía explorando la ciudad, pasaron tres días en una villa privada junto al lago Mayor, explorando la zona… y el uno al otro.

Ashley se sonrojó solo de recordar los momentos de intimidad que habían compartido, no solo en el dormitorio, sino también en otros rincones donde la confianza entre ellos había ido creciendo. Pero no se trataba únicamente de sexo, por muy bien que se hubieran entendido físicamente.

Lo verdaderamente especial habían sido las mañanas en la terraza, tomando café bajo el sol y hablando sin prisas de sus vidas. Incluso se había atrevido a preguntarle a Nico por su tiempo en

prisión, y él le había respondido con una sinceridad que aún la sorprendía cuando lo recordaba.

–No diré que fue fácil. Pero la vida en prisión no fue lo peor. Lo verdaderamente difícil fue no ser libre y, por eso, no poder ayudar a mi familia. –Su expresión se endureció entonces, como si ciertos recuerdos afloraran y no quisiera enfrentarlos.

–¿Tu familia…?

–Una madre, una hermana y un hermano. Todos necesitaban mi ayuda. Algunos más que otros.

–No fue culpa tuya, Nico –dijo Ashley con delicadeza, sintiendo que necesitaba decírselo, pero él se limitó a negar con la cabeza.

–Lo sé, pero no importa. –La tensión se disipó cuando le tomó la mano–. Pero gracias por decirlo.

Después de su estancia en el lago, habían ido a Venecia, donde alquilaron una góndola privada para recorrer los magníficos canales de la ciudad, y pasaron un día precioso en la isla de Murano, explorando las tiendas de fabricación de cristal. Nico le había comprado un precioso collar de cristal de Murano azul oscuro.

Se lo había puesto en el cuello y le había dado un beso en la nuca.

–La próxima vez serán diamantes.

Pero Ashley no quería diamantes; ya había tenido suficientes en su vida.

–El cristal me basta –le había asegurado, pasando los dedos por las suaves cuentas de cristal. Lo que no había dicho, aunque las palabras se habían formado en sus labios, era que lo único que quería era a él.

A medida que los días pasaban, la realidad de su vida en Nueva York comenzó a invadirla. Había sido un gran alivio escapar de las presiones de su vida, aunque solo fuera por poco tiempo. Ashley sabía que pronto tendría que volver para ver a su madre y buscar un nuevo trabajo. Nico y ella no habían hablado de nada de eso durante su estancia en Italia. Los puestos de sus antiguos empleados estaban a salvo, y Ashley lo agradecía, aunque en el fondo deseaba algo más: para ella, para Nico…, para los dos juntos.

–¿Lista para salir? –preguntó Nico al entrar en la habitación, tan guapo como siempre con pantalones caqui y camisa blanca

desabrochada en el cuello. Parecía más relajado en aquel viaje, más alegre y con un tono más ligero.

Ese día viajarían a Roma, donde Nico tenía que resolver algunos asuntos antes de regresar juntos a Nueva York. Ashley sabía que se sentiría triste cuando el viaje terminara, porque sospechaba que sus días como pareja también llegarían a su fin. Nico no había dicho nada sobre continuar la relación una vez volvieran a sus vidas cotidianas y, desde el principio, había dejado claro que no sabía hasta dónde podía llegar aquello ni cuánto duraría. Al fin y al cabo, ella era una Woodward. Y ese hecho no podía cambiarse ni borrarse.

Y sin embargo, Ashley seguía teniendo esperanzas. Después de todo lo que habían hecho y se habían dicho, sabía que le costaría mucho marcharse. Pero… ¿le costaría también a Nico?

–Sí, estoy lista –respondió ella, alejándose de la ventana mientras Nico la tomaba en sus brazos y le daba un beso apasionado. Era el tipo de cosa a la que Ashley sabía que podría acostumbrarse fácilmente. De hecho, ya lo había hecho.

–Me temo que tendré que asistir a una especie de evento benéfico. Sé que no te entusiasman, pero me gustaría que vinieras.

–Pero no tengo nada que ponerme –bromeó Ashley. Nico le respondió con una sonrisa llena de ternura e ironía, y a ella se le aceleró el corazón–. No te preocupes, iré encantada. Puedo comprar un vestido… y disfrutar llevándolo.

–Por supuesto que sí –dijo él, y después le dio un beso.

Tomaron un vuelo comercial de Venecia a Roma y aterrizaron en la Ciudad Eterna a primera hora de la tarde. Una limusina los esperaba en el aeropuerto para llevarlos a un hotel con vistas a la plaza de España. Como en Milán y Venecia, se alojarían en el ático, con su propia terraza privada y *jacuzzi*.

Cuando llegaron, una docena de vestidos ya la esperaban. Por un momento, Ashley se limitó a quedarse de pie frente a ellos, recordando que la última vez que Nico le había comprado ropa había sufrido una crisis nerviosa. Todo por los recuerdos, o la falta de ellos, de su padre y la forma en que la había maltratado emocionalmente.

Nico se colocó detrás de ella.

–No tienes por qué hacerlo, ¿sabes?

–No, quiero hacerlo. No quiero que el pasado me defina. –Se giró para mirarlo–. Esto es parte de recuperar eso y hacerlo mío.

–Entonces, ¿puedo tener un desfile de moda?

–¿No te referirás a un estriptis? –murmuró Ashley con descaro, y él se rio mientras la rodeaba por la cintura.

–Tal vez…

Los vestidos eran preciosos. Cada uno que Ashley se probaba se acomodaba a su cuerpo con una caída perfecta, envolviéndola y realzando sus curvas. Y, en lugar de sentirse atrapada o agobiada, se sintió poderosa… Libre. Ver cómo los ojos de Nico se oscurecían con admiración no hizo más que intensificar la sensación embriagadora de estar recuperando por fin su pasado y tomando el control de su vida.

Se decidió por un vestido de satén esmeralda con cuello *halter*, escote en V profundo y una abertura lateral hasta el muslo. A pesar de ello, el vestido era sorprendentemente recatado, al menos hasta que empezó a caminar, pues con cada movimiento se vislumbraba un atisbo dorado de su pierna.

–Será mejor que te quites ese vestido –gruñó Nico mientras se acercaba a ella–. No quiero romperlo.

–¿Quitarlo? –respondió Ashley con inocencia. Se llevó las manos a la espalda para desatar el lazo que tenía en la nuca y, con un simple movimiento de hombros, el vestido se deslizó hasta su cintura. Con un giro de caderas, lo dejó caer silenciosamente hasta sus tobillos, de modo que lo único que llevaba puesto eran unas braguitas diminutas y unos tacones de aguja.

Nico volvió a gruñir.

Ashley se acercó a él, consciente del poder que tenía en ese momento y, al mismo tiempo, del que él ejercía sobre ella. Sentía un calor creciente bajo la piel, una mezcla de nervios y deseo que la hacía anhelar su cercanía, su contacto.

Se detuvo frente a Nico y él se agachó y le sujetó las caderas con las manos, con la boca a pocos centímetros de la unión de sus muslos.

–Hay que quitar esto –murmuró con voz ronca, y enganchó un dedo en la banda elástica de sus braguitas antes de tirar de ellas con firmeza hacia abajo.

Ashley se las quitó, y un gemido se le escapó cuando Nico acercó aún más sus caderas y posó la boca en la parte más íntima de su cuerpo.

Ella se agarró con las manos a su pelo, echando la cabeza hacia atrás mientras se balanceaba de placer. Cuando llegó el clímax, invadiéndola en una avalancha de sensaciones, sus rodillas se doblaron y Nico la tomó en sus brazos, caminando con confianza hacia el dormitorio.

Ashley yacía en la cama, aturdida y sonrojada, con las réplicas de su clímax aún recorriendo su cuerpo con placer, mientras Nico se quitaba rápidamente la ropa.

–¿Tenemos tiempo para…? –preguntó ella.

Él se rio con voz ronca mientras la atraía hacia su cuerpo.

–Oh, sí. Tenemos mucho tiempo…

Cuatro horas más tarde, Nico estaba de pie a un lado del salón de baile, con una copa de champán en la mano, mientras observaba a Ashley dar vueltas, hablando de Infinite Innovations en cada oportunidad que se le presentaba. Estaba radiante. Llevaba el pelo recogido de la misma manera que en aquel baile de hacía tanto tiempo, con unos pendientes de diamantes que él mismo le había regalado hacía apenas una hora. El vestido que llevaba era diferente, aunque igual de bonito, y más adecuado para una mujer de su madurez y elegancia, pensó Nico.

Todo se sentía como una segunda oportunidad. Los últimos diez días juntos habían sido casi un milagro, y él estaba profundamente agradecido por ello. Tras sus años en prisión y el esfuerzo incansable por recuperar su reputación después, había llegado a creer que ya no sería capaz de confiar en nadie. De volver a amar a alguien. Y, desde luego, no a una Woodward.

Sin embargo, ahí estaba, planteándose una relación con Ashley Woodward, una mujer a la que había aprendido a respetar, admirar,

disfrutar y, quizá, incluso amar.

Amor. La palabra resonó dentro de él. Por maravillosos que hubieran sido aquellos diez días, no podía evitar sentirse un tanto inquieto. Diez días no bastaban para conocer de verdad a alguien. Y aunque se estuviera enamorando de Ashley, sabía que aún no la conocía lo suficiente como para confiar plenamente en ella.

¿Lo hacía? Sin duda había cosas, cosas importantes, que aún no le había contado, como por ejemplo cómo ella se había alejado de él aquella fatídica noche. No le había hablado de Roberto, a pesar de que ella le había preguntado por su familia. Seguía guardándose para sí mismo las partes más íntimas de su vida, pero había habido momentos en los que había pensado en contárselas, en los que había querido desahogarse.

¿Qué era el amor sin confianza? ¿Y quería él confiar en ella y amarla? Durante la última semana y media había sentido que empezaba a hacerlo; no tanto por decisión propia, sino casi por impulso, y aquella sensación había sido liberadora y aterradora a la vez. Sería mucho más seguro, pensó Nico, y también mucho más sencillo, mantener la guardia alta. No dejar entrar a nadie, y menos aún a una Woodward. Pero también sabía que esa no era manera de vivir: sin amor, sin confianza, sin verdadera alegría.

Sabía que tenía que hacer balance y preguntarse honestamente si, teniendo en cuenta todo lo que ya había soportado –algunas cosas a manos de la propia Ashley–, podía dejarse llevar y permitirse amarla de verdad. ¿Era capaz de hacerlo? ¿Estaba dispuesto a dejar escapar de sus manos el último vestigio de su preciado control?

–¡Nico! –Se volvió y vio a Adam Tyler, un colega de negocios de Nueva York, que se acercaba a él–. No sabía que estabas en Italia.

–Solo estoy revisando mis propiedades inmobiliarias. ¿Y tú? –Adam era director ejecutivo de una empresa de turismo de lujo que a menudo recomendaba los hoteles Galletti.

–Visitando todos los lugares para un nuevo *tour* que estamos ofreciendo. Es un trabajo duro, pero alguien tiene que hacerlo.

–No me cabe duda.

Tyler entrecerró los ojos mientras contemplaba el salón de baile, en el que se encontraban algunos de los empresarios más

influyentes de Europa y Norteamérica, todos reunidos para apoyar una organización benéfica dedicada a la investigación del cáncer. Nico pensó que era la oportunidad perfecta para que Ashley hablara de Infinite Innovations.

–¿Qué pasa entre tú y la señora Woodward? –preguntó Tyler, haciendo sonar unas llaves en su bolsillo mientras clavaba su mirada en Ashley–. ¿Te hiciste cargo de su empresa y ahora viajas por el mundo con ella?

Había un tono ligeramente sugerente en la voz del hombre que puso a Nico nervioso. Lo último que quería era hablar de su relación con Ashley con un auténtico desconocido.

–Algo así.

–Siempre pensé que esa empresa era un proyecto vanidoso. La mayoría de la gente la ve como una operación de blanqueo de dinero, aunque Chase Woodward no podrá utilizar el dinero que robó durante algún tiempo. –Soltó una risa seca–. Sin embargo, se rumorea que podría obtener la libertad condicional en un año.

Tyler se encogió de hombros, mientras que Nico se quedó completamente rígido, con las palabras pronunciadas con indiferencia resonando en su interior como las réplicas de un terremoto.

–Chase Woodward –afirmó con cuidado y frialdad– no tiene nada que ver con Infinite Innovations.

Tyler soltó una carcajada breve y burlona.

–Si de verdad te crees eso… Por cierto, tengo una casa frente al mar que podría venderte…

–¿De qué diablos estás hablando? –lo cortó Nico, girándose hacia él. Sentía los dedos tensos alrededor del fino tallo de la copa, tan rígidos que temió romperla. Una sensación conocida lo golpeó: como si volviera a aquella noche en la que había sido tan ingenuo, paralizado por la pura conmoción.

Había sido tan ingenuo entonces, tan ciego, y ahora aquella misma sensación volvía a atraparlo… solo que peor. ¿Ashley le había estado mintiendo todo ese tiempo? ¿Iba a enterarse de la verdad por un desconocido y no por ella?

–¿De verdad no lo sabes? –preguntó Tyler, claramente disfrutándolo–. Pensé que era algo que todo el mundo conocía. Ashley Woodward creó la empresa justo después de que su padre fuera a la cárcel y, aunque no tenía experiencia en negocios, recibió de repente una inversión de varios millones. Todos sabían que su padre había escondido dinero en paraísos fiscales. Blanquearlo a través de la empresa de su hija era casi demasiado evidente, pero como ella parecía tan inocente y la idea era tan loable, nadie quiso cuestionarlo. Y, hasta donde sé, nadie lo ha hecho. –Se encogió de hombros con desdén–. Dicen que Woodward podría salir pronto, así que imagino que quiere recuperar su dinero.

Nico se dio la vuelta y se alejó del hombre sin decir nada más. Estaba aturdido, tanto emocional como físicamente, con los recuerdos de la última vez que le habían tomado por sorpresa, junto con la nueva y terrible constatación de que había vuelto a ocurrir.

Ashley Woodward le había vuelto a mentir. Él le había preguntado de dónde procedían los fondos inicialmente y, en retrospectiva, se dio cuenta de lo obvia y torpe que había sido su evasiva, limitándose a hablar de un inversor anónimo y generoso. ¿Le había estado mintiendo todo aquel tiempo? ¿Intentando mantenerlo contento para ver si había alguna forma de sacar parte del dinero de su padre de la empresa antes de que él se diera cuenta? O tal vez estaba tratando de hacerle cambiar de opinión para poder quedarse con él para ella. Había dejado de tomar cualquier decisión sobre el futuro de Infinite Innovations hasta estar más seguro de lo que quería hacer. ¿Era eso lo que ella esperaba, con sus interminables dramatismos: desmayarse, torcerse el tobillo, tener ese ridículo ataque de nervios? Esa mujer era una actriz y él había caído en la trampa.

Al igual que antes, la furia de Nico ocultaba una vergüenza mucho más profunda. ¿Cómo había podido caer de nuevo? ¿Todo lo que ella hacía era mentira?

Por un segundo, se obligó a detenerse y pensar con calma. Los cotilleos de un desconocido no deberían hacerle dudar de todo lo relacionado con Ashley. Y, sin embargo, lo hacían. Porque, se dio

cuenta, nunca la había conocido tan bien. Y la inversión en su empresa era dudosa, algo que ella nunca había explicado.

Y lo último que Nico quería era volver a sentirse como un tonto engañado por la misma mujer, y en esta ocasión era mucho peor porque pensaba que estaba enamorado de ella. Había estado a punto de contarle lo de Roberto. Había pensado en desnudar su corazón y ofrecérselo en bandeja.

Pero ya no. Su corazón, que se había vuelto tan vergonzosamente blando y maleable, se endureció de nuevo, y sintió un gran alivio. Había tenido razón todo el tiempo: mantener la guardia alta era lo único sensato y prudente que podía hacer. Después de todo, siempre había sabido que no debía confiar en un Woodward.

Su mirada, dura como el acero, siguió a la mujer de la que casi se había enamorado al otro lado del salón de baile. Una parte de él quería cruzar la sala, sacarla de allí y decirle que todo había terminado. Pero ya había reaccionado así antes, y no pensaba añadir más drama. No. Se lo diría esa noche, cuando el baile hubiera terminado. Le dejaría claro que el juego se había acabado para siempre y luego la dejaría marcharse.

Su corazón seguiría intacto, y Ashley Woodward quedaría fuera de su vida.

Sería una venganza, pensó con amargura…, pero no tenía nada de dulce.

Capítulo 16

Nico iba muy callado en el coche, pensó Ashley mientras regresaban al hotel. Pasaba de la medianoche, le dolían los pies y le daba vueltas la cabeza por el exceso de champán. Creía que la velada había ido bien, pero al ver la expresión malhumorada de Nico, se preguntó si él pensaba lo mismo.

–Creo que esta noche ha ido bien –se atrevió a decir, y Nico apretó la mandíbula.

–Oh, sí –dijo con la mirada fija al frente–. Muy bien.

–Nico… –Ashley no sabía qué decir. Tenía el mismo aspecto y sonaba igual que el primer día que lo conoció: toda aquella furia contenida y amargura profunda ocultas tras una expresión deliberadamente vacía. ¿Estaba siendo paranoica o había pasado algo que ella desconocía? Y si era así, ¿por qué no se lo contaba?–. ¿Va todo bien?

–Oh, sí –repitió con un tono de voz letal–. Todo va absolutamente bien.

Ashley lo observó durante un momento, tratando de descifrar su estado de ánimo. Se dio cuenta de que actuaba como la mañana después de pasar la noche juntos, poniendo distancia entre ellos, empeñado en mostrarse frío y distante, y eso la frustraba y asustaba. ¿Tendría que bailar siempre a su son, adaptarse a sus estados de ánimo? Eso no sería una relación; sería otra versión de la disfunción que había tenido con su padre, tratando de complacer a un hombre que se negaba a ser complacido.

No quería lo mismo con Nico. No jugaría a sus juegos, decidió con un arranque de certeza. Nunca más.

Ashley volvió la mirada hacia la ventana y guardó silencio. Ninguno de los dos habló durante el trayecto hasta el hotel. El golpe llegó en cuanto entraron en la *suite*. Mientras se quitaba los tacones con un suspiro cansado, Nico lanzó su sentencia:

–Puedes cambiarte –comenzó con aparente naturalidad mientras dejaba la chaqueta a un lado–. Y luego puedes irte. Que nadie diga que no soy generoso: puedes quedarte con el vestido y los pendientes.

El tono era frío, incluso cruel, como si quisiera herirla. Después de todo lo compartido, resultaba especialmente despiadado, y Ashley se armó de valor, decidida a no suplicar como habría hecho antes.

–¿Quieres que me vaya? ¿Esta noche?

–El conserje te llamará un taxi.

–¿Y eso es todo? ¿Sin explicaciones?

–No creo que sea necesario.

–¿Y no crees que, después de estos últimos días, podrías tener la cortesía de al menos hablarme con educación en lugar de echarme a la calle de una patada? –Ashley se alegró de que su voz no temblara. Estaba herida, sí, pero también enfadada.

–¿Darte un vestido y unos pendientes de diamantes carísimos es echarte a la calle de una patada?

Ashley comprendió de repente que estaba muy muy enfadado. Aquello no se trataba solo de que él decidiera terminar las cosas. Había algo más, algo que no quería contarle, y Ashley ya sabía que no iba a adivinarlo. No iba a suplicar para que él la pisoteara. Ya lo había hecho demasiadas veces con su padre. Ni loca lo haría con un hombre al que había creído amar.

–Muy bien –respondió ella con frialdad, y vio cómo la sorpresa cruzaba los ojos de Nico–. Me iré. Pero antes déjame decirte que, después de todo lo que hemos compartido estos días, merezco algo mejor que esta despedida cruel. Y si esta es la clase de imbécil que eres de verdad, entonces supongo que he tenido suerte de darme cuenta a tiempo. –La voz le tembló, pero logró mantenerla firme–. No voy a suplicar explicaciones. Ya lo he hecho demasiadas veces.

Nico se giró para mirarla. La luz de la luna que entraba por la ventana le plateaba media cara, como si llevara una máscara. Y

Ashley, aturdida, se preguntó si quizá siempre había llevado una.

–Tienes mucho descaro, sobre todo teniendo en cuenta que ya conoces las respuestas –dijo él, con una frialdad que la atravesó–. Admito que eres una actriz excelente cuando quieres. Me creí lo del desmayo, el tobillo torcido, la pequeña crisis nerviosa… –Soltó una risa breve y amarga–. Usaste todos los trucos posibles. ¿Qué iba a ser lo siguiente? ¿Algo parecido a lo que le pasó a tu madre?

Ashley jadeó y retrocedió, golpeada por el dolor de aquel comentario deliberadamente cruel.

–Eso ha sido muy bajo, incluso para ti. No importa a qué estúpidas conclusiones hayas llegado.

–Me mentiste –gruñó Nico–. Me mentiste una y otra vez. Nunca olvidaste nada, ¿verdad? ¿Has estado riéndote a mis espaldas todo este tiempo? ¿Riéndote con la mujer de Boxall de que me había tragado tu patético numerito?

–¿Con Ruth? –Ashley sacudió la cabeza–. ¿De verdad crees eso? ¿Después de todo…?

Nico dio otro paso amenazador hacia ella.

–Dime, ¿quién te dio el capital inicial para ofrecer a los inventores? Esos millones, ¿de dónde salieron?

Por un segundo, Ashley solo pudo mirarlo fijamente. ¿Aquella furia moralista, aquel rechazo frío de todo lo que habían sido el uno para el otro…, todo se reducía al dinero?

Se cruzó de brazos y enfrentó su mirada fría.

–¿De dónde crees que vino, Nico?

–Sé que vino de tu padre. Algo que decidiste no revelar. ¿Has estado en contacto con él todo este tiempo?

–¿Y si lo estuviera? –Negó lentamente con la cabeza–. Podrías habérmelo preguntado, ¿sabes? Podríamos haber tenido una conversación normal, racional y adulta, en lugar de lanzarme todas estas acusaciones. –La comprensión la golpeó con frialdad–. Pero supongo que eso era demasiado pedir, ¿verdad? Necesitabas creer que era imposible.

–No conviertas esto en algo personal.

–Pero es personal. Porque si de verdad estás rompiendo conmigo por cómo se financió mi empresa… –Sacudió la cabeza, impotente–.

Mírame a los ojos y dime que eso no es solo una excusa. Dime que no tienes miedo de lo que sientes por mí… y de lo que yo siento por ti. Dime que no te aferraste a lo primero que te dio una salida. Qué alivio debe de haber sido –exclamó con voz quebrada–. Retirarte a tu torre de marfil de furia moralista. Qué lugar tan cómodo para ti, completamente solo.

–Eso no es lo que está pasando aquí.

–Eso es exactamente lo que está pasando aquí. Y lo que no va a volver a pasar es que te suplique que me entiendas o que me creas. –Hizo un gesto cortante con la mano–. He terminado con todo eso. Y he terminado contigo. Podría decirte que, cuando seas capaz de mantener una conversación adulta que no venga dictada por tu paranoia, vengas a hablar conmigo…, pero, pensándolo bien, es mejor que no lo hagas.

Las lágrimas le picaban en los ojos y se obligó a parpadear para contenerlas.

–Creía que me estaba enamorando de ti –añadió con la voz entrecortada mientras le lanzaba los pendientes–. Supongo que me equivoqué, porque un hombre al que amara no me trataría así, y yo no se lo permitiría.

Y con eso, sin fiarse de poder mantener la compostura un segundo más, Ashley salió de la habitación a grandes zancadas. Nico no la siguió. Ella abrió una maleta y empezó a guardar su ropa –la suya, no la que él le había comprado– con movimientos tensos y decididos. No aceptaría nada de él, se prometió. Absolutamente nada.

«Un hombre al que amara no me trataría así, y yo no se lo permitiría».

Las palabras de Ashley golpearon a Nico con fuerza, haciéndolo titubear y despertando en él una punzada de duda y arrepentimiento. Entonces se recordó que Ashley le había mentido, o al menos le había ocultado la verdad. Incluso si no lo hubiera hecho, era mejor así. Estaba mejor solo. El amor era para tontos e ingenuos, y él no era ninguna de las dos cosas. Ya no.

La oyó moverse por el dormitorio y, cuando salió, se volvió hacia la ventana, dándole la espalda. No le interesaba despedirse. Y no

confiaba en sí mismo para no derrumbarse.

Ella respiró hondo y él se tensó, esperando que le lanzara una última pulla. ¿O esperaba que ella pidiera quedarse, que le suplicara poder explicarse?

Pero al final Ashley no dijo nada. Y el único sonido que se oyó fue el de la puerta al cerrarse.

Nico cerró los ojos e inclinó la cabeza. Estaba solo, que era lo que quería, pero ya sentía un vacío que lo invadía. Si aquello era una victoria, desde luego no lo parecía.

Dos semanas después, Nico estaba de vuelta en Nueva York, trabajando más duro que nunca, en un intento por borrar los recuerdos de Ashley y, peor aún, los remordimientos. Había cuestionado sus acciones demasiadas veces, preguntándose si había sido demasiado duro, y las propias palabras de ella volvían a su mente como una burla.

«Un hombre al que amara no me trataría así, y yo no se lo permitiría».

¿Y cómo trataría un hombre a la mujer que amaba? Porque se había convencido de que se estaba enamorando de Ashley, y le resultaba más difícil de lo esperado convencerse de lo contrario. Dos semanas después, deseaba poder olvidar, aunque se negaba rotundamente a hacerlo.

Llamaron a la puerta de su oficina y Nico levantó la vista de la pantalla del portátil, que llevaba mirando fijamente sin ver nada al menos diez minutos.

–¿Sí?

–Ashley Woodward está aquí para verlo.

–¿Qué? –Nico miró a su asistente con incomprensión mientras una esperanza descabellada se agitaba en su interior. ¿Ashley estaba allí? Había pensado que nunca volvería a cruzar su puerta.

La mujer se encogió de hombros.

–Dice que tiene que hablar con usted. ¿La hago marchar?

–No –respondió Nico rápidamente. En ese momento se dio cuenta de lo mucho que deseaba verla, explicarse…, si finalmente

encontraba el valor. Porque ella tenía razón: había tenido miedo. Respiró hondo para calmarse mientras se levantaba del escritorio–. Hazla pasar.

Menos de un minuto después, aunque le pareció una eternidad, Ashley entró en la habitación. Estaba pálida, decidida e increíblemente hermosa, con el pelo rubio recogido en una elegante coleta. También estaba más delgada, advirtió Nico, y la blusa de seda junto con la falda de tubo acentuaban una figura que él recordaba bien, pero que ahora parecía algo desmejorada.

¿Había sido por su culpa?

–Siento molestarte. Solo quería decirte que hablé con Ruth Boxall y tenías razón: el dinero de mi padre proporcionó la inversión inicial para Infinite Innovations. Tenía dinero escondido en cuentas en el extranjero y Ruth lo aceptó para mi empresa. Lo hizo sin decírmelo, porque pensó que podría oponerme, pero consideró que sería un buen uso del dinero que él había ocultado. He hecho los arreglos necesarios para devolverlo con los beneficios de la empresa. Llevará tiempo, pero no permitiré que el dinero de mi padre manche la reputación de una empresa en la que realmente creía.

Hizo una pausa.

–También he presentado mi dimisión como directora ejecutiva. Sé que una vez dijiste que podría mantener el cargo en la reestructuración, pero pensé que, teniendo en cuenta todo lo ocurrido, era mejor que no lo hiciera.

–Ashley… –La voz de Nico se quebró al pronunciar su nombre. Verla así lo estaba matando, igual que saber que él era el causante. Todas las duras palabras que le había lanzado volvían a su mente para atormentarlo, pero no sabía cómo podría haber actuado de otra manera.

Tal como ella había dicho, había tenido demasiado miedo. Y seguía teniendo miedo de revelar sus sentimientos, tanto a ella como a sí mismo. Sin embargo, ella le había dicho que se estaba enamorando de él… ¿Podía creer que aún lo estuviera?

–No creo que haya nada más que decir –dijo ella en voz baja, y se giró para salir de la habitación. Nico la vio alejarse, un paso tras

otro. Estaba saliendo de su vida, tal como él le había exigido dos semanas atrás, ¿y podía culparla?

Más aún, ¿podría él finalmente atreverse a ser diferente?

Su mano estaba en el pomo de la puerta.

–Espera –pidió él.

–De verdad no creo que haya nada más que decir.

–Yo… quería explicarte…

Ashley se volvió lentamente.

–Creo que explicaste tu postura perfectamente.

–Tenías razón. Tenía miedo. Miedo de lo que sentía por ti. Miedo de ser rechazado… otra vez. –Le costó mucho admitirlo, pero vio que Ashley aún no entendía y tendría que explicárselo.

–¿Cuándo te rechacé?

–Después de que me arrestaran. Estabas allí, viéndolo todo. Te rogué que hicieras algo: hablar con tu padre, decir algo. Cualquier cosa. –Se le quebró la voz al recordar lo mucho que había suplicado–. Y no dijiste ni una palabra. Ni siquiera me miraste. Simplemente te diste la vuelta.

–¿Yo… hice eso? –El rostro de Ashley estaba pálido–. Yo… yo no…

–¿Lo recuerdas? Sé que no. Y no quería decírtelo porque… me parecía humillante. –Bajó la mirada–. No fui capaz de superarlo. Así que cuando encontré una excusa para no sentir nada más por ti, la aproveché. Me pareció la opción más segura. Tal como tú dijiste. Lo… lo siento.

Ella asintió lentamente, el rostro aún pálido.

–Yo también.

¿Así terminaría todo?, se preguntó Nico, aunque reconocía que aún quedaba mucho por explicar.

–Sé que decírtelo quizá no habría cambiado nada. Apenas nos conocíamos entonces, y esperar que defendieras a alguien que era prácticamente un desconocido, contra tu propio padre… era demasiado. Lo entendí, Ashley, y lo acepté. Aunque… –Respiró hondo y exhaló–. Esa condena me costó la vida de mi hermano.

El rostro de ella palideció aún más mientras se llevaba una mano a la boca.

–¿Qué…?

–Roberto tenía parálisis cerebral. Algunos de los inventos que ha promovido tu empresa le habrían beneficiado enormemente. Cuando fui a la cárcel, mi madre, que había sido su cuidadora a tiempo completo, tuvo que ponerse a trabajar. No podía permitirse más que unas pocas horas semanales de alguien que lo cuidara. También estaban los vecinos y amigos, pero a veces se quedaba solo.

Nico guardó silencio al recordar la visita de su madre a la cárcel dos años después del juicio: la desolación en su rostro, junto con el odio, cuando le contó lo sucedido.

–Una tarde, cuando estaba solo, se atragantó y murió. –Ashley soltó un jadeo de conmoción–. Solo. Sin nadie que lo ayudara o consolara. Y mi madre siempre me ha culpado por ello.

–Pero no fue tu culpa.

–¿Importa eso? Sí, ella sabía que yo era inocente, pero me culpó por aceptar el trabajo en Woodward Investments. Dijo que apuntaba demasiado alto. Incluso ahora no me habla ni acepta ni un centavo de mí, a pesar de que le vendría muy bien algo de ayuda.

–¿Y me culpas a mí por todo eso?

–No. Nunca ha sido así. Pero todos esos recuerdos me impedían avanzar contigo, abrirme a lo que empezaba a surgir entre nosotros. Me hacían temer arriesgarme a amar a alguien, cuando amar es, en el fondo, darle a otro el poder de dañarte. Así que sí… Descubrir que habías usado el dinero de tu padre me pareció un salvavidas, una excusa para huir de lo que me estaba pasando por dentro. Solo que, por supuesto, no lo fue.

Ella lo miró fijamente, con expresión perdida, y él terminó en voz baja:

–Así que tenías razón. En realidad, solo tenía miedo y dejé que mis temores me guiaran.

Ella abrió la boca y la volvió a cerrar mientras negaba ligeramente con la cabeza.

–Gracias por explicármelo.

–No sé si ahora importa, pero estoy enamorado de ti. Me comporté como un idiota y no tengo derecho a pedir otra oportunidad… Pero quiero que sepas, al menos, cómo me siento. Que luché contra ello y me enfadé y fingí culparte, pero… tenías

razón todo el tiempo. Me estoy enamorando de ti… No. Estoy enamorado de ti.

Decir todo aquello le resultaba terriblemente revelador y, aun así, extrañamente liberador.

–Antes de enterarme del blanqueo de dinero, iba a contarte lo de aquella noche. Lo de Roberto. Y… que me estaba enamorando de ti. Y entonces el dinero se convirtió en la excusa para no arriesgarme a decir nada de eso.

–Oh, Nico. –Ashley negó con la cabeza y el corazón de él se encogió. Era demasiado tarde–. Yo también tengo la culpa. Estaba tan decidida a no repetir los viejos patrones de intentar complacer, como hacía con mi padre. Pero quizá eso me volvió obstinada, demasiado obstinada…

–No. Hiciste lo correcto, Ashley. Yo soy el único culpable.

–Bueno, quizá los dos tengamos mucho que aprender –dijo ella con una pequeña sonrisa.

Nico apenas se atrevía a tener esperanzas.

–¿Quieres decir que…?

–Ya sabes que estoy enamorada de ti.

–Pensé que tal vez habías dejado de estarlo, teniendo en cuenta cómo me comporté. Pero me alegra mucho saber que tal vez no sea así.

–No podría haber dejado de estarlo aunque quisiera. Hoy vine aquí en parte solo para volver a verte. –Esbozó una sonrisa irónica–. Contarte lo del dinero era solo una excusa.

–Somos muy buenos buscando excusas…

–¿Y ahora qué? –preguntó Ashley.

–Ahora mismo lo único que quiero es tomarte en mis brazos y decirte cuánto lo siento. Y también que probablemente seguiré teniendo miedo y metiendo la pata…, pero quiero intentarlo. Contigo. Por ti.

Y entonces hizo exactamente eso: la envolvió entre sus brazos y, cuando ella alzó el rostro hacia él, la besó con la misma ilusión que cuando se conocieron tantos años atrás.

Todo se sentía como una verdadera segunda oportunidad.

Epílogo

Un año después

Era una barbacoa familiar al más puro estilo Brooklyn, en el jardín de la casa de ladrillo rojo de Park Slope que habían comprado dos meses después de casarse. Ashley estaba junto a la ventana de la cocina, mirando cómo las dos sobrinas de Nico corrían por el jardín. Su vista pasó de aquella escena alegre a otra que le resultaba aún más conmovedora: la madre de él, sentada en una silla plegable, algo nerviosa e insegura, pero presente.

Durante el último año, Nico y Ashley habían trabajado mucho para reconciliarse con ella. Habían sido necesarias conversaciones duras y muchas lágrimas por ambas partes, pero al fin la madre de Nico volvía a hablar con su hijo. Había reconocido que lo culpaba porque no soportaba culparse a sí misma, que era lo que realmente había hecho. La sanación, pensó Ashley, era un regalo inmenso.

Una alegría aún mayor era la presencia de su propia madre en su casa. Nico había insistido en contratar a una cuidadora a tiempo completo para que pudiera vivir con ellos, y Ashley estaba inmensamente agradecida.

–Creo que necesitamos más hamburguesas –anunció Nico al entrar en la cocina. Era el maestro de la barbacoa y claramente disfrutaba de ese papel. A Ashley le encantaba verlo así: mucho más relajado y feliz, como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Y ella también se había quitado uno. Juntos, habían sido capaces de escapar de los remordimientos del pasado y afrontar el futuro.

Un futuro que implicaba a más personas además de ellos dos…

–¿Cómo te sientes? –susurró Nico al acercarse por detrás y rodearla por la cintura, apoyando las manos de forma protectora

sobre su abdomen–. ¿Sigues con náuseas?

–Me encuentro mejor. –Ashley apoyó la cabeza en su pecho, disfrutando del momento. En siete meses darían la bienvenida a un hijo o una hija. Nico ya estaba orgulloso, y Ashley, profundamente agradecida.

Tenía mucho por lo que dar gracias, sobre todo por poder seguir al frente de Infinite Innovations hasta comenzar su baja por maternidad. Con nuevos inversores, la empresa avanzaba con fuerza. Y había logrado salir de la larga sombra de la reputación de su padre.

Tras la denegación de la libertad condicional, él seguía en prisión, algo que era a la vez triste y un alivio.

–Será mejor que lleves esas hamburguesas –murmuró Ashley–. La gente parece hambrienta.

–Yo sí que tengo hambre… –contestó Nico, rozándole el cuello con la nariz.

Ella rio e inclinó la cabeza, dándole un poco más de espacio. Incluso en la novena semana de embarazo, cansada y con las hormonas revueltas, siempre encontraba consuelo en sus caricias.

Se volvió entre los brazos de su marido y le rodeó el cuello para darle un beso lento, cálido, que decía más que cualquier palabra.

–Te amo –le murmuró él al oído.

–Y yo a ti –respondió Ashley con una sonrisa, antes de entrelazar su mano con la de él y salir juntos al sol de un nuevo y maravilloso día.

Table of Contents

Portadilla
Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Epílogo
Si te ha gustado este libro…